



LOLA MEMBRIVES

Actualmente es una de las actrices españolas más completas y comprensivas. Al comenzar su campaña en el Teatro del Centro, ha mostrado ya la flexibilidad de su arte poniendo en escena «La malquerida», «Señora ama» y «¡No quiero, no quiero!», de Benavente, y «Las adelfas», de Manuel y Antonio Machado. En todas ellas ha dado la sensación que los autores imaginaron y en todas ellas se ha hecho aplaudir.

## LIBERALISMO ACADÉMICO

## LO ESOTÉRICO Y LO EXOTÉRICO

No hace mucho (pero antes que la Academia Española me honrase eligiéndome miembro de ella) escribí, en *La Prensa*, de Buenos Aires, que la ley inmanente á la Academia Francesa pudiera formularse así; para la vida del espíritu de un pueblo y su influjo universal, la condición básica consiste en la libertad de conciencia y de expresión. O sea, que la Academia Francesa es una institución íntimamente liberal. ¿Cómo puede ser otra cosa, sino liberal sin reproche ni desmayo, una institución originada en motivos intelectuales y creada para fines de la inteligencia? ¿Pues no pertenece, ontológicamente, la inteligencia á la esfera de la pura libertad, por contraposición á la realidad física, que constituye el mundo de la necesidad inexorable? Y esta misma necesidad física, cuya enunciación inteligible se formula en la ley natural, ¿quién llega á conocerla, y conociéndola, por tanto, la supera sino la inteligencia? La supera, esto es, la vence, la señorea, de donde resulta que la inteligencia, lejos de ser esclavizada, en pasividad ciega, por la ley natural, se sirve de ella libremente, que vale tanto como decir inteligentemente.

Una pregunta: ¿es que la Academia Francesa, en la coyuntura de su fundación, bajo la monarquía absoluta, fué también una institución de alma liberal? Sin duda. En el reino de los Luises franceses, como en el de los Tolomeos egipcios, se practicaba la noción de que hay dos especies de conocimiento: el conocimiento por antonomasia, racional y libre, que se obtiene mediante el ejercicio sin trabas de la inteligencia, y el conocimiento vulgar, para aquellos que no pueden, por no estar capacitados, adquirirlo especulando libremente, aventuradamente y de ligero; conocimiento, el vulgar, que procede de una fuente dogmática, de una autoridad intelectual. El primero estaba incorporado idealmente en la Academia. Esto implica el otorgamiento (aunque no un otorgamiento gracioso ni arbitrario, sino justo y racional) de una manera de despotismo definitorio, en materia literaria é intelectual, á favor de la Academia, y de aquí que los espíritus libres, extraacadémicos ó preacadémicos, se revolviesen y revuelvan contra el canon académico, en cuanto norma impuesta de arriba abajo. (No se olvide que la palabra «autoridad» viene de «autor». Autor, ó actor, en términos jurídicos, el que hace ó ejecuta. En términos literarios y artísticos, el que consuma una obra. Todo autor, verdadero autor, adquiere *ipso facto* autoridad. El autor auténtico crea su propio canon, su personal sistema de principios estéticos. De aquí que la autoridad del crítico es subsidiaria, y se ve siempre obligada á sustentarse sobre obras y cánones previos, ajenos.) Pero la autoridad académica sobre el conocimiento vulgar implica asimismo—si ha de ser genuina autoridad—que ha sido obtenida merced al libre ejercicio de la inteligencia. Y así, la ley inmanente á la Academia se cifra en la libertad de pensamiento y expresión. La autoridad literaria de la Academia, ó lo que es lo mismo, la falta de libertad literaria impuesta por la Academia á la plebe ó, si se quiere, al pueblo comunal literario, supone recíprocamente y exige, dentro de la Academia,

el máximo de libertad de juicio y expresión.

Claro está que aun cuando esta libertad comience por ser patrimonio ó prerrogativa de unos pocos, idóneos y selectos, va trascendiendo poco á poco en la sociedad ambiente, en círculos y perímetros cada vez más anchurosos, de modo fatal, y ya no es privilegio de los pocos, antes bien derecho posesorio de todos ó de los más. No será aventurado opinar que el principio de libertad de pensamiento, en que se inspiró la fundación de la Academia Francesa, difundióse por grados á través de la sociedad francesa y trocándose de esta suerte en reclamación para sí, en cotidiana práctica luego, y, por último, en alarde público de cada ciudadano, condujo finalmente á la Revolución Francesa.

Esta escisión del conocimiento en dos especies; el especulativo y libre, de una parte, y de otra, el vulgar, impuesto dogmáticamente, así como el tránsito paulatino del segundo al primero, mediante la extensión continua del primero sobre el segundo (con que, habiendo la Academia Francesa comenzado como función tutelar y magistral sobre la mentalidad de la nación, concluyó siendo pupila óptica, espejo pasivo, compendioso y cabal de la sociedad francesa), digo que aquella escisión del conocimiento en dos grupos es cosa conforme á su propia naturaleza y lógico desarrollo. Recordemos que Aristóteles explicaba—en la lección matinal—cuestiones dificultosas, que sólo podían comprender sus discípulos avezados; y en la lección vespertina, cuestiones morales y políticas accesibles á un auditorio más amplio y heterogéneo. A la lección de la mañana, de especulación libre y sutil, para pocos, se llamaba «esotérica». Y á la de la tarde, vulgar, de carácter dogmático, «exotérica».

Repito que la Academia Francesa ha sido siempre una Corporación liberal. Paul Gautier escribe á este respecto: «d'Alambert, Voltaire, Duclós, fueron los verdaderos reyes de la sociedad francesa, y guardaban celosamente las puertas de la Academia, erigida en fortaleza del espíritu enciclopédico. A partir de aquel punto, triunfa la filosofía. Marmontel, Condillac, Saint Lambert entran en la Academia. Data de esta época la afluencia extraordinaria á las recepciones públicas y á los discursos de ingreso. La Academia no es una simple asamblea de literatos, inspectores del habla francesa. Se trata de algo muy diferente; tiene una misión social que cumplir. Malesherbes lo declara, entre aplausos estruendosos, en la memorable sesión de 16 de Febrero de 1775: ha llegado el tiempo en que cualquier hombre con aptitud oratoria, y señaladamente con facultades literarias, se sienta obligado á enderezar sus meditaciones hacia el bien público. Malesherbes expresaba una gran verdad; la literatura no puede ser un pueril divertimento de la inteligencia. El pensamiento, como nacido de la vida, á la vida debe ir de retorno y completarse por la acción. No se puede negar que la Academia Francesa tomó parte considerable en el movimiento de emancipación de los espíritus, el cual preparó la Revolución Francesa».

RAMÓN PEREZ DE AYALA

## UN DRAMATURGO FRANCÉS EN MADRID

## Lenormand, conferenciante, en el Teatro Fontalba

Los que sueñan en nuestro país con una renovación absoluta y total, ó poco menos, del arte escénico y, más concretamente, de la dramaturgia, pueden sentirse, ante la presencia en Madrid de H. R. Lenormand, plenamente optimistas; esa renovación, que por la eterna ley de los ciclos históricos nos retrotrae, en varios aspectos, á lo culminante de nuestro siglo de oro, no es imposible. H. R. Lenormand la realiza, y nada mejor para convencerse de la posibilidad de un empeño que verlo realizado; el teatro de Lenormand, que nos es dado conocer por una de sus obras, *Los fracasados*, y más aun, por la exposición del sistema estético á que obedece hecha en una conferencia, es real y positivamente un teatro nuevo.

Ese optimismo, sin embargo, requiere postulados difíciles de admitir; la existencia de autores semejantes á Lenormand, no de serviles imitadores de la fórmula nueva, capaces de la hondura del pensamiento propia del autor de *Le temps es un sogno* y la existencia de públicos capaces de reaccionar á las orientaciones, voluntariamente fugaces, de su sensibilidad que Lenormand hace con arte supremo, y que, aun concretándolas seriamente en la forma escénica y en el diálogo más dramático ó, mejor, más teatral posible, tienen un contenido abstracto que es necesario alcanzar para que el drama tenga toda su eficacia.

Los personajes de Lenormand, y esto es fundamental en la estética de su teatro novísimo, hablan poco en el sentido de que no diluyen su pensamiento en amplia y, menos aún, en ampulosa fraseología; realizan el ideal que se forjaron tantos dramaturgos, y que no realizó, aunque sus panegiristas suelen decir lo contrario, Henry Becque, de hablar como hablan las gentes en la vida; pero esta condición de la forma no impide que el fondo sea amplio y profundo. Un crítico francés ha definido ese aspecto de la figura literaria de Lenormand con estas frases: «Desde las primeras frases, el diálogo se apodera de nosotros por ese encanto indefinible, ese poder de despertar en nuestro ser ecos profundos, de prolongar las palabras por las ideas, de sugerir lo inexpresable.» «Nada de discursos, frases cortas, sencillas; pero cargadas de sentido que, levantando los velos á medias, impulsan á ensañar...»

Hay en esa característica de Lenormand algo muy difícil de imitar; para llenar esas frases cortas de emoción y de pensamiento, es necesario haber sentido y pensado mucho, y nuestros dramaturgos, afanados en su empeño de escribir y escribir, no tienen tiempo ni ocasiones—en general—para emocionarse ni para pensar.

El mismo crítico ha dicho en otro lugar: «M. Lenormand reúne en sí dos dones contradictorios. Un gusto particular le inclina hacia los problemas de la psicología racional, hacia las



H. R. LENORMAND

Dramaturgo francés, innovador de fama universal, que ha dado una interesante conferencia en el Teatro Fontalba, de Madrid

meditaciones sobre el ser íntimo y sobre sus relaciones con el mundo exterior. Pero, contra lo que ocurre generalmente, su lucidez especulativa no es seca: va unida con la más viva é inquieta sensibilidad. Lenormand posee el don de concretar en forma viva los pensamientos abstractos. Tiene, sobre todo, un incomparable poder de sugestión, y en esto es poeta. Las frases de su diálogo, tan seco en apariencia y sistemáticamente desprovisto de adornos literarios, se prolongan en repercusiones profundas, despiertan ideas, indican caminos; levantan á medias un velo para descubrir horizontes lejanos. Le sería imposible anudar y desenlazar un drama con arreglo á las normas corrientes. Se contenta con pintar y evocar é intuitivamente se ha detenido en la forma que mejor se adapta á su arte: el drama dividido en muchos cuadros breves, concisos, muy sencillos y cuya sucesión rápida da la impresión intensa y diversa de la vida.»

Tal fué el modo de entender el teatro nuestros clásicos. Su modo de concebir y de expresar esa movilidad enorme y rápida de la vida les hizo dar á sus dramas esa misma forma interna, con cambios rápidos, de lugares y de situaciones; y aunque sus personajes, por un gusto especial de la época, empleaban un lenguaje excesivamente retórico, escenas hay en que, aun siendo el verso la forma usual, la pasión da la concisión impresiva que ahora resulta, llevada á pleno y constante desarrollo, la sensación de absolutamente nueva.

Fué después cuando una preceptiva demasiado estrecha y más impregnada de literatura que de realidad pretendió encerrar en límites infran-

queables la vida humana al transformarla en vida escénica y puso puertas al campo inventando el sistema absurdo—ahora vamos cayendo todos en la cuenta de que lo es—de las refundiciones.

Hace ya muchos años, en uno de los diversos ensayos de Teatro de Arte hechos en Madrid, fué puesta en escena una adaptación de la novela admirable de los Goncourt, *Sor Filomena*; ante ella la crítica tuvo una terrible objeción que hacer: la de que el telón bajaba y subía demasiadas veces. Y para complacer á la crítica, hubiese sido indispensable reducir á tres actos, á ser posible sin cambios de decoración—¡oh, la sacrosanta unidad de lugar!—aquella serie de trozos de vida en que los admirables novelistas fueron «gestando» el conflicto espiritual de dos almas hechas para comprenderse y que al encontrarse en el mundo estaban separadas por la más formidable de las barreras.

Ahora apenas si quedan críticos de aquella época; si viviesen, tal

vez rectificasen su opinión. Para muchas gentes, las ideas, como los trajes, sólo son suficientemente nuevas cuando un marchamo indica que pasaron por la aduana de Irún.

Al teatro de Lenormand se le ha llamado, con un calificativo hecho para un ideal de teatro que no llegó á ser realizado por los que le concibieron, de *impresivo*, entendiéndose por tal un teatro que no actúa directamente sobre la razón; pero que afecta, por una serie de impresiones vivas y acertadamente escogidas á la sensibilidad del espectador, la conmueve y provoca inmediatamente, por contragolpe, por asociación podría decirse, el juego activo de las funciones intelectuales.

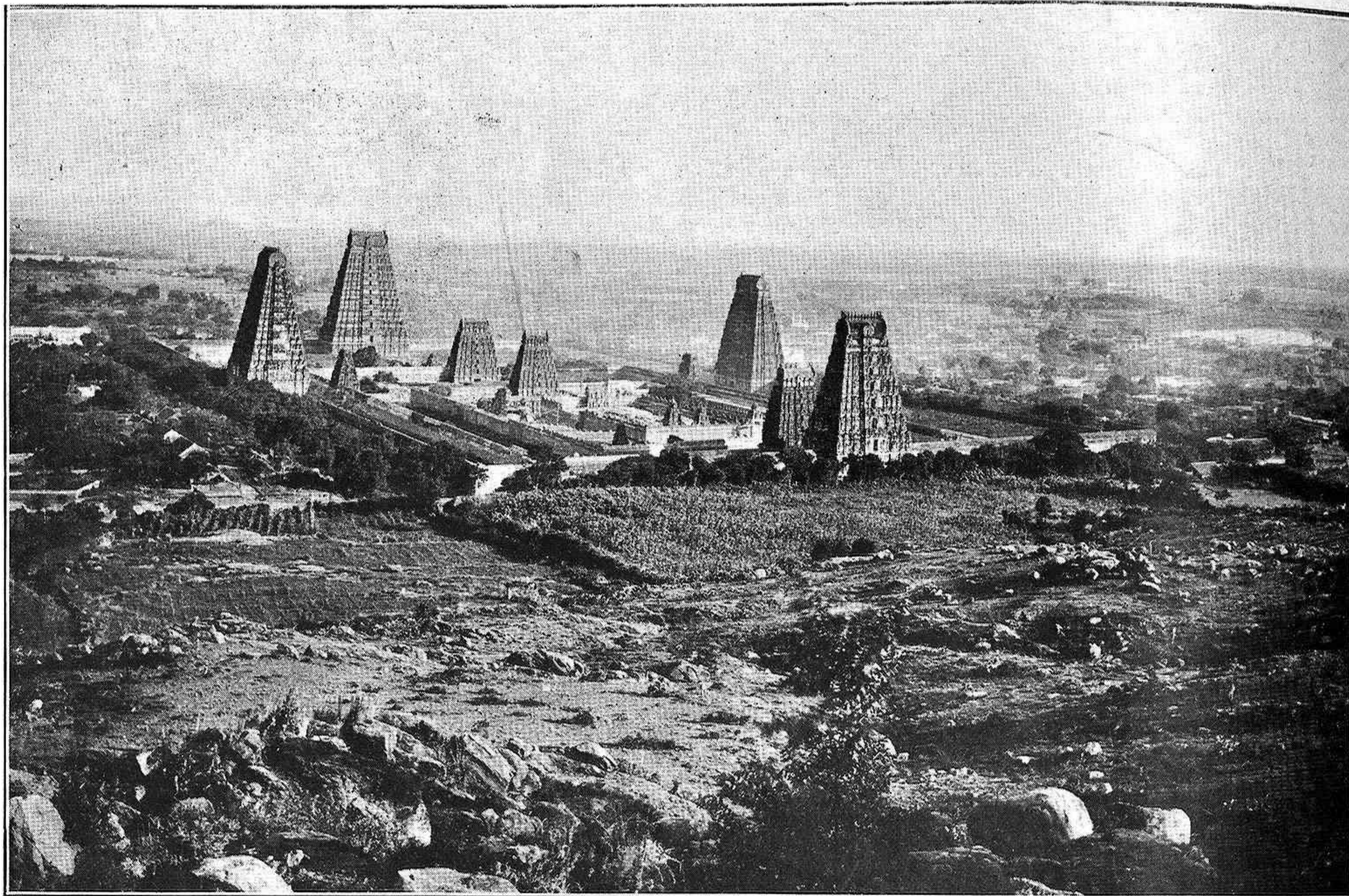
*Les Ratés*, la obra presentada ahora en Fontalba con el título de *Los fracasados*, es una de las primeras—la segunda—de las obras de Lenormand. Como *Le temps es un sogno*, fué estrenada en 1920, y con esas dos obras bastó al autor para quedar consagrado. Cuando, un año después, dió al teatro *Le simoum*, ya era considerado como maestro, y desde entonces su buena fama, tan justa, no ha hecho sino crecer.

Hay, pues, una orientación nueva y triunfadora para el teatro; pero no hay, ni mucho menos, una orientación fácil de seguir. Imitar la forma de los dramas de Lenormand es relativamente sencillo; basta para ello huir de las formas tradicionales, que no son las formas clásicas, y mirar á la vida más que á los modelos; pero imitar el fondo requiere una preparación espiritual y una cultura intelectual poco comunes.

La curiosidad filosófica no es cosa que domine á nuestros dramaturgos en general. Así, por ejemplo, aunque ya hacía mucho tiempo que Lenormand había escrito *Le mangeur de rêves*, fué necesario que Sánchez Mejías se lanzase al teatro para que oyésemos hablar en nuestros tablados de psicoanálisis.

## EL PAIS FANTASTICO DE LOS MAHARAJAS

# UNA VISION DEL ORIENTE LEJANO

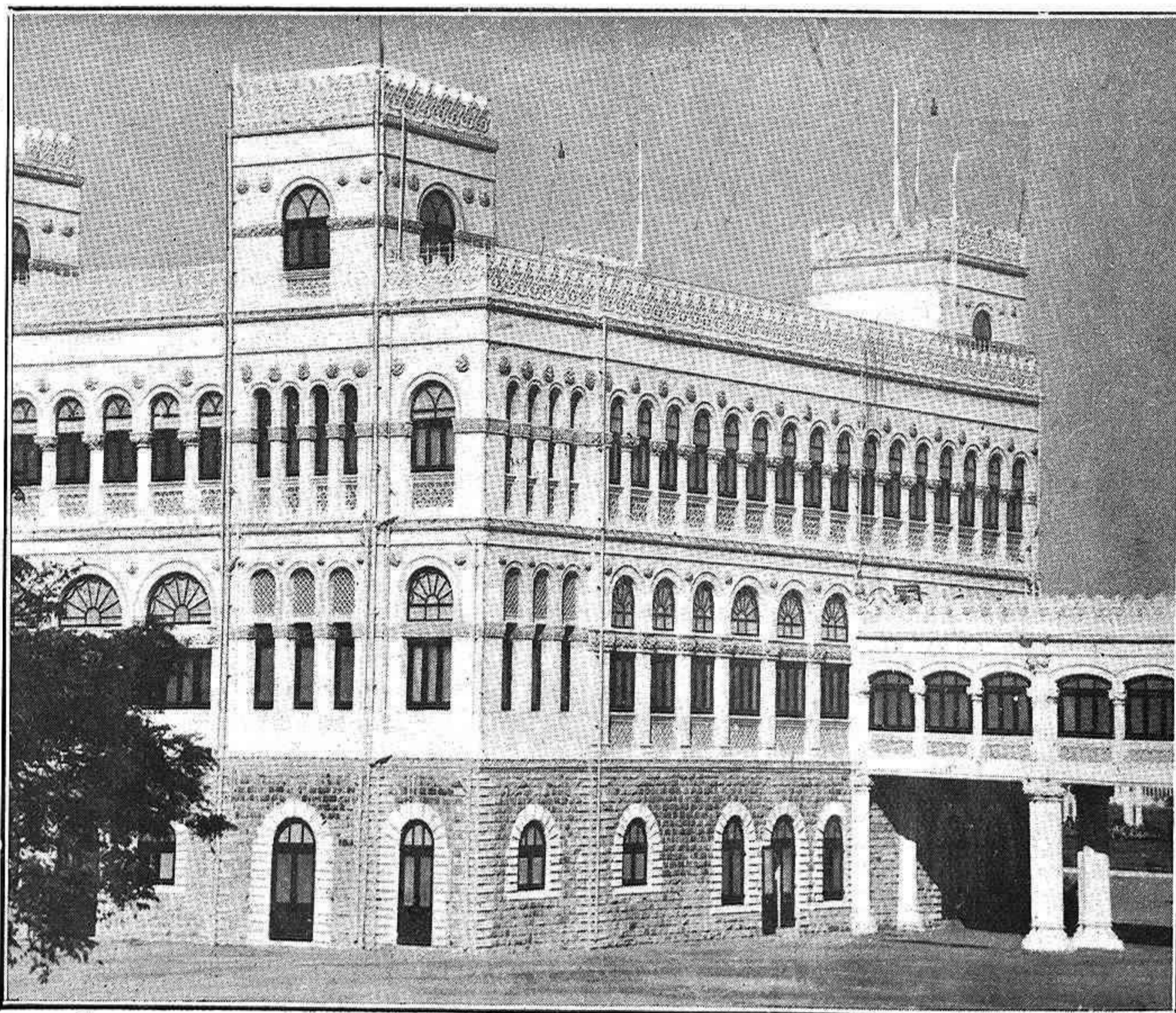


El templo de Tirwanamallai, en el Sur de la India, cuyo tipo de construcción es muy característico

LA India es un mundo. Tiene de tal la extensión y la variedad, así comienza su libro *L'Inde Britanique* José Chailly, uno de los hombres que mejor han estudiado y descrito aquellos países. Su extensión, efectivamente, es de 4.690.000 kilómetros cuadrados. Una diagonal que la dividiera de Norte a Sur tendría más de tres millones de metros de longitud, y sus costas tienen 14.480 kilómetros.

Aun hay que añadir a la India los países que los ingleses, creyéndolos indispensables para la seguridad de su dominio, tienen conquistados.

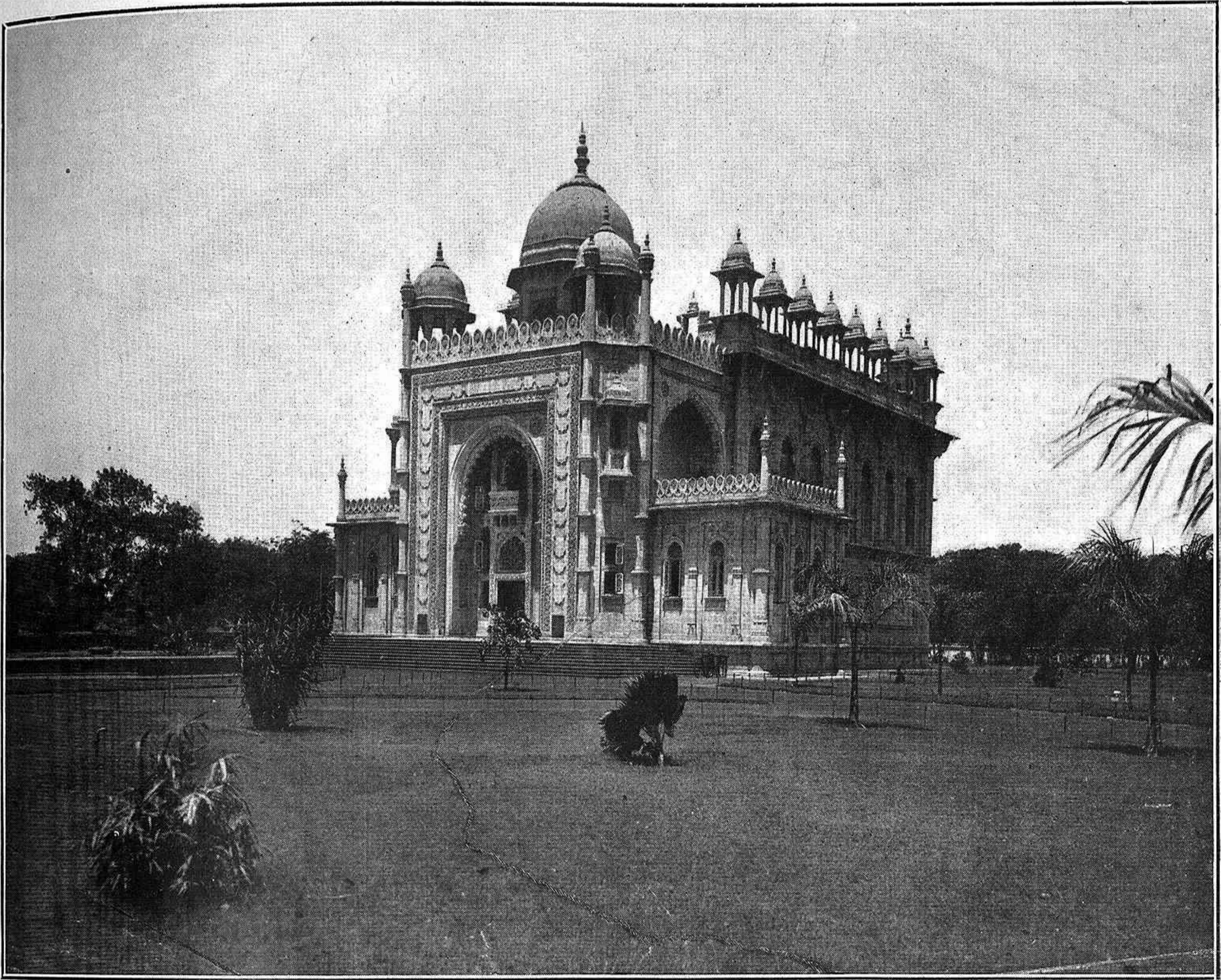
Los Estados indígenas, es decir, los gobernados por príncipes indígenas aliados, palabra que suena mejor que vasallos, de Inglaterra, cubren 1.750.000 kilómetros cuadrados y tienen 62.500.000



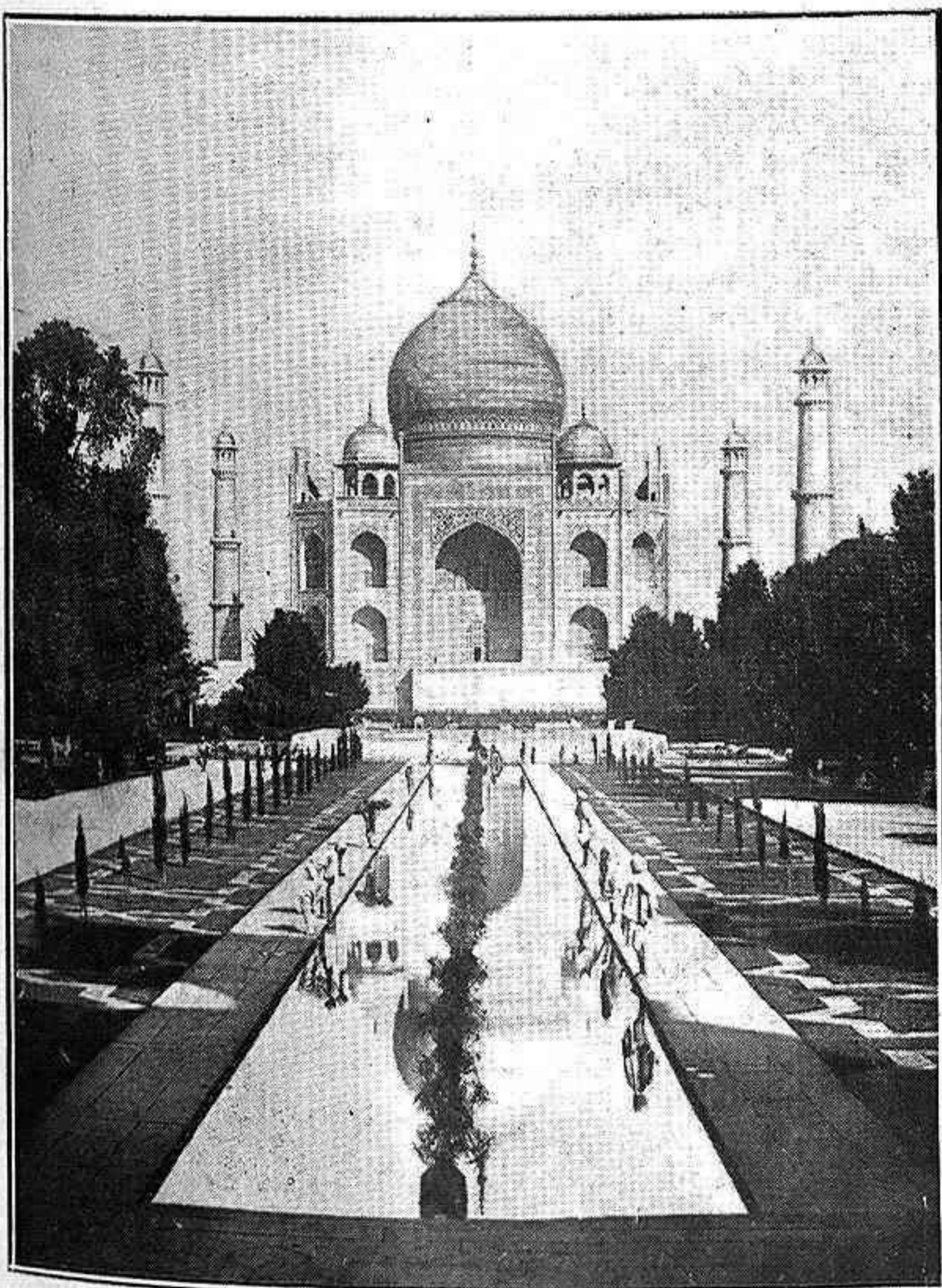
El Palacio moderno del Maharaja de Kapurthala

habitantes. Compárese estas cifras con las correspondientes de Europa, y se tendrá una idea clara de la extensión y riqueza humana de la India.

La India enorme es también, lógica consecuencia de su extensión, enormemente variada. No es, sino en algunos lugares limitados y como perdidos en su inmensidad, el país de ensueño y de leyenda que en nuestra imaginación forjaron los cuentos con que nos durmieron de niños y nuestras lecturas infantiles. Tierras desoladas en su mayor parte: el Sol le abrasa durante el día hasta impedir que los hombres salgan al campo, y súbitamente desaparece, sin crepúsculo, sin las más bellas horas del día, dejando en pocos la más lúgubre oscuridad, que aun hacen más aterradora los gemidos del chacal, mien-



El Museo técnico de Madrás, donde se exhiben y venden obras de arte y producciones típicas de la India del Sur



Un mármoleo templo indio, en Agra

tras que los mosquitos, con su mareante zumbido, constituyen una música turbadora. Formas y sonidos surgiendo en aquella obscuridad, parecen inplacables, algo sobrenatural que hace sentir más hondamente a los europeos, que formaron su espíritu en el culto a las civilizaciones greco-romanas, la nostalgia de Europa.

Las únicas regiones que por la frondosidad y el exotismo de su vegetación responden un poco a lo que la imaginación nos hizo esperar, es la montañosa, del Himalaya, y la tropical, que es sólo una fracción pequeña de la India. Allí hay palmeras que tienen su verde penacho frondoso a 20 metros de altura, y en busca de ellos, después de arrastrarse



Palacio de los Vientos, en Jaypour



Paria de una casta dedicada á la alfarería



Dos niñas indias de una casta privilegiada



Indio Sioux pronunciando un discurso ante una tumba

sobre el suelo verdoso de que suben, abrazados á los troncos, agarrándose á ellos para dejarse caer cuando llegan á la altura, entrelazándose y formando toldos naturales inmensos que cierran el paso al sol; la vegetación lujuriente cubre el suelo, ocultando fuentes y arroyuelos, que sólo su susurrante denuncia; los heliotropos y las fuxias gigantescas, las infranqueables barreras de bambúes, los helechos monstruosos, los cálices blancos, enormes, de los arums y las daturas, dan extraordinaria belleza al paisaje en aquella zona tropical, mínima parte de la India inmensa.

En el resto del país, los árboles, de muy variadas especies, son cada vez más raros al alejarse de la zona tórrida y de la montaña. En la verdadera India casi no hay bosques. Desaparecieron los seculares, refugio de los vencidos en las inacabables luchas de razas y de religiones, y los replantados por los cuidados de la administración inglesa no han logrado aún su ideal desarrollo.

El hombre y los animales (búfalos, bueyes, ovejas, cabras y cebús en absoluta libertad) destruyeron aquella inmensa riqueza, dejando en su lugar campos desolados, de que aumenta la desolación el silencio; allí los animales parecen enmudecidos: los perros no ladran, los bueyes no mugen; un colono inglés, humorista, se consolaba de tanta tristeza y ahuyentaba el *spleen* diciendo que si los bueyes no mugían, era porque las fieras los acechaban, y si la tierra no tenía vegetación propia, tanto mejor, porque podría sembrársela de trigo.

Todo es allí implacable para el hombre; en un solo año, 23.854 hombres fueron muertos por las fieras, los reptiles ó los elefantes. Sólo los tigres mataron en 1901 más de 1.000 hombres.

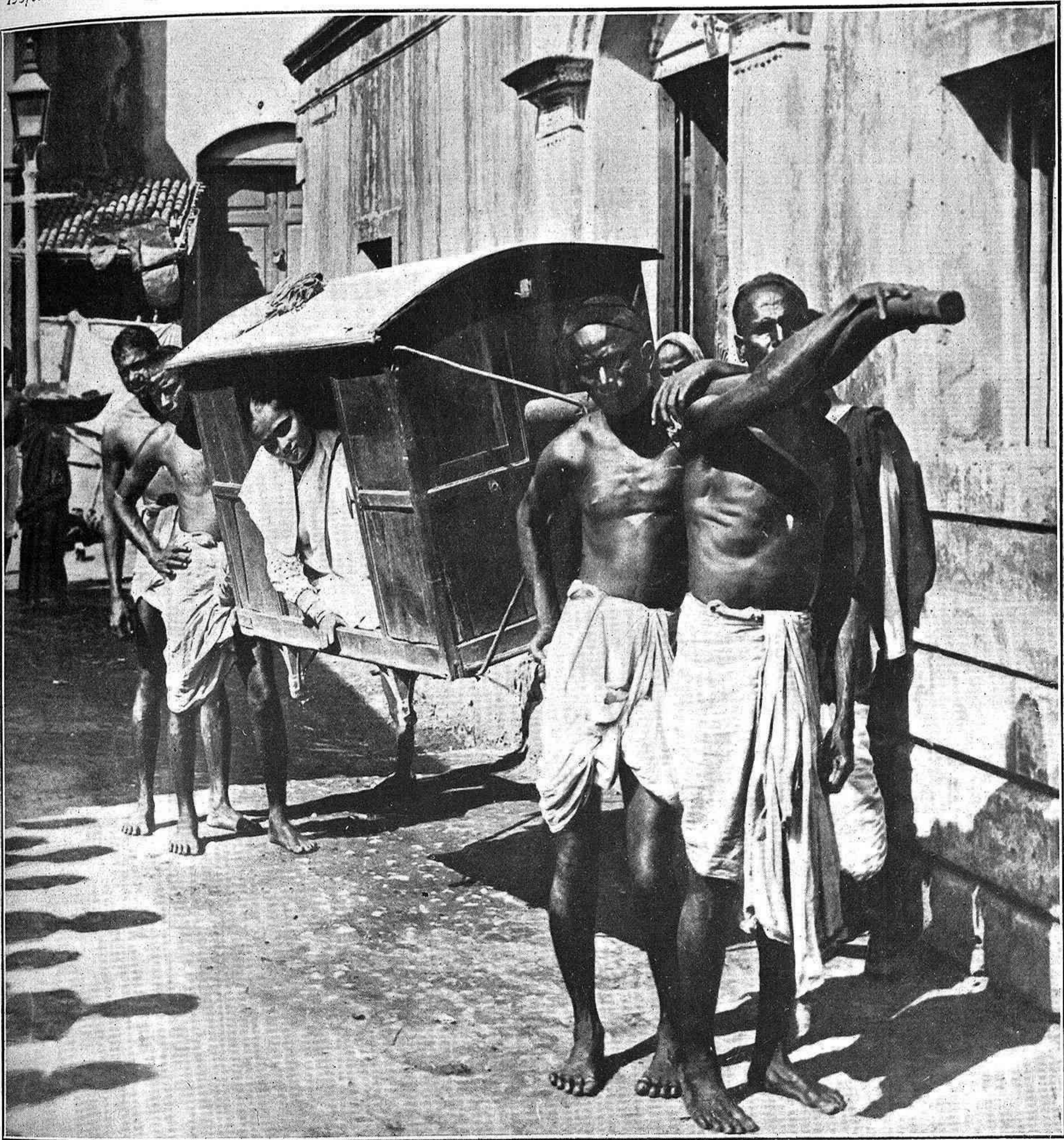
•••••

Las castas impenetrables y sin posibilidad de interpenetración crean diferencias sociales de magnitud enteramente abisal, y hacen la vida insostenible para los que, nacidos en la más ínfima categoría, han de perdurar perpetuamente en ella.

«Para esas castas—dice Charley—la India es un infierno. Ni la religión ni la sociedad tienen piedad de ellas, y no favorecen ni estimulan su elevación social.»

Las castas elevadas tienen un interés económico y social en que existan los *parias*. Por eso los mantienen en su abyección secular.

La situación del paria, en el Sur, sobre todo, es terrible. Cuando camina en el Estado de Travancore ha de ir gritando, para que el Brah-



Un palanquín con una muchacha bengalesa, llevado por parias, en Calcuta

man no pueda acercarse á menos de sesenta pies de él. Un europeo ha contado que en un estrecho camino del Malabar vió á dos brahmanes que percibieron á lo lejos á una muchacha paria; la gritaron para que los dejara el paso libre. Alentada por la presencia de europeos, se negó á obedecerlos. Entonces los brahmanes, después de esperar un instante, retrocedieron, injuriándola, en busca de otro camino.

Los parias sienten la ignominia de su condición, y, según su temperamento y el momento histórico, procuran vengarse ó librarse de ella... De ahí las terribles insurrecciones—tan admirablemente pintadas por Benavente en *El dragón de fuego*—, y no sólo contra los ingleses, sino contra las clases elevadas.

De ahí también los medios defensivos á que á veces apelan. Una de las castas de parias, los *Chamars*, son curtidores—actualmente las castas tienen significación profesional—, pero sólo pueden curtir pieles de animales que encuentren muertos. Como hallarlas no es fácil, apelan á envenenarlas; el procedimiento actual—descubierto por los sabios del Instituto Pasteur—consiste en cazar cobras vivas, excitarlas y hacerlas

morder telas en que vierten su veneno. Esas telas, puestas después en contacto con los animales, los matan, y así disponen los *Chamars* de materiales para su trabajo.

Bastan esos ejemplos para resumir cuál es la horrible situación de los parias sometidos á las más penosas tareas en medio del más absurdo desprecio y de la más recia hostilidad.

•••••

En el extremo opuesto, los príncipes; antiguos dueños y señores, en un feudalismo extremado, á los que la labor educativa, dura muchas veces, de los ingleses, hasta llegar á desposeerles de los estados, no ha logrado aún transformar, pueden clasificarse en tres categorías:

La primera la forman los selectos, pobres aún en número, que gobiernan según las ideas de Europa y se preocupan ya del bienestar de sus súbditos.

La segunda, los príncipes que han introducido en sus estados un rudimento de organización; pero juzgando terminada con eso su misión han nombrado después un gran visir, y, descansando en él, se dedican, como los viejos príncipes de

antaño, á satisfacer sus pasiones ó sus deseos caprichosos.

La tercera categoría está formada por los déspotas, que piensan aún que el Estado son ellos; que todo lo que en él existe les pertenece; que las riquezas de él son suyas y que los habitantes son sus esclavos.

Estos príncipes, que representan la perduración de las costumbres medievales, viven en sus magníficos palacios, rodeados por sus mujeres y sus concubinas, por los miembros de su familia, por bufones y juglares, á los que se unen el astrólogo y el consejero espiritual. No les interesa más que vivir bien. Esas minúsculas cortes viven en la intriga y para la intriga. Son cortes degradadas por la ociosidad y por la presencia de concubinas de la más baja condición social. Algunas tienen espléndidos, magníficos tesoros con joyas impagables. Muchas viven aún en palacios magníficos; pero los palacios y los monumentos de Delli de la primera época mogólica contrastan por su grandeza, enormemente bella, con algunos modernos hechos por capricho de los príncipes, y en que han demostrado su mal gusto arquitectos europeos.

## EL FERVOR EN EL ARTE

## EL ÉXODO DE TÓRTOLA VALENCIA

MIENTRAS Tórtola Valencia (iba á decir la prodigiosa danzarina, pero he decidido suprimir en estas páginas todo adjetivo innecesario) retrasa unos minutos su llegada, detenida en el arreglo de su portentosa colección de encajes, digna de un museo—viejas mantillas de blonda y de Almagro, como las que el genio de Goya y el gusto burgués del buen D. Vicente López pintara; mantos de *Chantillyes*, leves como telas de araña; golos, cuellos y vuelos semejantes á los que se ven en los retratos de Reynolds y Van Dyck; recias labores de Cluni, que se diría riman bien con las fuertes tallas—, mis ojos pasean distraídamente por los marfiles, las joyas, los abanicos y las orfebrerías de esta casa barcelonesa por mí tan conocida y amada. Una de esas obscuras cadenas que arrastran unos pensamientos en pos de otros, me lleva á meditar no sólo sobre la danza, sino sobre la noción del arte, sobre la absurda bifurcación de todo intento artístico en dos distintos caminos; la exaltación y la inspiración que hacen de él un sacerdocio, y el mercantilismo y arriivismo que lo convierten en un oficio y una mixtificación.

No la danza; toda arte está en crisis; lo que sucede es que el baile, como más apto á improvisaciones, se resiente más del moderno afán de rapidez, nociva, desde luego, á todo. Cuando empecé á vivir artísticamente, hace veinte ó veinticinco años, alcancé un momento de fervor extraordinario en el arte. Según iba madurando artísticamente, asistía á un milagro de florecimiento; desde la puerta del propileo sacro veía, si no rezar á Renán y cantar á Verlaine, como evocaba el poeta que era para nosotros una bandera y un símbolo, oficiar á los sacerdotes del nuevo culto servidos y ayudados por los acólitos que habían más tarde de llegar á sacerdotes. Zuloaga, Anselmo Miguel Nieto, Romero de Torres, Federico Beltrán, López Mezquita, los Zubiaurres, Rodríguez Acosta, Viladrich de la Torre, en la pintura; Julio Antonio, Mateo Inurria, Mariano Benlliure, Juan Cristóbal, entre los escultores; Rubén Darío, Amado Nervo, Benavente, D. Ramón del Valle-Inclán, Azorín, Pío Baroja, Ramón Pérez de Ayala, en representación

de la literatura; María Guerrero, la genial que lloramos todos, Margarita Xirgu, Rosario Pino, en la farándula, representaban no sólo el talento todos y el genio algunos, sino que encarnaban el fervor, el entusiasmo, la fe. Entre esta pléyade admirable surgieron algunas danzarinas y canzonetistas que ennoblecieron, dignificaron y aun magnificaron el arte de lo que se llamaba (según ha ido rebajándose el nivel fué magnificándose el nombre) arte de las *variétés*. Comprendíase en tal denominación, desde las frívolas ligerezas de la Ivete Guilbert española, la señorita *Chelito*, á las danzas sagradas de la Mata Hari, la inspiradora del verso de Rubén Darío, «La bailarina de los pies desnudos», pasando por la esencia de lo castizo, la sin igual Pastora Imperio.

Entonces, hará unos veinte años, surgió Tórtola Valencia. Ni Sara de Geli ni Feline Verbist podían rivalizar con ella. Tenía el sentido maravilloso del color y de la línea; poseía el sentido del ritmo, la sensibilidad propicia á la percepción de los matices de la luz, una nobleza ingénita de actitud y la rara ingravidez que constituye casi una condición más de las grandes danzarinas. Sí, decididamente, como no sean la Paulowna é Isadora Duncan, sólo la Florio se ha aproximado al arte de Tórtola, aunque sin igualarlo; Mata Hari, la del destino trágico, era una bayadera india, apasionada, casi feroz, pero nada más. Y la Valencia, que en *La Bayadera* evocaba Oriente, en *La muerte de Ase* era la más perfecta evocación de la imaginería cristiana, y en *Bacanal* la encarnación de un paganismo griego admirable de gracia.

Y Tórtola Valencia triunfó. Fué con el gran público una curiosidad levemente irónica que le hacía revolotear en torno á ella, y luego, fascinado, quedar inmóvil, abrasado como las mariposas que se aproximan demasiado á la luz. Pero si con el vulgo era una curiosidad fácilmente trocada en desconcierto con los artistas, con los grandes maestros de la pintura, la escultura y la poesía fué una consagración solemne. Danzó en el viejo templo románico de Segovia, San Juan de los Caballeros, é Ignacio Zuloaga y Daniel Zuloaga, maestro de la pintura moderna en el mundo uno, artífice único de la cerámica el otro, trazaron su efigie. Anselmo Miguel Nieto hizo aquel raro retrato del *Inciense*, en que, como en el verso de Rubén Darío, *hay tras ella una fuga de leopardos*; Valentín de Zubiaurre la pintó con el atavío de maja, en el tipo que creara ella la primera, con el chinisco abanicó abierto. Como la ofrenda de una rosa que se deshoja, los poetas—Villalpesa, Ardevín, Michelena—dejaron caer sus rimas á sus pies.

Tras ella, como unas pobres bacantes que pretendiesen destronar á la deidad, surgieron innumerables bailarinas que perfumaron de incienso los teatros de Motilla del Palancar y Zancadilla del Arzobispo y se arrancaron los siete velos en el Puente de Vallecas y Poemeiro d'Area; pero Tórtola hubo una.



Tórtola Valencia en las danzas guerreras del Perú



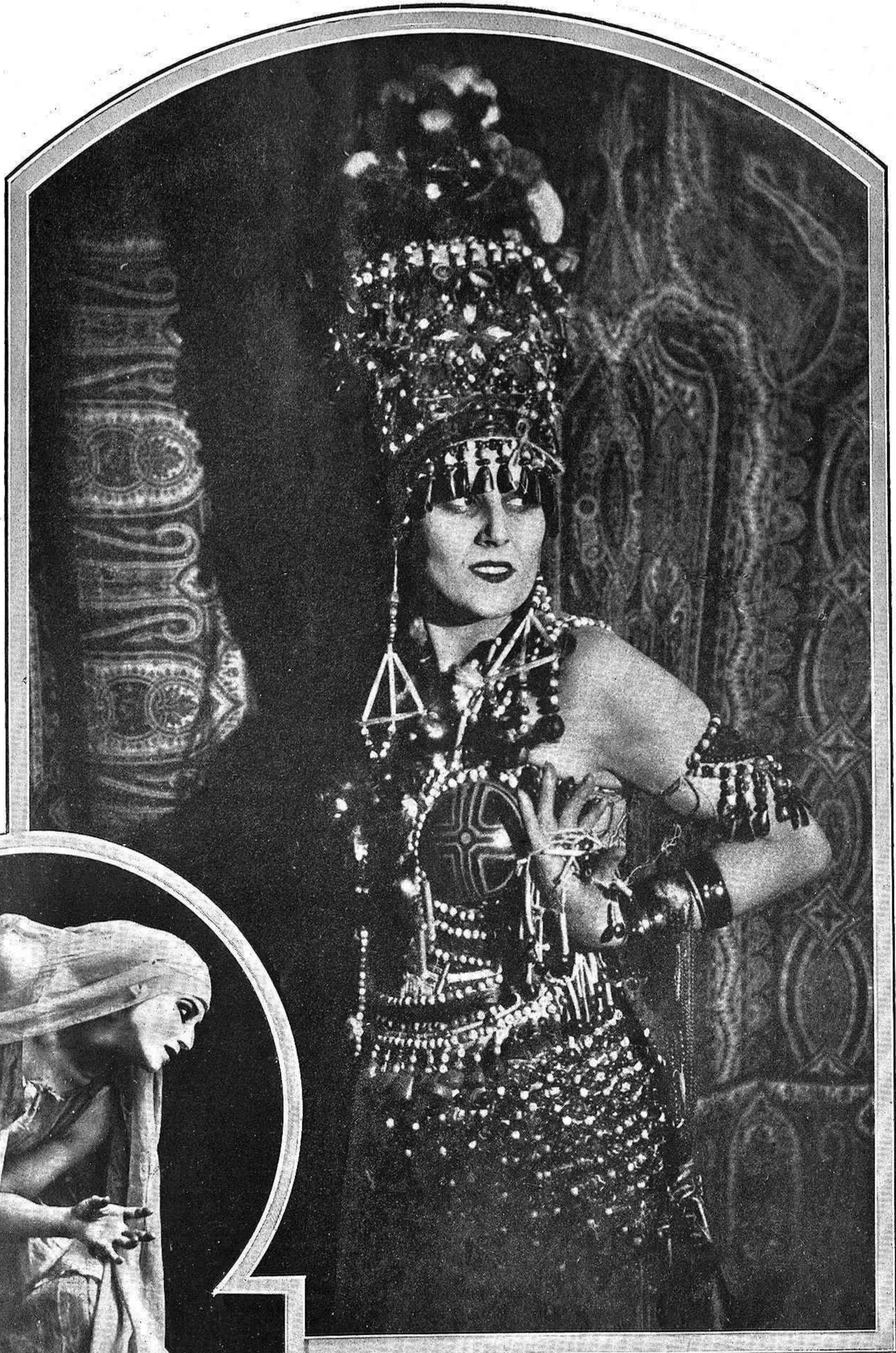
Pero un día, cuando estragado el gusto por una porción de espectáculos convencionales y... baratos, se desparramaba libre de un esfuerzo de atención, los restos de los viejos imperios hermanos del de los Faraones ó de la sumergida Atlántida la atrajeron con la magnificencia sanguinaria de los Moctezumas en honor de Hiutzilopuli ó la plétora de oro de los Incas en loor de Pachacamac.

Volvió triunfadora, enriquecido su repertorio con nuevas danzas, como la Danza Guerrera del Perú. Mas el misterioso encanto del país lejano, de las Indias escondidas al otro lado del *Mar Tenebroso*, la atraía y volvió á partir.

Triunfalmente recorre América; nuevas danzas, africanas, oceánicas de las Islas Haway, asiáticas como la de las sacerdotisas de Nag-Natha-Krisna y sobre todo americanas como las que han hecho exclamar al poeta y académico de la Mexicana de la Lengua:

«Evoca de tu glorioso pasado un baile ritioso del Teocalli misterioso, ó al grito viril y fiero de Moctezuma Primero, evoca un baile guerrero.

.....  
Así alcanzarás la fama de esta Anahuac que te aclama, que te admira y que te ama.»



Tórtola Valencia en la maravillosa creación de sus principios de danzarina «La muerte de Ase»

Tórtola, como la belleza y su expresión suprema el arte, es siempre la misma, la que hizo escribir á Maeterlinck:

«Es la impresión de arte más puro que he sentido en mi vida.»

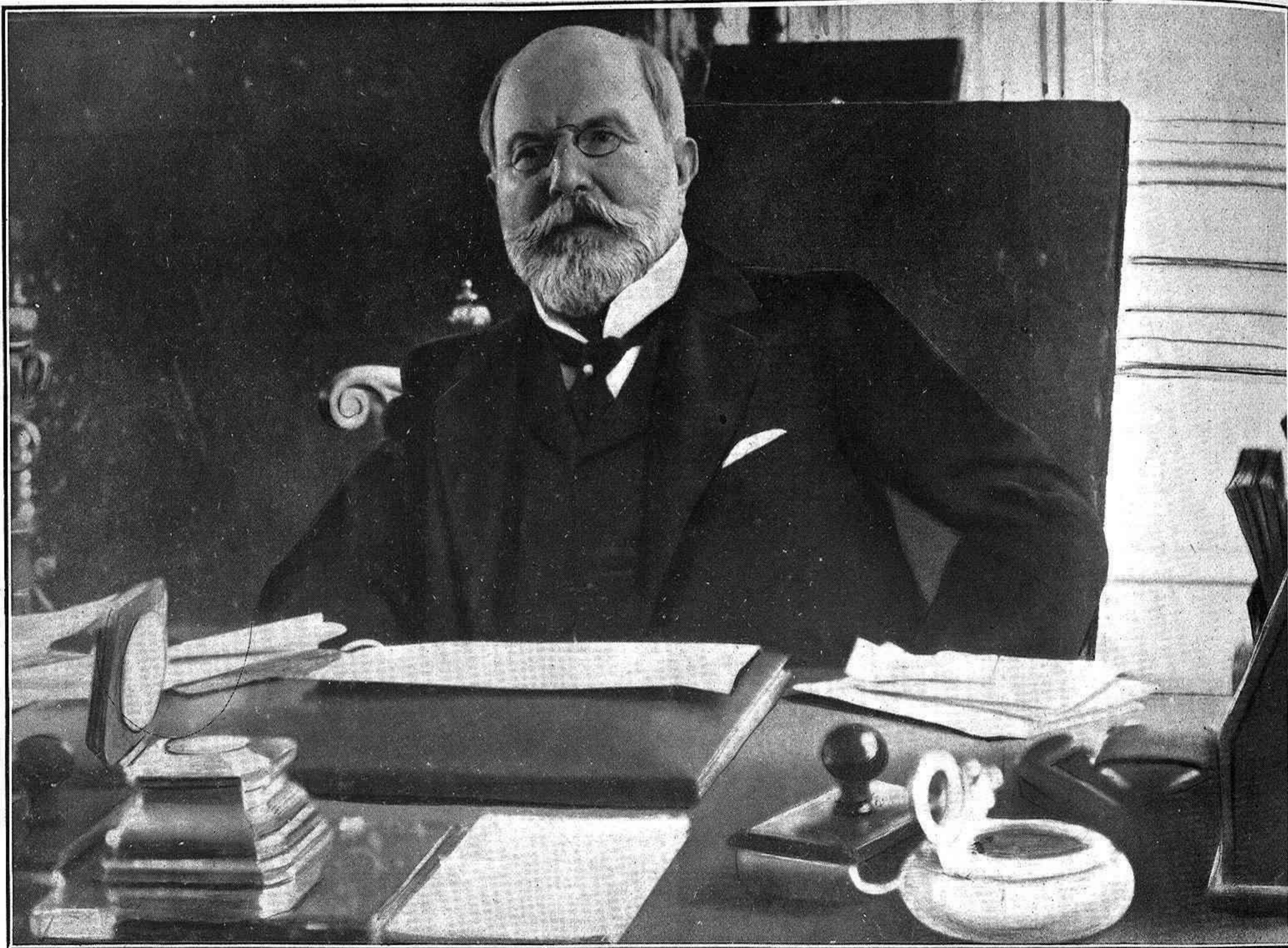
Y á nuestro magnífico D. Ramón del Valle-Inclán:

«Es una armonía sublime y el más grande poema viviente de todas las Religiones.»

ANTONIO DE HOYOS Y VINENT

## UNA FIGURA ESPAÑOLA MUY REPRESENTATIVA

## LEON Y CASTILLO



EXCMO. SR. D. FERNANDO LEON Y CASTILLO

Marqués del Muni, ex ministro y Embajador de España en París durante muchos años, cuyo cadáver ha sido trasladado á la cripta construída exprofeso en Las Palmas de Gran Canaria

**P**RUEBA, digna de imitación, de la gratitud de un pueblo hacia uno de sus hijos más selectos, la dan ahora los canarios, depositando en la cripta, construída al efecto, de la Catedral de las Palmas los restos de D. Fernando León y Castillo, un canario ilustre—nació en Teñe en 1842—, que representó á Canarias en el Parlamento durante treinta ó cuarenta años, y que en los más elevados puestos tuvo siempre para su patria chica amores paternos que no le impidieron amar y servir á la patria grande.

León y Castillo fué un político á la manera antigua—á la manera de su tiempo—, que era la buena. Con una amplia preparación científica, que desarrolló, naturalmente, sus convicciones liberales de primera hora, enamorado de la cultura y del arte, y esforzado paladín, por la acción de una y otro, no entró jamás en la baja política de la intriga menuda, y tuvo la fortuna de substraerse al ambiente de baja política que agobió á España, porque, pasado el período heroico de los años revolucionarios y de los primeros tiempos de la Restauración en que los hombres y sus actos eran forzosamente elevados, vivió como Embajador en París, fuera de España y en esfera más noble que la de nuestra menguada política usual.

En aquellos tiempos en que abundaban en la política las altas mentalidades y las grandes elocuencias y era necesario conquistar las posiciones palmo á palmo y tener excepcionales condiciones para mantenerse en ellas; diez años desde la primera acta de diputado hasta el ministerio y llegar á esta elevada situación á los treinta y ocho de edad, era, como diríamos ahora, ba-

tir un *record*; no había llegado aún la época de los ministros improvisados y barbilampiños que vino años después.

Antes de ir al Parlamento había fundado, con D. José Luis Albareda, otro de los políticos de la misma promoción y del mismo temple, una revista que prestó incalculables servicios á la cultura española, y tuvo la fortuna de descubrir las más grandes figuras de la novela española contemporánea; la publicación llevaba, y llevó durante mucho tiempo, gloriosamente el nombre de *Revista de España*, y fué, con la *Revista Contemporánea*, de más elevado empaque y con más amplia visión mundial, fundada por nuestro inolvidable maestro D. José del Perojo, demostración, no en todas las épocas fácil de hacer, de un ambiente de cultura, no sólo de los escritores, capaces de escribir aquellas revistas, sino de los lectores capaces de sostenerlas, que después se perdió.

En la *Revista de España* se dieron á conocer como novelistas D. Juan Valera, que publicó allí su *Pepita Jiménez*, y Galdós, de quien su paisano León y Castillo hizo imprimir *El Audaz*.

León y Castillo, en sus últimos tiempos de Embajador en París, gustaba de rememorar aquella época y pintar, á los que escuchaban embelesados su amena charla, la diferencia de temperamento entre los dos grandes literatos. D. Juan Valera, alegre, feliz, satisfecho, riendo el gracejo de su obra á medida que iba leyéndola á León y Castillo, y Albareda en la dirección de la revista, y D. Benito Pérez Galdós callado, sencillo, modesto, leyendo temeroso aquella obra primera que era ya una obra maestra.

—Galdós era ya D. Benito desde muchacho—decía León y Castillo—por una costumbre de mi tierra y porque así le llamábamos todos sus paisanos, y así se acostumbraron á llamarle, por imitación, en las tertulias de estudiantes á que en el Café Universal y en algún otro concurría.

La vida política no quitó á León y Castillo sus aficiones; más bien las estimuló, y en el palacio de la Embajada de España en París eran tan frecuentes por lo menos como las visitas de los políticos y de los diplomáticos de todos los países, las de los artistas y «hombres de letras» que daban á la Embajada un tono especial.

Allí también recibía el Embajador con cordialidad paternal á escritores noveles españoles que llegaban á la conquista de París—que era para ellos la conquista del mundo.

El prestigio de León y Castillo en París era extraordinario; su larga permanencia en aquel alto puesto en la capital de Francia le dió el conocimiento íntimo y la estimación de los más grandes hombres franceses, y aquellas relaciones y aquellos afectos valieron á España simpatías que se tradujeron en intimidad práctica y efectiva.

Fué durante muchos años decano del Cuerpo Diplomático en París, y como tal resolvió, evitó muchas veces conflictos que hubieran podido tener lamentables consecuencias.

Por su intervención, tan eficaz, en el Tratado de Algeciras, recibió el título de marqués del Muni; tenía antes multitud de condecoraciones de todos los países.

Seguramente que su espíritu tendrá por más alto honor ese entierro definitivo en la Catedral de Las Palmas.

# EL RETORNO DE VILLAESPESA

El poeta Francisco Villaespesa vuelve a España.

Ha sido durante algunos años el gentil mantenedor de nuestra gloria lírica en las tierras de América. Villaespesa es el postrer trovador hispánico; el penúltimo lo fué D. José Zorrilla. Como el autor de *Don Juan*, Villaespesa tiene un alma mitad mora, mitad cristiana. Su drama *Aben-Humeya* tiene toda la lírica pompa oriental del poeta de la Alhambra.

Los dos han sabido ver las danzas de los gnomos entre los boscajes del Generalife y han oído una voz femenina de ensueño en el mirador de Lindaraxa, á la luz de la luna.

Villaespesa es el continuador de la tradición poética española y el primer lírico de toda la pléyade que se manifestó tras la oriflama revolucionaria de Rubén Darío, en los comienzos del presente siglo. En su arte coincide toda la clásica fantasía, el airón bizarro y caballeresco de la raza con la mayor riqueza lírica engarzada en una sensibilidad contemporánea.

¿Qué ha hecho Villaespesa en América?

Ante todo, ganar mucho dinero. Y después de todo gastárselo en lo que mejor le ha parecido á su caprichosa voluntad de poeta. Es posible que vuelva con menos dinero que se fué. Pero ha vivido á su gusto.

Para un hombre de números, sería un grave problema comprender en qué ha podido gastarse Villaespesa dos millones de pesetas que ha ganado con su teatro, con sus recitales y con sus libros. Villaespesa no juega, ni es *homme a femmes*. Todos sus lujos se reducen á unas cajetillas de egipcios. Sigue alimentándose á base de pollo asado y chocolate crudo, aunque esta alimentación nos parezca un poco absurda. Para gastar, hay que vivir, y Villaespesa no hace sino soñar y escribir; sigue siendo el mismo fantasista de hace veinte años; en el período de la bohemia matritense, cuando se pasaba ocho días sin levantarse, en una habitación de la Posada del Peine, escribiendo rosarios de sonetos que luego enviaba á los periódicos con alguno de sus múltiples secretarios. Estos secretarios, escogidos entre la flor de la briba, solían no volver con las pesetas de los sonetos. Entonces, Paco Villaespesa se levantaba y se lanzaba á la calle á la conquista del dinero indispensable para tener derecho á acostarse otros ocho días, á fumar egipcios y á soñar con los califas y las princesas musulmanas que luego han aparecido en sus dramas poéticos.

Villaespesa ha vivido, como buen poeta, siempre fuera de la realidad, ó, mejor dicho, aparte de la realidad de los otros, y forjando un mundo para vivir sus sueños. Nadie más poeta que él en la vida, además de tanto como lo es en su obra.

Villaespesa es uno de los pocos poetas de su generación que dan la sensación de que viven todavía. Con esto quiero decir que su obra se renueva diariamente y no interrumpe su comunicación con el público. Los poetas tienen una magnífica hora primaveral, y llegadas las primeras rachas otoñales, se diría que se deshojan ó se refugian huyendo del frío en una oficina del Estado ó en la redacción de un periódico.

Desde ese momento, podemos pensar en dedicarles un sentido epitafio, porque el poeta ha muerto aunque siga viviendo el hombre. Fueron poetas, y aun muy insignes, en una hora que pasó. Villaespesa, que es un multimillonario de la ilusión, de la emoción y de la fantasía, sigue siendo el mismo poeta de la primera juventud en este

punto en que conviene recordar los dos amargos versos de Machado:

Luego, la juventud que se va... ¡que se ha ido,  
harta de ver llegar lo que al fin no ha venido!

Villaespesa tiene siempre su balcón abierto á la esperanza con la fe luminosa de los veinticinco años, cuando vivía en la Posada del Peine, y alentaba por la munificencia de aquel librero romántico que se llamó Gregorio Pueyo, que fué quien editó los primeros libros de Villaespesa, en aquel pintoresco chiscón de la calle de Mesonero Romanos.

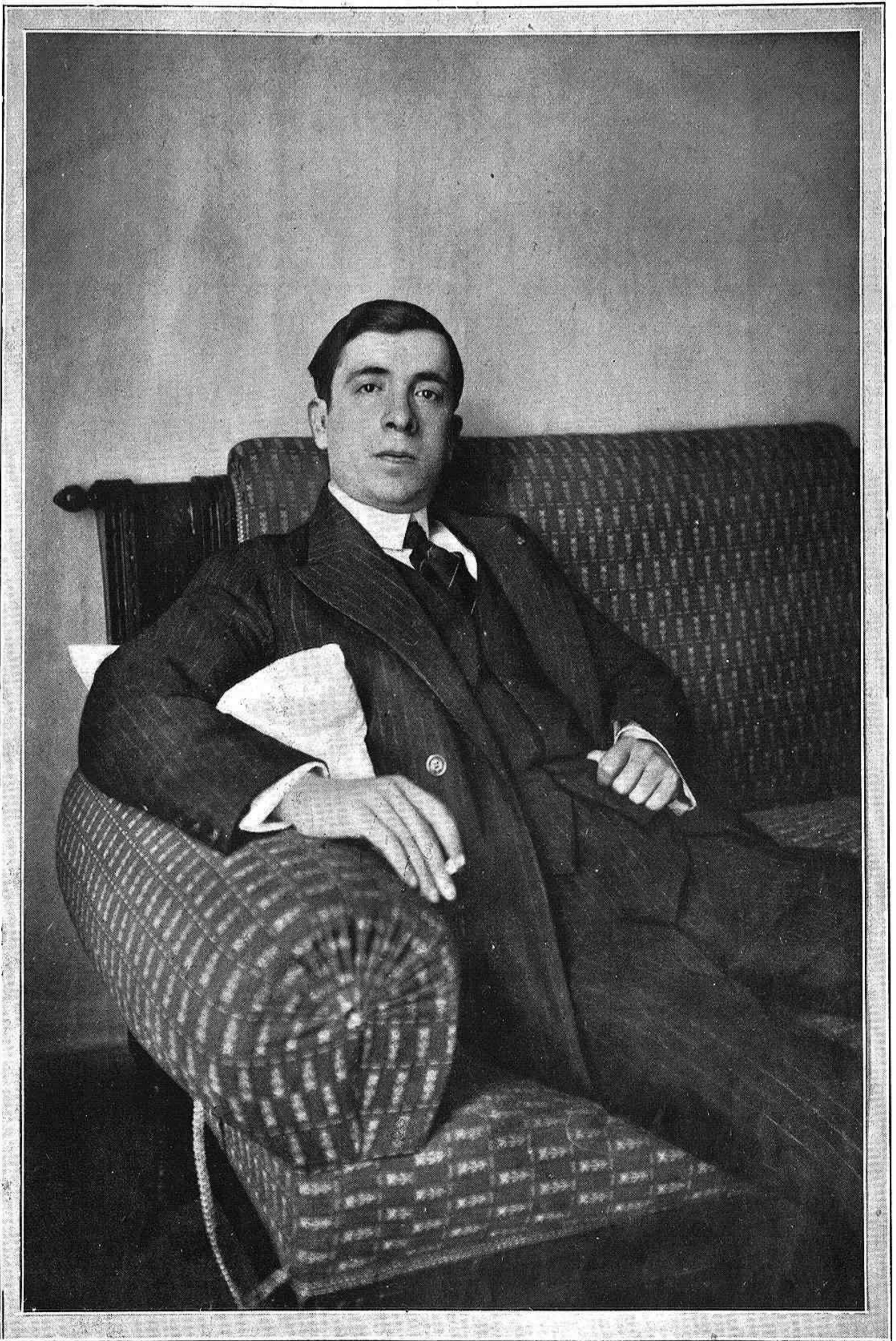
Para realizar su gran obra de poeta, es preciso tener siempre el alma encendida de juventud, á pesar de los aladares grises y de tanta sombra

y tanta injusticia y tanto olvido é incomprensión como el tiempo arroja sobre la vida de los poetas españoles, aquí, donde sólo una *élite* femenina sabe leer versos.

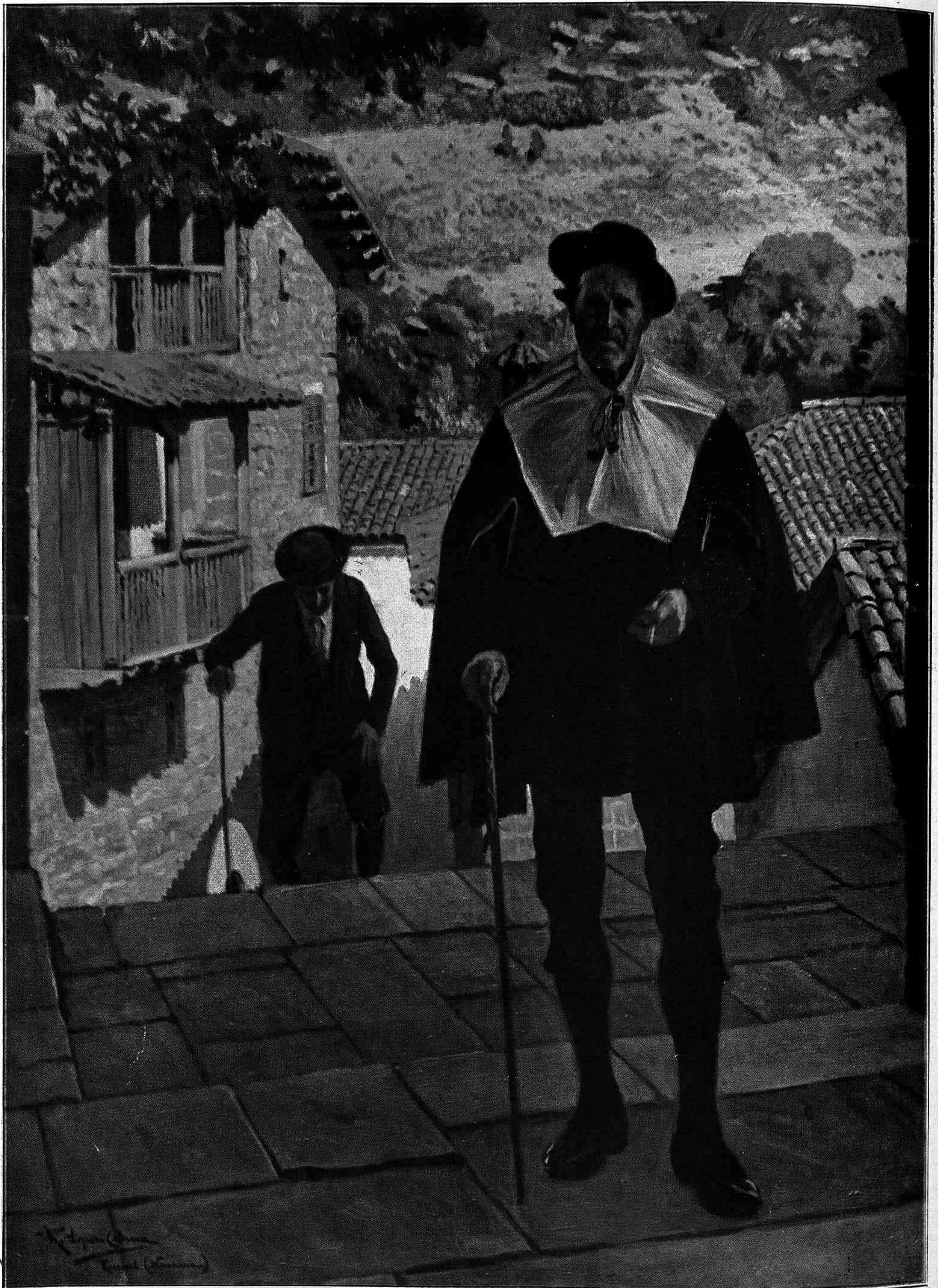
Su época no ha sido justa con Villaespesa. ¿Qué grande hombre no ha sufrido la crueldad y la estupidez de su momento? Villaespesa no es un poeta como casi todos los otros; es algo más que la posteridad sabrá poner en claro.

Sería justo, en esta hora de su retorno, hacerle un homenaje digno de su obra, con carácter nacional, ya que él ha sido el más ilustre embajador que para honor de España ha mantenido el airón de nuestra tradición de poesía en las tierras americanas.

EMILIO CARRERE



FRANCISCO VILLAESPESA  
Ilustre poeta que regresa á España



TIPOS ESPAÑOLES

«Alcalde roncalés (Navarra)»,  
cuadro de R. López Cabrera

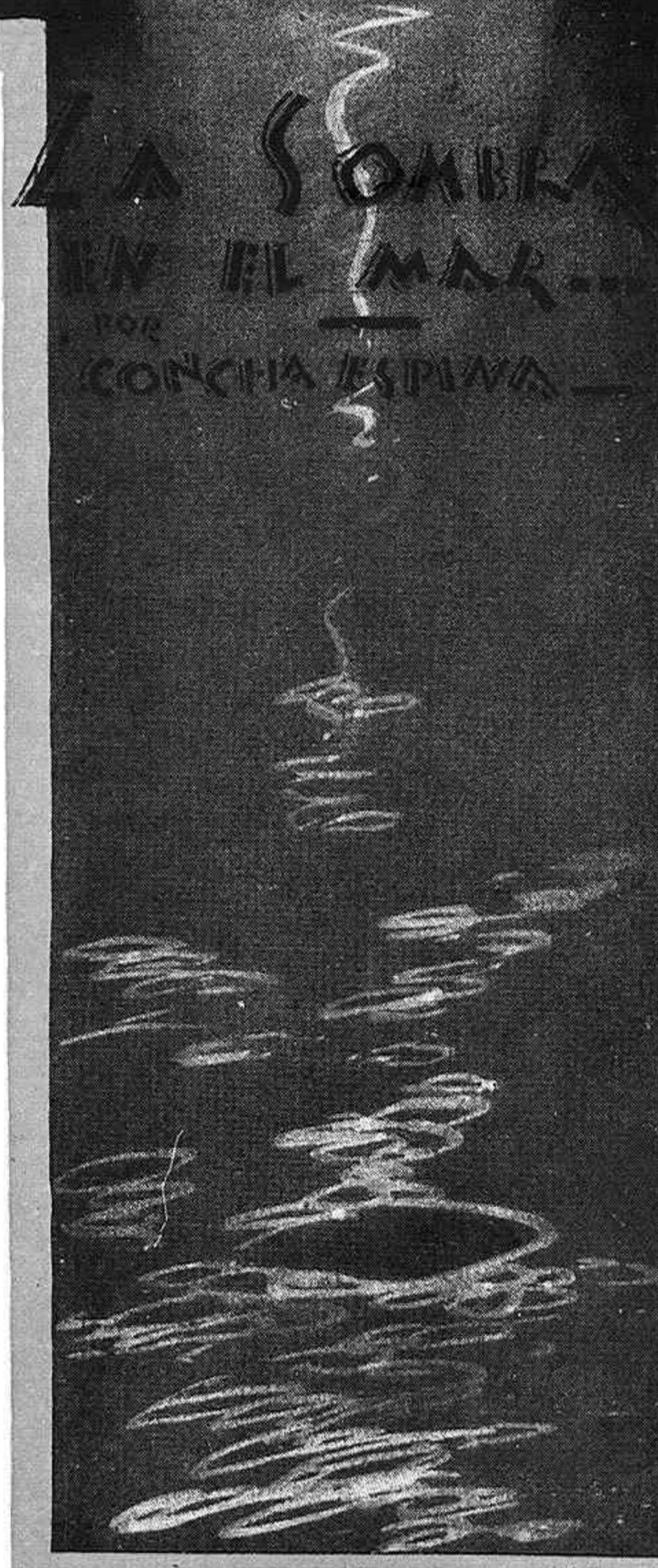


—He perdido mi sombra en el sendero;  
¿qué brújula me guía?,  
¿adónde voy?, ¿qué espero?,  
¿qué hora es?

—Mediodía.  
Vas hollando tu sombra; por eso no la ves.  
A tu paso no tiendes un estol  
de grávidas señales,  
porque te da sobre la frente el sol  
y tú misma eres lumbre y eres huella.  
Ignoras tus destinos como el polvo y la estrella,  
que de ambas cosas tienes el azar,  
y buscas direcciones terrenales  
sin saber que derrotas y chortales  
van contigo á la mar.

No aceleres tu marcha, peregrina;  
espera que la luz vuelva á caer  
en pávido tramonto;  
la senda que ilumina  
tu planta de mujer  
la encontrarás muy pronto.  
No receles un álgido extravío  
del ciego caminar  
sin brújula y sin hora,  
que va á tu lado el río  
de la vida, camino de la mar;  
¿no le oyes cómo llora?

Deja que el sol se incline  
hacia el otro hemisferio,  
y verás que tu sombra se define  
en el ancho misterio  
de la playa.  
Deja que el sol se vaya  
de tu frente espaciosa,  
de tu pecho rehogado en luminares:  
verás crecer de tu perfil la raya,  
extendido en la rosa  
de los ágiles vientos cardinales.  
Que en lo almo de tu ser  
y fuera de ti misma  
arribarás, mujer,  
á tu ácida marisma  
en plena inundación  
de manaderos,  
hartos de resbalar;  
y hallarás dirección  
en cada prisma  
de todos los senderos  
transparentes,  
y de todas las fuentes  
de la vida que corren á la mar.



Tu pie marcará hondura en el talud  
que baja de los montes,  
porque ya no arderá la juventud  
sobre tus horizontes.  
No has de surgir, liviana como ahora,  
sin tu doble somático en la arena;  
no has de anadar, como hoy,  
sin brújula y sin hora,  
libre de tu cadena,  
diciéndote: —¿Qué espero? ¿Adónde voy?

Ya te mira la luz desde el ocaso;  
te alcanza de través  
y anticipa el dibujo de tu paso;  
aquí tienes tu sombra; ¿no la ves?  
Ha crecido en el suelo  
delante de tus pies  
como una flor crepuscular,  
ave de corto vuelo  
que contigo se dirige á la Mar.

Quando lleguéis á la tremante orilla  
la sombra y tú, ella será un espejo,  
cristalino y profundo,  
convertida en reflejo  
de tu mortal arcilla.  
Contéplala un segundo  
porque la fauce inmensa te reclama;  
anochece en tu mundo;  
va el Sol de queda con tu propia llama  
el Misterio te llama.

•••••

¿Oyes?... Es el Destino que te nombra,  
y que aquí estás emplazada  
por Dios á responder.  
Si no eres más que «el sueño de una sombra»,  
y la tuya, del polvo emancipada,  
concluye en la marina,  
entregate, mujer.  
El aura de tu imagen inclina  
á la vera del salado algazul,  
que tu nimbo declina  
para mejor arder  
sobre lo eterno azul.

Mira. Apenas te ofreces  
á las aguas tu yo percedero,  
te transformas y creces;  
la viva pesadumbre  
de tu cuerpo, al caer,  
ha prendido un lucero  
en la excelsa techumbre:  
No te acabas, mujer,  
lates y resplandeces  
en el alto soporte  
de nuestra creación,  
como un sensible corazón  
ávido de su lumbre.  
No has perdido tu norte,  
y has ganado tu cumbre;  
mira cómo destella  
de tu espíritu el claro fontanar;  
¡la sombra de tu alma es una estrella  
encendida en el Mar!

(Dibujo de Aristo-Télez)

## PATOLOGIA TEATRAL

## T O D O S D E A C U E R D O

Si el empeño de salvar á nuestro teatro—si es que está perdido—fuera sólo un problema de diagnóstico, ya le tendríamos resuelto y estaríamos al cabo de la calle: por esta vez, el coro de doctores está completamente de acuerdo—si no, no sería coro—y opina sin la menor divergencia. Somos muchos, todos, los que opinamos que se produce demasiado y creemos que se produce sin la necesaria variedad. ¡Somos demasiado iguales!, dice Santiago Artigas, y sería atrevido llevarle la contraria; eso es precisamente lo que acerca del teatro en general venimos diciendo muchos desde hace tiempo y acerca del teatro que representa Santiago Artigas, en particular, venimos señalando como defecto capitalísimo.

Porque el argumento, exacto, del distinguido actor no es sólo aplicable á la uniformidad de las Compañías, sino á la uniformidad de los actores: los cómicos actuales no son iguales entre sí, sino iguales en sí y á sí mismos..., que es precisamente lo más contrario á la condición ideal del cómico, que debe ser todo variedad: un cómico ideal sería (y digo sería, porque si alguno *fué*, de ninguno puede decirse que *es*) el capaz de representar un tipo con tal verdad, que nadie conociese al cómico hasta que se quitara la peluca, como se la quitan al final de su trabajo para saludar al público y dar así idea más aproximada de su sexo los imitadores de *estrellas* femeninas.

De ese ideal estamos lejísimos, y Santiago Artigas dice con acierto, porque los cómicos son demasiado iguales entre sí, porque son iguales las comedias que representan; son iguales á sí mismos porque «el vértigo á que estamos sometidos en nuestro trabajo no nos da tiempo á perfeccionarlo», dice el distinguido actor ratificando una opinión que yo emití aquí mismo, y luego añade: «Bien es verdad que tampoco las obras de ahora exigen un estudio fuerte. Hoy todo es ligero, banal, de sacudidas rápidas. Es el ritmo de los tiempos modernos. Claro es que si le entregaran á uno el *Hamlet*, habría que hacer un estudio psicológico profundo y no se podría despachar con veinticinco ensayos.»

Aparentemente, eso es verdad; pero si ahondamos, ya no lo es: el ritmo de los tiempos modernos no es un ritmo en que los hombres carezcan de psicología; lo que ocurre es que su psicología no está hecha

de contrastes violentos, sino de matices finos, y precisamente por eso es más difícil de conocer y de estudiar; elija el actor los personajes más aparentemente iguales que haya representado; construya sus almas no sólo por las frases del autor, sino por lo que le digan el ambiente y las relaciones psíquicas del suyo con los restantes personajes; bucee en esas almas, y verá cómo las encuentra diferencias que, expresadas con sus matices apropiados, darían figuras más diferentes de las que hemos visto en escena.

Hay un actor cuya labor puede darnos datos interesantes acerca de este tema: Enrique Borrás.

Si seguimos atentamente la evolución de sus interpretaciones sucesivas de un mismo personaje, deduciremos fácilmente una ley general que casualmente coincide con otras biológicas y psíquicas: Borrás, con la interpretación de sus personajes, traza una curva ascendente primero y descendente después. Comienza con un conocimiento suficiente para lo que se estila, pero incompleto aún, de sus personajes; culmina en la

interpretación cuando los ha dominado, y no le inhibe la preocupación primera; y cuando los analiza más, excesivamente para lo que puede convenir á la especial perspectiva teatral, necesariamente sintética, los deforma un poco y los hace perder belleza.

Quien recuerde, por ejemplo, el protagonista de *Tierra baja*, hecho en épocas distintas por el mismo Borrás, podrá hacer la comprobación y comprobar la ley. Ese personaje está muy lejos, en su psicología, de la complejidad psicológica de *Hamlet*, y, sin embargo, se presta, no obstante su rudeza y sus trazos fuertemente escenográficos, á un análisis no sólo suficiente para una buena interpretación escénica, sino excesiva.

Ese análisis, como dice muy bien Artigas, no puede «despacharse» con veinticinco ensayos; pero puede hacerse aun del personaje más aparentemente sin psicología. El mal está, pues, efectivamente, en ese vértigo á que los actores están sometidos. En ese vértigo que Borrás no ha querido aceptar para su trabajo, y que no ha necesitado para vivir y enriquecerse con un repertorio muy limitado y formado por dramas, por añadidura.

He aquí un punto del diagnóstico en que Santiago Artigas disiente de mi sentir: para él, el público no quiere ver dramas y no quiere ver tampoco teatro clásico; las campañas de Borrás y la que ahora se está haciendo en la Princesa demuestran lo contrario, aunque, con muy honrosas excepciones, quizá, como dice el distinguido actor, «porque el público los ha hecho como son», no interpretan—no quiero decir no «saben» interpretar—dramas ni obras clásicas. Si supieran, ¿no habría público para esos géneros y sería posible esa diversificación á lo conde de San Luis que Santiago Artigas defiende?

Hay, por otra parte, en esta afirmación de Santiago Artigas, algo que, si es atenuante, el distinguido actor debe aplicar; para ser equitativo, cuando juzga un poco acremente á la crítica. Si para el cómico puede ser excusa de la limitación de su arte la afirmación de Artigas diciendo: «á nosotros nos hace el público», ha deserlo igualmente para los críticos de los que el distinguido actor dice: «Y es que el crítico es prisionero de su público, y, por halagarlo, llega á la injusticia. ¿Cómo va á defraudar á los que piensan al verlo en el estreno de una



Josefina Díaz de Artigas y Santiago Artigas en «Tambor y cascabel». Los dos eminentes artistas parece destinado á cantar en escena un eterno dúo que limita sus aptitudes expresivas.



Los autores hacen mal encerrando á los actores en tipos siempre iguales, que no les permiten diversificarse suficientemente

obra: ¡Lo que va á decir mañana Fulano de esta comedia!

La frase puesta en boca del espectador, cierta, seguramente, es ya un juicio condenatorio. Presupone que, á juicio del que la pronuncia, la obra es mala. No por halagar al espectador, por servir á la verdad, el crítico ha de censurarla con más ó menos acritud, según su temperamento; pero con justicia. Si la frase fuese: «¡A ver qué dice mañana Fulano de esta comedia!», implicaría lo contrario: complacencia del espectador y temor de que el crítico no fuera igualmente favorable á la obra estrenada; pero —¡ay!—no es esa, desgraciadamente, la frase usual, y cuando ocurre insólitamente..., el crítico suele ser aún más favorable que el espectador mismo, por natural blandura cardiaca y porque, como dice muy bien Artigas, «estamos casi siempre muy cerca unos de otros.»

No sé si «hay un sector de la crítica que quiere ser duro por sistema»; pero, en último análisis, toda dureza, de fondo, por lo menos, suele ser para ante las obras que el crítico ha de juzgar. Por muchos que sean los defectos señalados, aún quedan muchos por señalar. Es el caso de aquel bibliófilo que al encontrar en un puesto de libros un folleto rotulado *Los errores del profesor Fulano*, le consideró, visualmente, le tomó luego á peso y exclamó:

—¡No pueden estar todos!

La crítica, tal como por acá la usamos, suele ser demasiado breve para poder llevar al extremo el análisis; y en cuanto á pensar que los críticos son duros por sistema, ¿no cabría pensar que son los autores los sistemáticamente detestables?

Posible es también que á los críticos llegue á agriárseles el humor y acaben siendo pesimistas *a outrance*. ¡Es demasiado lo que se «divierten» gracias á esa fecundidad excesiva de los autores y á ese vértigo estrenista de Empresas y actores que unánimemente censuramos!

Cree Santiago Artigas que la crítica juzga más frecuentemente al actor que á su labor artística en una obra determinada. Es posible, aunque no probable; pero tal vez el distinguido actor lo piense así por un efecto de espejismo. A menos que, en cierto modo, sea imposible separar la personalidad del actor que á veces por demasiado fuerte, sin duda, se impone á la de sus personajes. En esos casos no hay tampoco, natural-

mente, posibilidad de una terminante separación de juicios.

Es curioso, además, que cuando se culpa á la crítica del mal estado del teatro, los que lo hacen no consigan ponerse de acuerdo acerca de la «patogenia»; es decir, de cómo esa causa produce el mal. Artigas, por ejemplo, dice ahora que la crítica es sistemáticamente dura. Hace un año, poco más ó menos, se acusaba á la crítica de ser demasiado benévola, y hasta se atribuía la benevolencia á causas tan aparentemente risibles como, de ser ciertas—que, á mi juicio, no lo eran—, inconfesables. En definitiva, puede que haya rachas de pesimismo y de optimismo; pero será cuando las obras sean tan mediocres que lo fundamental de la crítica pueda ponerlo el humor del crítico. Cuando las obras tienen «personalidad», la imponen al crítico, y el pesimismo ó el optimismo son naturales consecuencias del error ó del acierto del dramaturgo.

Esto aparte, naturalmente, de que el punto de vista, un poco docente, del crítico, no puede ser el del público, que, naturalmente, va al teatro en busca de una distracción honesta. El crítico debe marcar una ruta para que esa distracción sea lo más espiritualmente elevada posible, y quizás por eso á veces desdeña demasiado el género cómico y no tolera el bufo, aunque, quieras ó no, lo bufo le haya desarrugado alguna vez el entrecejo.

Por esa misma razón, los críticos no pueden ser profetas de lo que se ha llamado «éxito de taquilla». Cuando un crítico dice: «Esta obra es mala», no pretende decir: «Esta obra no dará dinero», y recíprocamente, cuando afirma: «Esta obra es buena», no garantiza á los autores «que los enriquecerá.»

Ya en tiempos de Lope, una cosa era el gusto



En el eterno dúo, la personalidad fuerte de Santiago Artigas se impone á la del personaje interpretado

del público y otra el de los espíritus depurados, y el teatro vivía del público y no de los espíritus selectos únicamente.

Lo que hace falta, y en realizarlo está la misión del crítico, señalando por igual defectos y bellezas, cuando los encuentre, es que el gusto del público vaya depurándose cada vez, para llegar al dominio económico de los más sensibles á la belleza.

Pero, en fin, lo esencial es que en tres cosas estamos todos de acuerdo: en que se estrena demasiado, en que esa excesiva fecundidad de los autores es incompatible con un trabajo cuidadoso de los cómicos, y en que todas las obras y, consecutivamente, todas las interpretaciones se ajustan á un mismo patrón.

Esto último lo remediaría, ya que con el proteísmo total de los cómicos no podemos contar, la diferenciación de Compañías que Artigas pide. Los otros dos males pueden remediarlos las Empresas cuando quieran: con organizar sus campañas sobre una base de repertorio, que no sería incompatible con la novedad, cuando ella mereciese ser conocida, estaría curado el mal.

Pero las Compañías no están aún preparadas para eso, y habríamos de pasar forzosamente por un período de convalecencia.

Necesitarían estudiar y ensayar, después de bien elegido, el repertorio que se propusieran representar; pero una vez formado, la tarea de mantenerle y renovarle paulatinamente sería sencillísima y el trabajo de los actores, sobre ser infinitamente más sólido, sería infinitamente menor. Quedarían curados de ese vértigo que Artigas con tanta razón denuncia y que les alarma.

¿Pero quién se lanza á esa reforma? ¿Quién inicia esa clasificación de los actores y de las Compañías para géneros diversos?

Martínez Sierra, en lo que se ha llamado «Un Teatro de Arte en España»—con bastante razón—, intentó diversificar y hacer género distinto del corriente y ¡moliente!; pero su luna de miel con Eslava pasó pronto y volvió á caer en el mal. ¿Habrá algún empresario, sino más atrevido, más tenaz?

ALEJANDRO MIQUIS



Josefina Díaz de Artigas y Santiago Artigas en su vida extrateatral



## La casita de madera

Fué en Nueva York donde floreció este idilio, como un lucerito en una tempestad. ¿Qué extraño, ¡eh!, que en un barrio como aquel, al que se habían ido retirando los hombres de negocios, levantando palacios en medio de jardines, quedase aún una pequeña casa de madera?

Aquel amplio solar, poblado de árboles frutales de toda especie, que ocultaban la casa, representaba toda una vida de afán. Cuando se hiciera el trazado de la avenida para ensanchar la ciudad, Samuel Brown, un obrero, un simple obrero, invirtiera sus ahorros en aquella parcela. Era una escombrera, con altibajos; pero la atravesaba un arroyito. Poco á poco, en los escasos ratos de ocio, la había ido allanando, apartando los escombros para que un carrero se los llevase. Después plantó numerosos árboles frutales, y dejó una senda entre ellos que iba á dar á un calvero. Aquel espacio lo destinaba para construir una casita.

Entretanto, otros hombres más ricos, pero quizá menos felices, levantaban rápidamente, á los lados, palacios fastuosos.

Samuel Brown aún tuvo que someterse á sacrificios sin cuento durante varios años para construir su casita de madera.

Cuando había logrado la máxima felicidad doméstica; cuando había construido su nido; cuando por su trabajo paciente y entusiasta le nombraron jefe de talleres en la fábrica en que trabajaba; cuando su único hijo era un reflejo de su juventud, había muerto con la tristeza de no poder gozar de aquella vida que se había formado.

El hijo ya podía sostener la casa, aunque con limitaciones. Era un buen mecánico ajustador en la fábrica de máquinas agrícolas donde el padre había trabajado tantos años, y cobraba á la semana un buen puñado de dólares.

En los cuatro años en que James Brown había vivido solo con su madre, había sido relativamente feliz, aunque llenos todos los instantes del recuerdo del padre. Le tenía la ropa limpia y aseada, preparada la comida sabrosa, le es-

peraba siempre dispuesta á prodigarle su afecto; pero algunas veces James la encontraba llorosa y triste. Cuatro años cumplidos de la muerte de su padre, James Brown quedaba completamente solo en su casita de madera.

Frecuentemente se ponía á pensar en su situación, sin darse cuenta de lo que hacía. Se distraía en el trabajo hasta tal punto que se le paraba la máquina. Al cesar el chirrido metálico, el silencio le hacía volver en sí. Los jefes, que sabían el trabajo que desplazaba, le compadecían.

Al marchar por la mañana al trabajo cerraba la casita, y no volvía hasta la noche. Como no tenía á nadie allí, tomaba un frugal *lunch* en cualquier *restaurant* próximo á la fábrica. A él, acostumbrado á ir y venir de prisa, le quedaba mucho tiempo libre hasta que sonaba la sirena. Daba vueltas sin rumbo, ó se sentaba frente á la fábrica, á esperar la hora, tomando el sol. Era en aquellos momentos de tedio cuando más recordaba á sus viejos, su casita, su jardín. Los compañeros no lograban comunicarle su alegría.

A la tarde, en la *rush-hour*, al regresar á su casa, era cuando más le parecía la vida sin motivo. La ciudad dinámica no le atraía. Las gentes que pasaban rápidamente, atropellándose, le eran extrañas, y en ningún rostro hallaba más que indiferencia.

¡Qué grande le parecía la casa siendo tan pequeña! Apenas tomaba alguna cosa, que había comprado á la vuelta, y se tendía en la cama vestido, ó paseaba por su jardín. Hallaba en esto una ilusión confortadora.

Algunas veces, al sentir su melancólica soledad, se daba á pensar:

—Yo debía buscar una compañía: una mujer... Pero no tengo tiempo.

Acuciado por este deseo, iba los domingos á los parques. Las mujeres jóvenes pasaban, riéndose, del brazo del novio, ó solas, llenas de banalidad, sin reparar en él.

Y, sin embargo, James Brown sólo tenía un defecto para el mundo utilitario en que vivía:

era un *boy* bastante guapo, defecto que sólo las mujeres saben perdonar.

Los días de trabajo, con su monotonía cotidiana, se sucedían. El, que en otro tiempo iba gozoso al trabajo, sentía fatiga y hastío.

—Si no hay un pretexto—decía para sí—, una ilusión para la vida... Si yo tuviese una mujercita...

Fué entonces cuando pensó en poner un anuncio en los periódicos, que dijese: «Joven, veinticinco años, tantos dólares semanales, propietario casita de madera y jardín afueras, casaría por amor. Fotografía.»

A los pocos días, al regresar á su casa, se encontró con que le esperaban varias cartas. Su proposición era excelente, y atraía innumerables falenas.

«Yo, señor, decía una, aunque tengo treinta y cinco años, sería la compañera ideal para un hombre honrado.» Miró la fotografía. Era una mujer entrada en años ya.

Otra era de una muchacha rubia, bonita; pero tenía en el rostro un rictus, un no sé qué que le hizo pensar:

—No; ésta no es buena. Es espantoso pensar que por la ilusión de un instante me puedo casar con una mujer cualquiera, cuya vida anterior no conozco.

Las demás cartas estaban inspiradas en un sentimiento comercial, que le repugnaba. Las fotografías eran de muchachas vulgares; sin atractivos.

Algunas veces se ponía á idealizar á alguna; pero volvía á echar con displicencia la fotografía sobre la mesa.

—¡Bah! No es posible. Yo necesitaba ver su porte, sus pies, su sonrisa, su mano enguantada. Claro que yo podría escoger entre ellas; pero el conocerlas á todas, una por una, representa muchas tardes de domingo.

En estas dudas y en este repasar de fotografías, había pasado numerosas tardes, de vuelta del trabajo.

Un día se decidió:

—Quizá ésta...



Y le escribió, citándola para un parque, un domingo.

Días después recibía una carta de ella: «Siento mucho, *gentleman*, que se haya retrasado. Ya soy la prometida de otro hombre.»

Aquello acabó de entristecerle. —Lo mejor será que renuncie á mi deseo, que me conforme con mi soledad.

Pasaron días, semanas. James se había conformado con su mediocridad, con su vida insulsa, él que era un idealista.

Pasaban los días, sin sorpresas, sin interés alguno. Había renunciado á sus ensueños de felicidad.

Pero he aquí que un día, un día cualquiera, á la vuelta del trabajo, se encuentra junto á la verja del jardín del palacio de al lado un pequeño perrito. Eso es, un pequeño perrito. Si dijéramos perrito solamente, no se expresaría con justicia su tamaño. Era uno de esos perritos de larga y fina lana, redondo y gordito como una pelota.

James tenía una especial debilidad por los perros, y más aún por los perros perdidos ó abandonados. Hacía varios años había recogido otro en la calle, movido de la misma compasión. Pero debía ser el perro de un vecino ó un perro vagabundo, porque en cuanto le diera de comer se le había escapado.

Este no. Apenas tendría tres ó cuatro meses, y en cuanto se acostumbrase le tomaría cariño.

Tuvo algunas dudas, algunas vacilaciones. Lo habría perdido alguien, y volvería á buscarlo.

Quizá fuese el presunto heredero de alguna señora vieja que se moriría del disgusto al perderlo para siempre. Podría ponerse un anuncio. Sí, pero, ¿no sería inútil?

El lo pondría, por ejemplo, en el *New York Herald*; pero, ¿leería la señora el *New York Herald*?

¿No sería mejor cogerlo y meterlo en el bolsillo y marcharse á casa, á cenar?

Podría decir al primer *policeman* que encontrase: «Oiga, este perro que llevo en el bolsillo lo he encontrado en la calle. Si alguien viene á preguntarle por él, dígame que yo lo recogí, el vecino de la casa de madera.» Por más que casi no merecía la pena. El perrillo, aun capitalizado como capricho, apenas valdría unos cuantos dólares. Y si moría alguna señora anciana del disgusto de haberlo perdido, en cambio, nacía en un muchacho el optimismo y la alegría de la vida. Ya tendría con quién hablar, al menos...

Entretanto James se debatía en este soliloquio, el perrillo se le había puesto á ladrar con una vocecilla de chiquillo. Pero al ver que no le hacía daño, se había ido familiarizando con aquel señor serio y pensativo. Primero se fué acercando á él y lo olió; des-

pués, levantando una patita, le mojó el pantalón.

James ya se había determinado:

—Bueno. Me lo llevo. Yo necesito alguien con quien hablar.

El perrillo, al quererlo coger, corrió ladrando como si quisieran matarlo. James le dió alcance presto, y lo metió en el amplio bolsillo del gabán. El perrillo llevaba la cabecita fuera.

Detrás de un árbol, junto á la verja del jardín del palacio de al lado, apareció una jovencita vestida de blanco, sonriente:

—Debe tener buen corazón, porque se ha compadecido. ¡Qué muchacho más simpático! ¡Si supiera que yo se lo regalo!

No bien llegó á su casa, James buscó los manjares que le parecían más exquisitos: carne, queso y leche, y se los dió. El perrillo olió, probó y decidió comérselo todo.

Después vió un almohadón, y sin pedir permiso se subió á él y, enroscándose, se echó á dormir.

James, con la ternura con que se ve á un hijo en la cuna, contemplaba aquel vellón de lana blanquísima.

Y viendo al perrillo se puso á pensar cómo había de hacer en días sucesivos. Sí, le dejaría de comer para todo el día, al marcharse al trabajo.

Así lo hizo el primer día. Le dió de comer hasta que no quiso más, y aun le dejó de sobra para el resto del día.

Pasaron varios días; pero al volver una tarde notó que el perrillo estaba triste y melancólico, cosa que le hizo pensar seriamente.

Sin duda, Smith, como se decidió á bautizar á su pequeño amigo, tenía poca continencia, y

se engullía todas las reservas del día en las primeras horas de la mañana, y toda la tarde estaba esperando la vuelta de James, y debido á esta irregularidad se le veía enflaquecer de día en día.

James tenía que tomar una resolución, y esta resolución era almorzar en casa. Pero, ¿cómo hacerlo en el escaso tiempo que le daban en la fábrica? No podría fiar su puntualidad á los trenes y á los tranvías descendentes, que á aquellas horas iban repletos, y que además le dejaban bastante lejos.

¿Y por qué no comprar un automóvil barato, de segunda mano, para ir y venir? James tenía unos ahorros, y le parecía bien transformarlos en aquel sencillo elemento de felicidad.

—Iré á la fábrica en automóvil; vendré á almorzar á casa; volveré á la fábrica. Los domingos saldré al campo. Llevaré conmigo á Smith.

La vida le mostraba su color agradable.

Buscó en los periódicos las páginas de anuncios dedicados á la venta de automóviles. Escribió cartas. A los pocos días había ultimado la compra de un Ford seminuevo por unos cuantos dólares.

¿Cómo expresar la alegría de James al verse dueño de una casa de madera, de un perrito, de un Ford? Aquello ya era demasiado para ser feliz, él, que aspiraba á tan poca cosa, que se sentía alegre y dichoso cuando cenaba, después de venir del trabajo, y podía fumar una pipa é ir llenando el comedor con las volutas del humo... O en el domingo sentarse al pie de un árbol de su jardín y comer una manzana madura oyendo cantar un pajarillo. Placeres que eran para él más agradables que ir á ver un vodevil.

Dada su destreza de mecánico, ya el primer día fué en automóvil á la fábrica.

Los compañeros felicitaron á James porque entendía bien la vida.

—Ahora necesitas casarte—le dijo uno.

—Si pudiera comprar una mujer como he comprado el Ford... Pero ha de ser una mujer ideal.

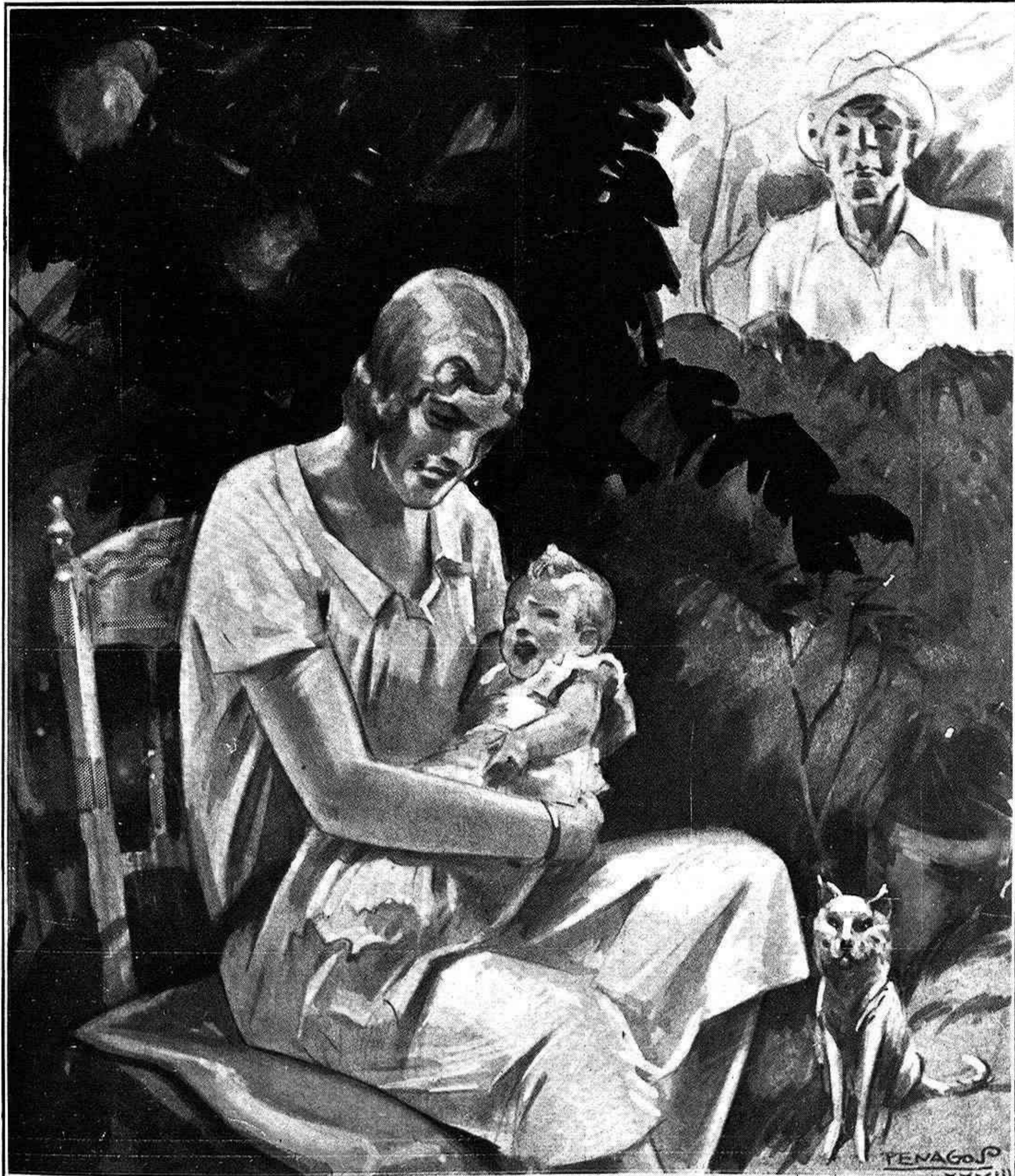
De este modo cambió radicalmente su vida. A la hora del *lunch* tenía tiempo de ir á su casa, almorzar y cuidar el perrillo, que lo recibía siempre con ladridos de alegría, dando saltos, poniéndose de pie.

—Voy á tener que comprar gallinas—se dijo para sí—, y ya no me faltará nada.

La tarde de un sábado fué á visitar una granja, y compró seis gallinas y un gallo. Al llegar á casa las soltó en el jardín, y las gallinas se esparcieron, picoteando aquí y allá. El gallo se subió á una piedra y lanzó al aire la música de su clarín.

—Así ya tengo quien me llame por las mañanas.

Era una estampa idílica verlo á él, en mangas de camisa, rodeado de sus gallinas—á las que repartía do-



Fué en la nueva primavera cuando la casa se llenó de un rímulo llanto de niño

rados granos de maíz—y del pequeño *Smith*.

Se acercaba la primavera. Los duraznos, aún sin hojas, se habían vestido de flores blancas. Los cerezos y los guindos pronto empezaban a florecer.

James sentíase feliz en su casa.

—¡Qué lástima que no pueda gozar de todo esto mi madrecita!

El recuerdo de la muerta le entristecía. Y, cosa extraña, la madre le hacía pensar en las demás mujeres.

—¡Oh! ¡Si yo encontrase una mujer buena y cariñosa como ella! En verdad que el único encanto doméstico que me falta es una mujercita.

Según iba en aumento el aroma de la primavera, James Brown notaba la ausencia de alguien junto a sí.

Sofnando en la posibilidad de que algún día se encontrase con el vago motivo de su idealismo, se le enternecía el corazón.

—¡Yo, que apenas he hablado nunca con mujeres! ¿Qué les diría yo entonces?

Pero pasaban los días todos iguales, sin que nadie se le interpusiera en el camino, como si fuese el único que vivía en el mundo. Tan sólo veía los compañeros de la fábrica, siempre indiferentes, limitándose a cumplir su obligación, como piezas de las máquinas.

Una tarde, que volvió un poco antes a su casa, le ocurrió un pequeño suceso sin importancia. El, por lo menos, no se la dió hasta después.

Paró su automóvil junto a la puerta del jardín. No sé cómo fué que vió á través de la verja, tupida de enredaderas en flor, una figura blanca dentro. Era una muchacha vestida de blanco que repartía maíz á las gallinas que la rodeaban. *Smith*, el infiel *Smith*, daba saltitos y ladridos de satisfacción, igual que hacía con él.

—¿Cómo? ¿Qué es esto?

La muchacha, de pronto, miró el reloj de su muñeca, y apresuradamente echó á correr. James no pudo ver por dónde se había ido. Sólo vió la fugaz nota blanca del vestido entre algunos árboles.

Entró rápidamente. La muchacha no había dejado rastro.

Entre las gallinas—que ni siquiera repararon en él—aún quedaban desperdigados granos de maíz. Las contó. Estaban todas, incluso la que tenía doce pollitos.

Aquel pequeño suceso sin importancia le intrigó toda aquella tarde y todo el día siguiente. ¿Qué le habría inducido á aquella muchacha á introducirse en su jardín? ¿Quién era ella? Y no parecía fea del todo, aunque apenas le había visto la cara. Rubia, ¿no? Sí, sí; rubia y esbelta.

Decidió volver al otro día más temprano y dejar el Ford en una esquina próxima. Así entraría con más cautela en su casa, para sorprender á la muchacha que daba de comer á sus gallinas sin su permiso.

Era casi una hora más temprano que los otros días. Curioseó á través de la verja. Sí, allí estaba, rodeada de sus gallinas, de su perro, como si fuera la dueña de la casa.

Al abrir con sigilo la puerta del jardín, á James le latía el corazón precipitadamente como si él fuera el intruso. Fué andando despacio, temeroso de que sintieran sus pisadas. Cuando llegó junto á ella, que estaba abstraída, en cuclillas, dándole de comer á la mano al rebaño de gallinas, saludó, sacándose el sombrero.

—Buenas tardes.

Ella volvió la cabeza, con los ojos llenos de sorpresa. Era una preciosa muchacha rubia; pero James no pensaba en eso en aquel momento, y la trató como á un igual, con dureza, aunque con cortesía.

—No me esperaba usted, ¿verdad?

—No, por cierto—contestó ella con ingenuidad—. ¿Cómo ha venido usted hoy tan pronto?

—La quería sorprender á usted para decirle que está en una propiedad que no es la suya.

—¡Ah! ¿Pero ya me había visto aquí otras veces? ¿Y cómo no me lo dijo usted antes entonces?

—Porque se escapó usted como una corza cuando iba á entrar ayer.

—¿Por qué le iba á escapar á usted? ¡Ja, ja, ja!

—Es que sin duda no me vió. Pero no se ría usted, que este es un asunto más serio de lo que parece.

—¡Huy, huy, huy! ¡Qué cara más fea tiene cuando se pone serio! ¡Quién lo había de creer! Encima de alimentarle las gallinas desde que las compró, se incomoda. Comprenderá usted—dijo, cambiando de voz, como si fuese un ama de casa—que con lo que usted les daba las gallinas



Y Mr. Simpson siguió acunando al niño.

no estaban contentas. ¿Cómo le iban á poner así? No era posible. La gallina necesita una buena alimentación é higiene. Yo les doy á sus gallinas todo cuanto quieren: carne triturada, huesos molidos, maíz, trigo; las desinfecto, las perfumo. Claro que después es usted quien recoge los huevos; pero qué le vamos á hacer... Igual que su perro. ¡Si no fuera por los bizcochos que yo le tengo dado!...

—Por eso, por eso... Ahora me doy cuenta. Así resulta que ni las gallinas ni el perro me tienen cariño. Pero, ¿quién le manda meterse en mis cosas?

—Es que me aburro, ¿sabe? En el jardín de mi casa, esa de al lado, sólo hay árboles de adorno, de esos que tienen hoja todo el año y que no tienen flores nunca, y yo allí me muero de *spleen*. Papá me da cuanto quiero, pero él sólo se ocupa de sus negocios. Y allí me tiene usted sola en casa, con una institutriz de mal genio, entre criados serios, paseando sola por las habitaciones de mi palacio. ¿Comprende usted ahora por qué me tentó su casa y su jardín, tan alegre y tan

florido siempre? La primera vez que entré en él fué para robarle una manzana verde. Pero usted es un hombre y no comprende estas locuras de muchacha...

Se había puesto en pie, con la cabeza baja, hablando con una voz entristecida.

A James se le había pasado el mal humor, y reparaba en ella. Aquella muchachita tenía una cara bonita y rubia, con la melena al aire, y una fina elegancia. Si él se hubiese acordado, vería que aquél era el tipo de mujer que había soñado tantas veces.

El perrillo iba de uno en otro haciendo fiestas, contento de verlos juntos; pero ninguno se daba cuenta.

—Bueno; supongo que usted no volverá á reincidir, porque si la encuentro otra vez aquí...

—¿Así es que me echa usted de su jardín?

James no contestó. El era muy hombre, y no se conmovía por cualquier cosa, y, sobre todo, quería parecerlo con su vecina.

La muchacha tuvo un arranque.

—¡Le compro á usted su casa!

El contestó rotundamente:

—No. La hicieron mis padres. Es un recuerdo de familia.

A la muchacha se le llenaron los ojos de lágrimas, y andando despacio se fué hacia el seto que la separaba de su casa.

—¿No me perdona usted, James?—le dijo desde lejos.

James sintió que se le enternecía el corazón, que algo delicado y exquisito le llenaba el pecho, y fué andando hacia ella, que se había parado.

—¿Cómo es que sabe usted mi nombre?

Ella bajó aún más la cabeza, y dijo en voz baja, cuando él ya estaba cerca:

—Cuando se quiere á alguien, hay muchos modos de saber su nombre...

—¿Usted?

—Sí, James. Le quiero, le quiero.

—¡Si yo soy un obrero tan sólo, y sólo tengo esta casita de madera y este jardín!

—Pero yo soy uno de tantos negocios de la firma Simpson & Sothwood Mfg. Co.

—Esto es un sueño.

—¡Lámame Eveline!

—Esto es un sueño, Eveline. Esto se desvanecerá un día. ¡Yo que soñaba en una mujer así como tú!

—Yo te vengo queriendo desde hace tanto tiempo... El día que dejé el perrillo en la calle para que tú, al pasar... Cuando te anunciaste, también yo escribí.

Y en aquel atardecer de primavera nació una flor, una nueva flor, en el jardín, en los labios de ella.

La vida de James se había transformado. Ahora tenía un motivo de ilusión. Eveline, con su figura blanca y dorada, le llenaba todas las horas del día.

Mientras trabajaba estaba alegre y cantaba muchas veces.

—¿Qué te pasa que estás tan contento hoy? —le decían sus compañeros.

Deseaba volver á su casa, en la que encontraba siempre á Eveline esperándole.

¡Se hacían tan breves los momentos para los dos enamorados!

Cuando ella se iba, quedaba un poco triste. Cenaba y se sentaba á la puerta de su casa, á fumar su pipa, como un granjero, y se perdía en ensoñaciones mientras veía diluirse el humo en el cielo. El perrillo estaba á sus pies.

Un día en la fábrica resolvió un problema de mecánica, que venía á simplificar el trabajo de

una máquina. Los jefes le dieron su parabién, y á los pocos días lo agregaron á las órdenes del inventor de la casa, duplicándole el sueldo. Aquella tarde fueron más felices que ninguna.

—Ya nos podemos casar—le dijo á Eveline—. Ya puedo sostener á mi mujercita.

Al siguiente domingo, vestido con su mejor traje, James fué á visitar al padre de la muchacha para pedirle su mano.

Fué aquélla una verdadera sorpresa para Mr. Edward Simpson, despreocupado siempre de la hija, á la que consideraba, aparte del mucho cariño que le tenía, como un posible futuro negocio.

Recibió á James como si le fuese á comprar unas cuantas acciones de alguna de las sociedades de su propiedad.

El muchacho le expuso los elementos con que contaba para sostener á su hija. Era el vecino de al lado, el de la casita de madera; ganaba tantos dólares semanales en una fábrica. Mr. Simpson había ido poniéndose serio.

—Yo no puedo consentir ese casamiento—dijo fríamente—. Usted es un simple obrero, y eso es poco para mi hija, acostumbrada á otras condiciones de vida. Si ella no acepta mi consejo, la desheredaré. Así es que ya lo sabe usted, caballero.

James salió dignamente del despacho. Eveline, que había estado oyendo detrás de la puerta, apareció ante el padre, y abrazándolo le dijo:

—Yo le quiero, papá; yo le quiero...

—Pero á él le ha atraído la firma Simpson & Sochwood...

—No; él me quiere tan sólo por mí. No es como los demás hombres. Con su pequeño sueldo nos llega para vivir modestamente.

—Puedes casarte; pero al tomar el apellido de ese obrero renuncia al de tu padre para siempre.

Eveline, llorosa, fué tras la felicidad. Es decir, fué al jardín en el que estaba James pensativo, fumando su pipa.

A los pocos días, los casó un pastor en una capilla cualquiera. Asistieron á aquella boda sencilla la mejor amiga de ella y un compañero de él.

Nunca Eveline había estado tan bonita, ni pudo haber soñado James ser tan feliz.

•••••

Una alegría inefable había llenado aquella casa, oculta casi por la fronda de los árboles, llenos de flor y de fruto.

Mientras James iba al trabajo, ella lavaba los visillos, los planchaba, hacía la comida, limpiaba las habitaciones, ordenaba los libros, cortaba rosas en el jardín y llenaba con ellas los jarrones,

cuidaba las gallinas. Ella, que nunca había necesitado hacer nada, hallaba un oculto encanto en aquellas faenas domésticas. Había tenido que aprender á cocinar, por un libro. Todas aquellas pequeñas dificultades se las compensaba él, diciéndole:

—¡Qué sabrosillo está esto! ¿eh?—ó bien—¿Qué, trabajaste mucho hoy, nenita? ¡A ver si pronto podemos tener una criada para que te ayude!

Algunas veces les venía á ver un criado viejo del padre.

—¿Cómo está?—le preguntaban.

—Así, así. Ha envejecido mucho desde que la señorita se fué de casa. Apenas sale, siempre dando vueltas en su cuarto. Le traen todo á firmar, y algunas veces le oigo que dice: «¿Para qué sirve todo esto?» Cuando me atrevo á hablarle de usted, señorita, me dice severamente: «No me hables de ella, que es para mí como una muerta».

Aquello les entristecía, pero tenían esperanza de que algún día el padre les perdonase.

—Bueno, mi buen Jhon, llévale estas flores, se las pones en el jarrón de su mesa, como yo lo hacía. Estas cerezas se las das de postre. Pruébalas, ya verás qué ricas están. Y háblale siempre de nosotros, para que no nos olvide.

El viejo criado marchaba pensativo y triste. El, que hacía tanto tiempo servía al señor, y que quería tanto á la señorita...

Una mañana les sorprendió cómo había derribado en el jardín de su padre dos altas araucarias. El padre había dado el pretexto de que quitaban el sol á la casa; pero había sido, sin duda, para poder ver desde sus ventanas la casita de madera, cuya pequeña chimenea exhalaba al cielo un cándido humo de hogar. Algunas veces, veían la sombra envejecida del padre, detrás de los cristales, mirando hacia el nido de ellos.

Y el padre se decía para sí:

—Realmente, cuando el viejo Sochwood me concedió la mano de una de sus hijas, ¿qué era yo, más que un buen dependiente de su almacén?

Así pasaban los días felices, deseando que cada uno fuese el último de aquella triste separación, que el padre se enterneciera.

A comienzos del invierno se les anunciaba una nueva alegría; otro rayito de sol iba á entrar en la casa.

Fué en la nueva primavera cuando la casa se llenó de un trémulo llanto de niño.

Aquel mismo día, el viejo criado Jhon fué á llenar de claridad también el corazón empedernido del abuelo.

—Es rubio y redondito, señor. Así, chiquitín. Aún casi tiene los ojos cerrados.

En cuanto la madre pudo levantarse, salió al jardín con el niño en brazos, y se sentaba á la sombra de un arbolillo en flor.

Algunas veces, el viejo paseaba del otro lado del seto, ensimismado. Y algunas veces el niño lloraba.

Una de estas tardes en que el niño lloraba con más insistencia, el viejo Edward Simpson asomó su rostro serio por un claro, en que el seto era más bajo.

—Pero, mujer, ¿qué le haces á ese niño que no calla?

—Es que tiene muy mal genio—dijo ella con picardía—. En eso se parece á su abuelo. Y en esto de la nariz.

—Trae, trae, ya verás cómo calla conmigo. Cuando tú eras chiquita...

Como pudo, saltó al jardín de ellos, le cogió el niño en brazos y lo balanceó suavemente. El niño se calló.

Eveline estuvo un momento mirando á su padre, y despacio, sin que él lo notara, se marchó hacia la casa, á preparar la cena. Puso un cubierto más, en la mesa, entre el de James y el suyo.

Jhon andaba buscando al señor por el jardín de al lado, pues lo llamaban al teléfono. Asomó la cabeza por el seto, y, al ver al señor, se quedó embobado. No se atrevía á interrumpir su dicha.

—Me buscas, ¿no? Di que he salido.

Y Mr. Simpson siguió acunando al niño, con suavidad, entre sus brazos, y tan seriamente como si hiciera algo muy importante. Alguna vez, lo levantaba sobre su cabeza ó lo ponía á la altura de sus ojos, mirándole con arrobo, sin decirle nada, por tantas cosas que tenía que decirle.

Y así le encontraron James y Eveline á la hora de la comida. Abrazando al niño, se habían abrazado los tres.

—Bueno—dijo el padre, de sobremesa, aquella tarde—. Mañana se quitará ese seto de espinos que nos ha separado tanto tiempo, y vosotros me haréis un sitio en esta casita. En cuanto á eso que dices de tener una muchacha para el niño, no creo que sea preciso. Yo me encargo. Yo y Jhon...

Jhon, que servía á la mesa, aseveró:

—Sí; entre el señor y yo... ¡Más traviesa que era la señorita!...

Desde el día siguiente, James Brown fué el hombre diligente y activo que necesitaba la firma E. Simpson & Sochwood Mfg. Co.

Seguía floreciendo la primavera.

CORREA-CALDERON

(Dibujos de Penagos)

## CUMBRES

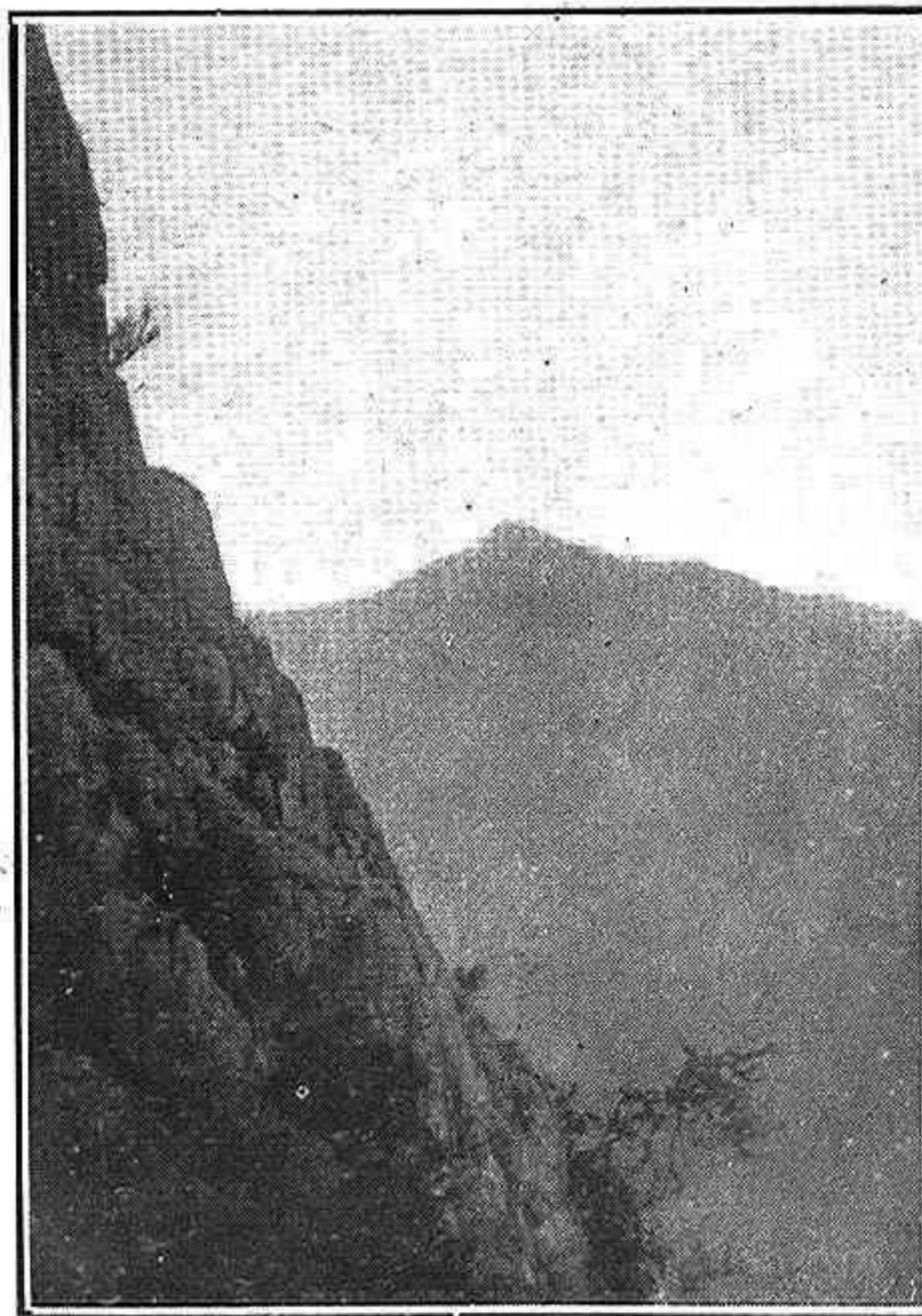
Altas cumbres silenciosas;  
puras cumbres en que el sol  
pone el primer arbol  
de sus albas milagrosas.

¿En qué sueños meditáis,  
siglos y siglos, mirando  
cómo todo va pasando  
mientras vosotras quedáis?

Desde vuestra ingente altura,  
cubiertas de oro ó de nieve,  
veis, impávidas, lo breve  
que es la vida en la llanura.

Arboles, ríos, cosechas...,  
todo acaba en polvo vano,  
mientras que, al borde del llano,  
seguís vosotras derechas.

Sin la angustiosa inquietud  
del que ha de morir, pensáis



que en vuestras piedras guardáis  
una eterna juventud.

Magníficas é inmutables,  
llenas de altivo desdén,  
no os importa el mal ó el bien  
de las cosas deleznable.

Para vosotras, la vida  
del hombre es la luz callada  
de una débil llamarada  
que muere apenas nacida.

Sois como dioses; eternas,  
mostráis, de pie sobre el llano,  
ese gesto soberano  
de las cosas sempiternas.

Altas cumbres silenciosas,  
puras cumbres en que el sol  
pone el primer arbol  
de sus albas milagrosas.

FERNANDO LOPEZ MARTIN

(Fot. P. Gárate)

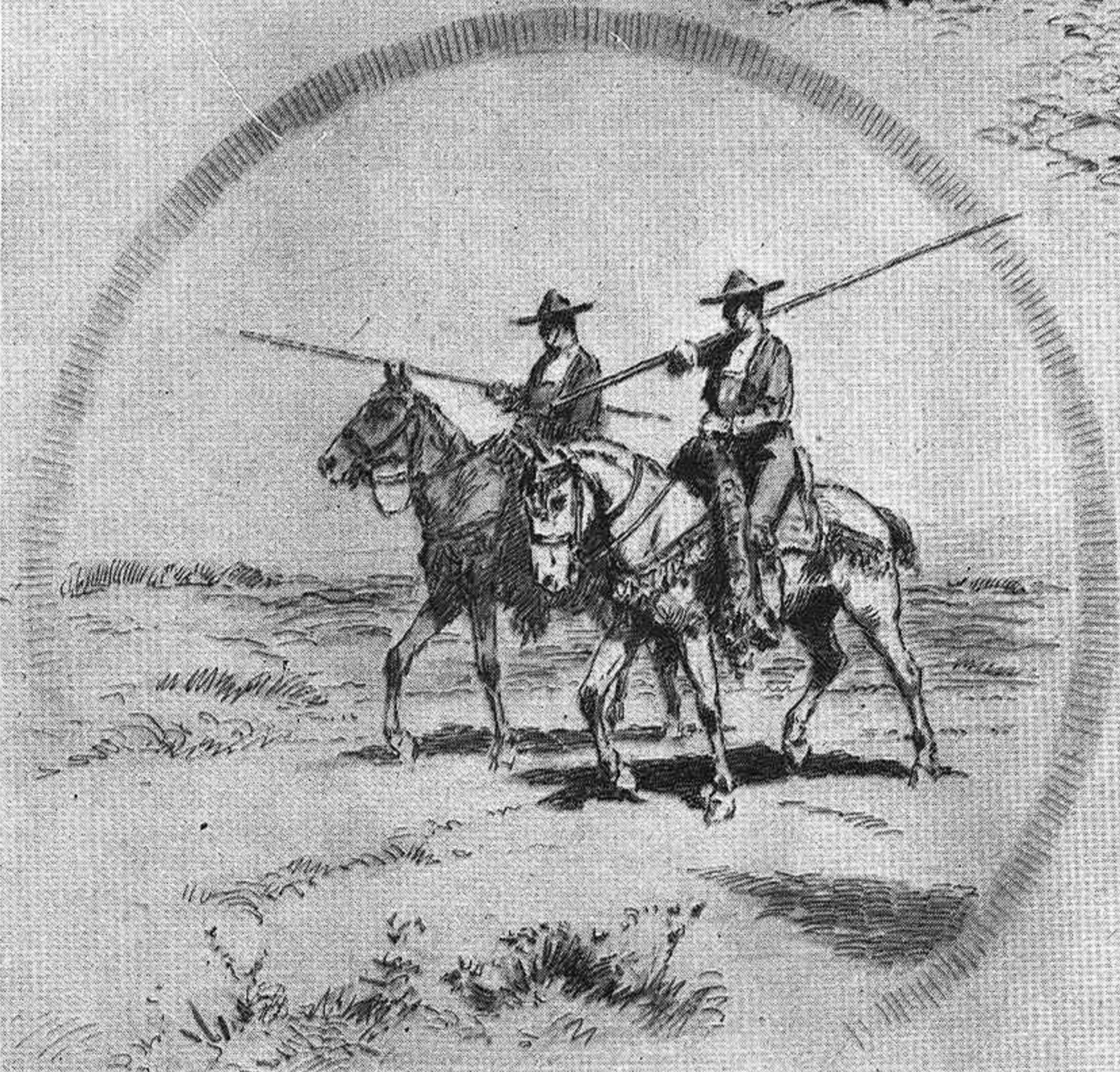
## LIENZOS CASTELLANOS

### EL VIEJO MESÓN

Un heráldico escudo nobiliario  
destácase en la pétreo portalada.  
Antaño fué palacio, y hoy posada  
es este caserón...

¡Oh, qué voltario  
el tiempo!...

Aquí algún duque legendario  
vivió vida triunfal y regalada  
y príncipes retuvo en su morada...  
Y aquí, donde el honor halló un sagrario  
y princesas vivieron sus afanes,  
mozas plebeyas hoy hanse folgado  
con zafios y con rústicos gañanes...  
¡Oh, qué hicieran los nobles caballeros  
si vieran su palacio transformado  
en mesón de tratantes y arrieros!...



### GINESILLO DE PASAMONTE

Tu pícara apostura y buena traza  
gala y ornato fué del mal camino.  
¡Bien honras con tu ingenio peregrino  
la gallofésca estirpe de tu raza!

¡Ved aquí á Ginesillo! ¡Hacedle plaza!  
¿Qué dices, socarrón? ¿Perdiste el tino?  
Tu gesto de truhán y de ladino  
es siempre de una fuga la amenaza.

Echarte con destreza quiero encima  
la recia trabazón de este terceto,  
pues temo del ingenio que te anima,

si en sílabas no estás muy bien sujeto,  
que rompas las argollas de la rima  
y escapes de la cárcel del soneto!...

### VAQUEROS

Jinetes en caballos enjaezados  
á la usanza charruna, los vaqueros,  
escortando los toros pendencieros,  
marchan por los caminos soleados...

Destellos pone el sol en los dorados  
y típicos botones de agujeros,  
y se tercián los clásicos sombreros  
sobre rostros cetrinos, rasurados...

Van trotando los toros reñidores.  
Llevan los potros paso de andadura.  
Ciñen los fuertes charros domadores

polaina, espuela y cinto en la cintura.  
Y va la caravana de colores  
cruzando la aridez de la llanura...

ALBERTO VALERO MARTIN

(Dibujos de Regidor)



# LOS PINTORES ESPAÑOLES EN LOS MUSEOS EXTRANJEROS

## ZURBARÁN

### EN EL LOUVRE

La pintura española tiene una representación aparentemente amplia, pero, sin duda, insuficiente, en los Museos de Francia.

La más copiosa, de pintura antigua, está, naturalmente, en el Louvre; y de los cuadros españoles que existen allí hemos de ir dando sucesivamente reproducciones.

Figurarán entre ellas las de cuadros de Velázquez; de Murillo, de Herrera (*el viejo*), de Ribera, del Greco y de algunos otros, y hoy comenzamos esa serie con la reproducción de cuadros de Zurbarán.

No hay para qué hacer ahora aquí una biografía del gran pintor extremeño, que, como todos los españoles, no es precisamente en el Louvre donde puede ser mejor estudiado. El lugar de elección para conocerle íntimamente es Sevilla, su patria artística y el hogar de su escuela, completando después el estudio en el Museo del Prado, donde, además de los cuadros religiosos de Zurbarán, puede ser



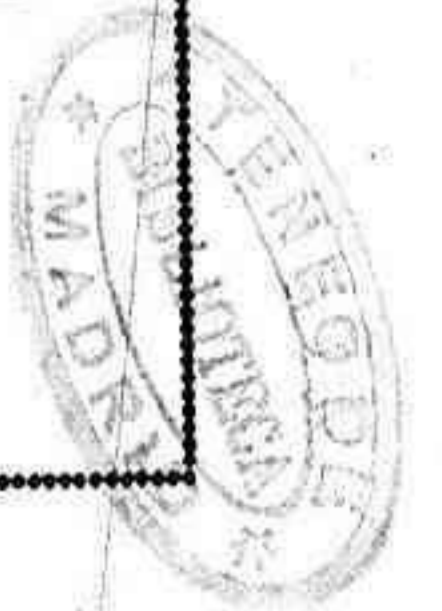
SANTA POLONIA

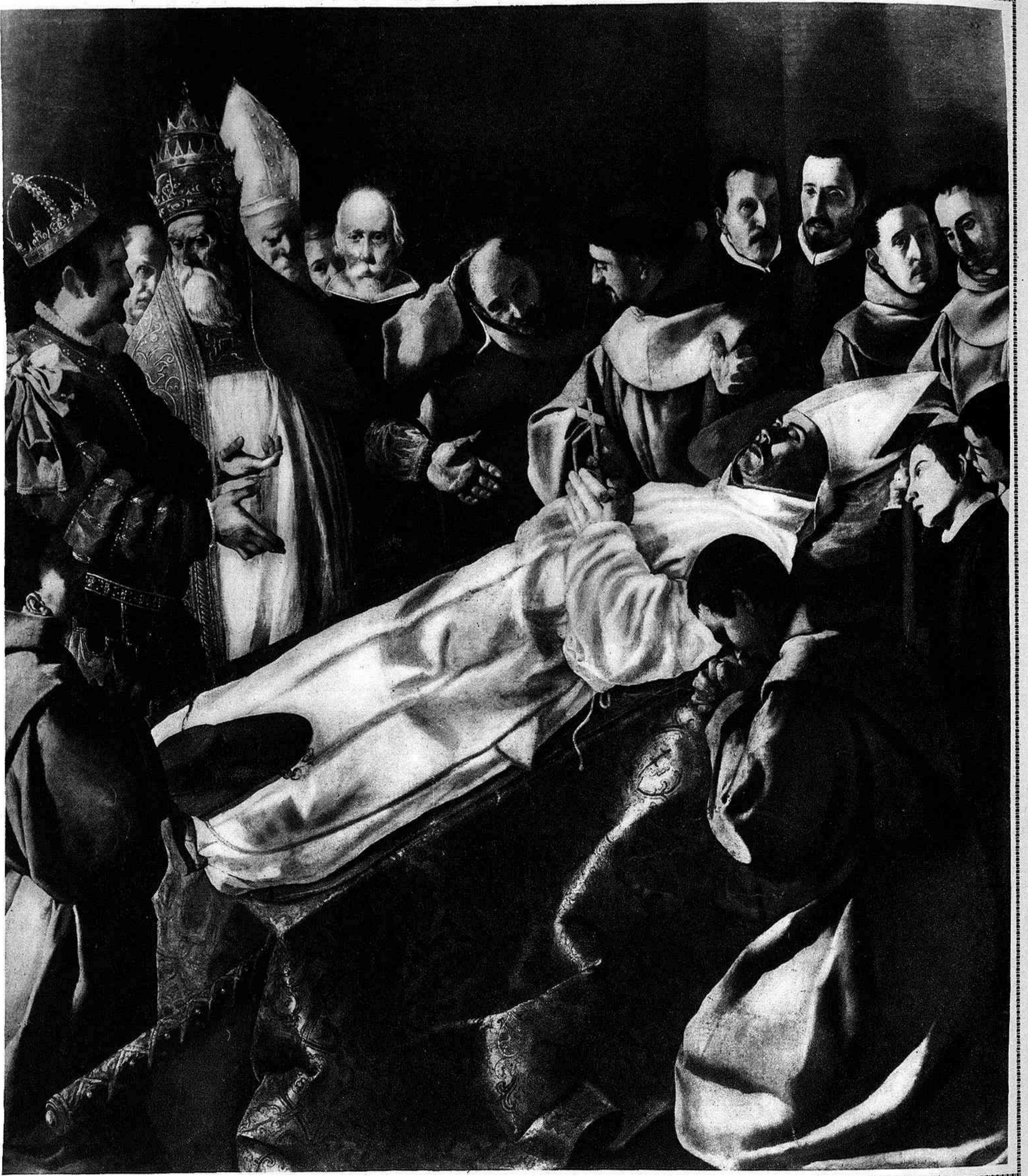
Cuadro de Zurbarán, existente en el Museo del Louvre

estudiada la interesante serie de las hazañas de Hércules.

Una biografía de Zurbarán pudiera tener interés, como la de todos los grandes artistas, puesta en relación con la evolución de su arte. De este modo podríamos encontrar, en muchos casos, si no en todos, explicaciones intensas de las etapas distintas y aun de los matices de tales evoluciones, de interés capital siempre para la historia del arte.

De la importancia artística de Zurbarán y de la trascendencia de su pintura puede juzgarse por un solo dato: en algún caso se le supuso inspirador de Velázquez; así, por ejemplo, del cuadro del maestro de los maestros de la pintura que representa *La adoración por los pastores* y existe en el Museo del Prado, se ha dicho por críticos muy expertos y apoyándose en documentación, convincente para muchos, que era una imitación de Zurbarán. No lo creemos. Lo que hay en ese caso, como en el de las supuestas influencias del Greco





«Funerales de San Buenaventura», cuadro de Zurbarán, conservado en el Louvre

sobre el autor del cuadro de las lanzas, es una unidad de escuela, ó mejor aún, sobre todo en el segundo de los casos, igualdad de tendencia. Son tres pintores que corresponden á la mejor época de la tendencia realista, siquiera por tener los tres temperamentos distintos y personalidades fuertes, esa tendencia se traduzca en manifestaciones artísticas diferentes. Las semejanzas que, analizando mucho, encuentran los críticos, son las características de esa orientación.

De todas maneras, el solo hecho de que tales semejanzas hayan podido ser afirmadas por críticos perspicaces, sensibles, con cultura y autoridad, dice mucho en pro de Zurbarán, que fué precisamente, y esto demuestra su intimidad

con el gran maestro, uno de los llamados á declarar en la información abierta para dar á Velázquez la investidura de caballero santiaguista.

¿Cuántos cuadros de Zurbarán hay en el Louvre? Algunos autores, y la noticia corre como cierta, hasta en enciclopedias muy leídas, de las que suelen constituir fuente de información única para los no especializados, solamente uno. Esa afirmación es inexacta, y, por de pronto, hay prueba plena para contradecirla en los tres grabados á que se refieren estas líneas, y que reproducen tres lienzos del famoso pintor extremeño, conservados en el primer Museo de Francia.

El error de información es tanto más raro

cuanto que los Zurbaranes del Louvre figuran entre los reproducidos fotográficamente con mayor frecuencia de los reunidos en aquella pinacoteca: la *Santa Polonia*, *Funerales de San Buenaventura* y *San Pedro Nolasco* y *San Raimundo de Peñafort* son, en ese sentido, cuadros suficientemente vulgarizados para que los especialistas autores de aquellas noticias erróneas no puedan lícitamente desconocerlos.

¿Será que los autores de referencia dudan de la autenticidad de dos de aquellos cuadros? No cabe pensarlo. La noticia es vieja; y si fuese el original, es lo más probable que una investigación más apurada hubiese conducido á una atribución más exacta.



«San Pedro Nolasco y San Raimundo de Peñafort», cuadro de Zurbarán, conservado en el Louvre

Podemos, pues, aceptar como de Zurbarán los tres lienzos, y tanto más cuanto que responden bien á las características del pintor que, con motivo de la Coronación de la Virgen de Guadalupe, ha tenido de nuevo, aunque pasajera, actualidad.

LA ESFERA, por su parte, reprodujo no hace mucho, anticipándose á ese acontecimiento, cuadros de Zurbarán, de los conservados en Guadalupe, y de la comparación de aquellos grabados con los que publicamos hoy se saca la impresión de que fueron pintados por la misma mano.

A ellos son aplicables igualmente las frases del famoso crítico francés Ch. Blanch, que afirma,

caracterizando á Zurbarán, que tuvo la pasión de lo real, propia de la pintura de su época; pero muy acentuada y sabiendo hacerla compatible con una expresión profundamente religiosa y espiritualista, peculiar del pueblo español seducido por la belleza de la materia, pero propenso al más austero ascetismo.

Lo primero, el amor á la verdad en la copia de la naturaleza, debió aprenderlo muy de mozo en Sevilla en la escuela de Roelas, á que sus padres le enviaron para aprender el arte.

Lo segundo lo cultivó seguramente, aunque ya antes había pintado en Sevilla, y para iglesias de Sevilla, cuadros religiosos, como *La apoteosis de Santo Tomás de Aquino*, que guarda el

Museo Provincial de la capital andaluza, durante su larga permanencia en el Monasterio de Guadalupe, entre los padres Jerónimos, y entregado con ellos á prácticas de piedad.

Zurbarán pintó cuadros de otro género, como los que representan las hazañas de Hércules, que están en el Museo de Madrid; pero las mejores obras, en opinión general, tal vez porque revelan más perfectamente la doble personalidad cuyas características señaló Blanch, son las religiosas.

De Zurbarán hay también cuadros en Lyon, en Montpellier, en Dresde, en Munich y en Londres, en galerías públicas, y en todos los países amadores del arte en las privadas.

**M**ORENO Carbonero, este ilustre pintor, posee la jovialidad, el entusiasmo y la energía de un muchacho. El ha dado con su pincel prodigioso realidad plástica á cientos de criaturas que vivían en los folios de los libros de imaginación ó en los mamotretos históricos. Mientras una lechigada modernista y joven—joven según la cédula—pinta cuadros de este jaez: *Mi tía Gregoria*, *Mi padre*, *Retrato de mi abuela* y *Mi madre*, demostrando con estos trabajos que son tan buenos hijos y delicados parientes como deleznable pintores; mientras el jardiñero futurista embadurna lienzos que son «cólicos artísticos», Moreno Carbonero busca en el bosque frondoso de nuestra historia tipos y escenas cuya grandeza no han oxidado los siglos y cuyas vidas tienen derecho á que les dé hospitalidad el gran artista.

Estudio de Moreno Carbonero. Cuadros, retratos, bocetos, bronceos, yataganes moriscos, una espingarda con la mano de Fátima (la buena suerte), y en los trípodes, esperando la mano del pintor, un cuadro de Santiago de Compostela y otro que llevará el título de *La toma de Málaga* y *la libertad de los cautivos*. El lienzo es magnífico, y representa la conquista de Málaga por los Reyes Católicos.

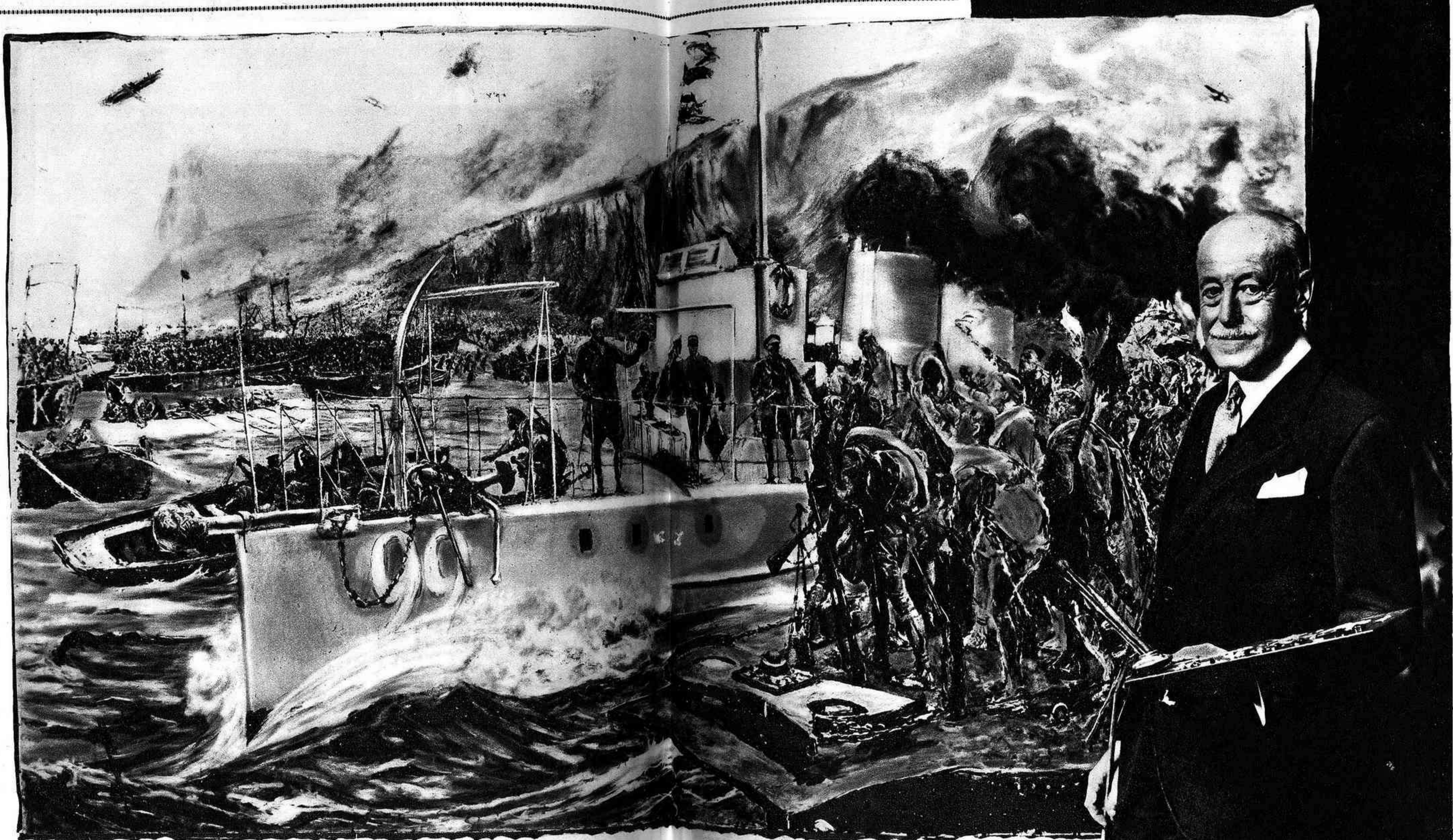
—Este cuadro—arguye el ilustre pintor—está inspirado en el suceso histórico de la toma de la ciudad malagueña por los Reyes Católicos. Cuando fué tomada Málaga, había prisioneros en la Alcazaba 700 hombres. El trato inhumano que les habían dado en la prisión á aquellos infelices los había convertido en esqueletos vivientes. Los Reyes Católicos, al verlos llegar, se arrodillaron á los pies de los ex cautivos, tributando así un homenaje al dolor de aquellos desdichados, alguno de los cuales llevaba prisionero cuarenta y ocho años. Este cuadro se lo regalo al Ayuntamiento de Málaga.

—Es usted un apasionado de nuestra historia.

—Sí, sí—responde el autor insigne de *El entierro del duque de Gandía*—; yo me bebo los libros que tratan asuntos históricos. Ellos despiertan en mí el deseo de pintar los tipos ó las escenas que un día fueron *realidad vivida*. Y siento por mis cuadros, mientras trabajo, el amor de un novio por su novia. Salgo de casa, y al instante quiero volver á la tarea que hace un instante dejé de la mano. Ahora, que yo no pintaré jamás el eterno tío *con el jarro en la mano*, ni el inevitable *paleta con la capa parda*, que es para los pintores como las patatas en el hogar de los pobres. Veo sobre los sillones un fusil máuser, sombreros de soldados y mochilas. Al entrar he tropezado, en la escalerilla, con un soldadito, de bulto... Parece como

si la casa estuviera tomada militarmente. Moreno Carbonero me lleva frente á un lienzo. Es *La conquista de Alhucemas por las tropas españolas*. Al fondo se ven los abruptos peñascales, despeñaderos cortados á pico, refugio de águilas, simas tendiendo á Su Majestad el histórico hecho, y su charla me iba dando el cuadro. Había una niebla espesa y cargada, como lana... «Las corrientes de agua se llevaban las barcazas cargadas de hombres...» «Los ojos se pegaban, como peñascales, en las rocas, donde el enemigo acechaba.» «Para subir por aquellos lanzó una arenga á los soldados, y éstos se lanzaron frenéticos al asalto.» Mientras habla Moreno Carbonero, nosotros vemos en el lienzo las escenas que convierte en vida perdurable el cortejo pasajero de los instantes heroicos de una raza, que tiene siempre hombres capaces de llevar á cabo hechos inmortales, y artistas que los inmortalicen. (Fot. Campúa)

—Era necesario—dice Moreno Carbonero—que un pintor español perpetuara



este hecho admirable de nuestras tropas. Viendo el sitio de desembarco se comprende la grandeza de la hazaña llevada á cabo por España. Yo fui allá el año pasado. Me convidó el Rey. El general Sanjurjo iba relatando á Su Majestad el histórico hecho, y su charla me iba dando el cuadro. Había una niebla espesa y cargada, como lana... «Las corrientes de agua se llevaban las barcazas cargadas de hombres...» «Los ojos se pegaban, como peñascales, en las rocas, donde el enemigo acechaba.» «Para subir por aquellos lanzó una arenga á los soldados, y éstos se lanzaron frenéticos al asalto.» Mientras habla Moreno Carbonero, nosotros vemos en el lienzo las escenas que convierte en vida perdurable el cortejo pasajero de los instantes heroicos de una raza, que tiene siempre hombres capaces de llevar á cabo hechos inmortales, y artistas que los inmortalicen. (Fot. Campúa)



# TIPOS Y COSTUMBRES EXÓTICOS DE LA SUECIA PINTORESCA

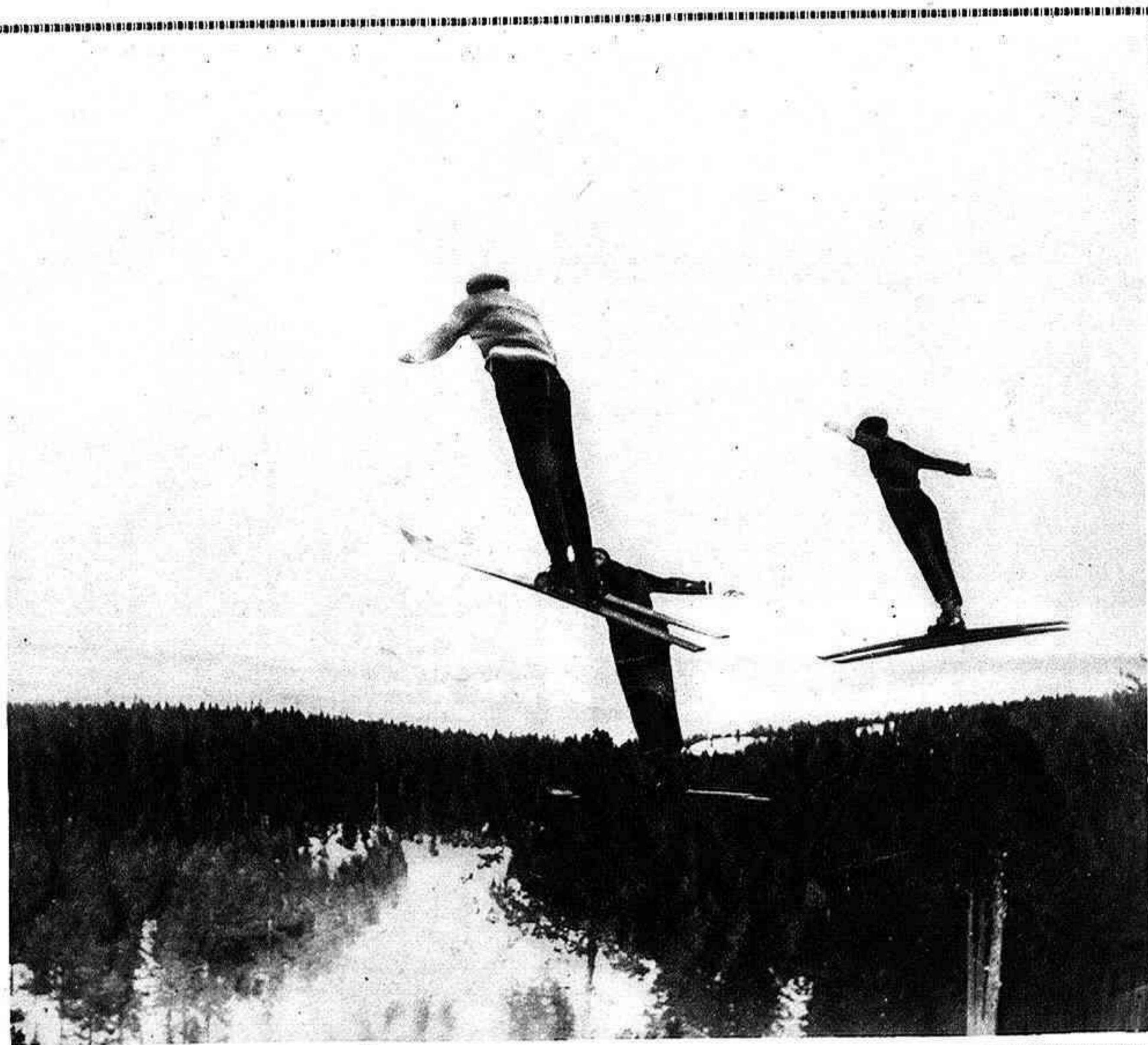


Una playa elegante en Suecia

EL reciente viaje de nuestro Rey al lejano país escandinavo ha atraído, por rigor de la actualidad, la atención pública hacia el recibimiento realmente cariñoso y extraordinario con que la simpática nación sueca ha acogido a Alfonso XIII, rindiendo así un homenaje a la España encarnada en la augusta persona de su Soberano.

Los vínculos primeros históricos de España con Suecia hay que remontarlos a los lejanísimos tiempos de la monarquía goda en España, ya que los godos y sus congéneres alanos y suevos eran suecos de origen, subsistiendo aun hoy día los nombres de las regiones y poblaciones que fundaran: Gotlandia, Gotenburgo, isla Alhand; Sverige es el nombre sueco de Suecia, que recuerda la Suevia, que es el nombre histórico de nuestra Galicia.

Con ser muchos los títulos que por su de-



El *lsky* es un deporte nacional en Suecia. He aquí algunos admirables saltos en un concurso

purada civilización y alto grado a que ha sabido elevar la ciencia, ha ceñido Suecia al renombre de sus preclaros hijos, hay uno sobresaliente que ha servido para marcar un hito glorioso en el fecundo camino a recorrer hacia la internacionalización de la Humanidad, y es la institución de los premios Nobel, fundados por el descubridor de la dinamita como si hubiera querido compensar los daños que en la Humanidad habría de acarrear su por otros conceptos benéfico descubrimiento.

El reparto anual de los tan famosos y conocidos Premios Nobel han popularizado forzosamente el nombre glorioso del sabio sueco que supo adelantarse en mucho a la labor altruista de los filántropos norteamericanos, que por una parte saben acaparar riquezas para luego devolverlas al torrente circulatorio de la Humanidad, sin



La recolección en la campiña sueca

distinción de nacionalidad, que, al fin y al cabo, es un involuntario accidente en la vida de los hombres, que nunca eligieron el clima bajo el cual habían de nacer. Aunque no fuera más que por la institución de los

premios Nobel, la Humanidad es acreedora de Suecia de una inextinguible deuda de gratitud, porque los sabios son los faros que alumbran la vida de los pueblos, y con sus descubrimientos e invenciones van mejorando



Las mujeres suecas aprenden desde muy niñas á cultivar las flores. He aquí un admirable campo florido que lo demuestra



Campeños suecos un día de fiesta popular. Tal es la indumentaria típica del país

paulatinamente las duras condiciones de vida á que el hombre viene arrojado á la existencia.

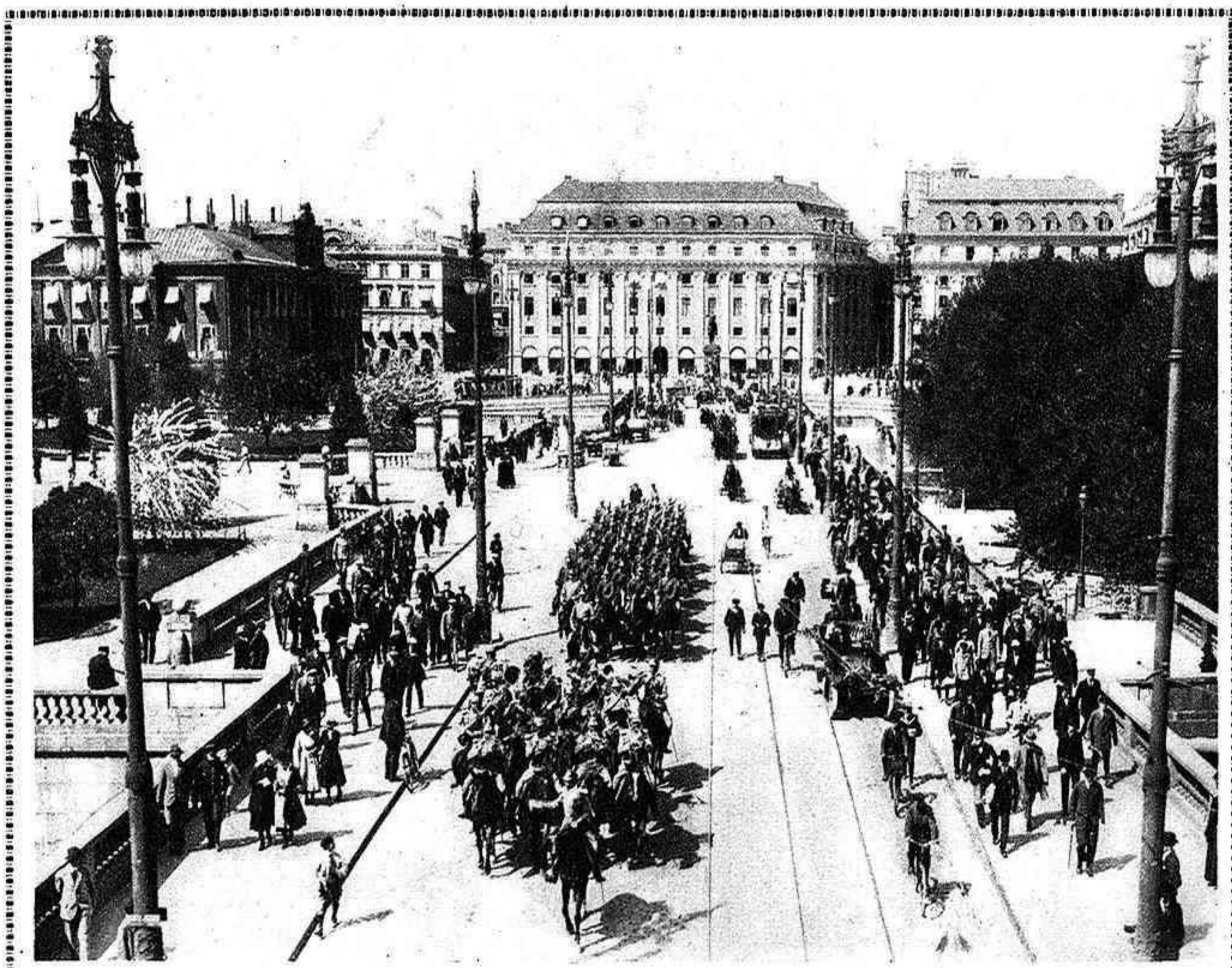
Suecia se ha vestido de gala para recibir dignamente á nuestro Monarca, y ese recibimiento magno debe servir de estímulo para aumentar nuestras simpatías por la noble nación del Norte que tan intensas y cordiales relaciones mantiene con España, cuyos productos forestales é industriales tan apreciados son aquí como en todo el mundo.

Ahora lo que precisa es que también en Suecia sientan idénticas preferencias por lo español y que la balanza mercantil no se incline tan desproporcionadamente á favor del haber sueco, como ocurre en la actualidad, puesto que en tanto que la importación sueca en España se acerca á los cien millones anuales, las exportaciones españolas á Suecia apenas si pasan de los diez millones.

Bien es verdad que Suecia tiene el privilegio de atesorar una riqueza tan insustituible como sus bosques mi-

lenarios, que inundan de excelente madera á todo el mundo, cuya riqueza es base de la industria primordial de civilización, de la pasta de madera que sirve para elaborar el principal vehículo de toda cultura que es el papel. Y que las minas de hierro deparan el acero mejor templado, todo lo cual rinde al mundo en forzoso tributario de aquellas insustituibles riquezas suecas.

Pero es de esperar que la cordialidad de relaciones nacidas al calor de los viajes regios, la firma de los últimos tratados de comercio y arbitraje, la presencia de Suecia en la próxima Exposición de Barcelona, todo ello contribuirá á que las relaciones de España y Suecia se estrechen crecientemente cada vez más en los campos modernos de las luchas mercantiles, que son luchas que, por fortuna, no separan ni disgregan, sino que acrecientan simpatías y sirven al fin de acercamiento de los pueblos y naciones.



Desfile de caballería por una vía principal de Estocolmo

GUILLERMO  
RITTWAGEN

## CUENTOS DEL ALMA

## E L P A S A D O

**E**SCENARIO: El Retiro, en esa hora magra del anocheecer que difumina suavemente los contornos de la floresta y en la que el cielo, color malva y violeta, jironado de destellos rojos hacia Poniente, parece descender sobre la tierra con infinita dulzura. Silencio augusto baja con la noche sobre las avenidas, donde ya no hay risas infantiles. Por el paseo de coches se alean lentamente los últimos vehículos con las dos lividas pupilas de sus faroles encendidos.

MARÍA TERESA.— Treinta y dos años. Alta, jarifa, de gallardas opulencias carnales, que ponderan su traje negro y la «pena» de viuda, que es un laico airón en su sombrero. Aún en sus ojos verdes hay destellos juveniles, y su rostro moreno tiene tersura incitante de fruto en sazón.

JUAN ANTONIO.— Treinta y cinco años. El pelo gris le enceniza las sienas y hace más vigoroso el contraste de su rostro bronceado de deportista elegante. En su cuerpo hay todavía prestancia varonil de galán afortunado. Se le adivina recio y ágil. Sólo en los ojos grises, una niebla de melancolía anuncia el cansancio de una vida turbulenta, bebida á grandes y ardientes tragos.

Hablan frente á la Rosaleda, sentados en un banco que casi ocultan los macizos del parterre.

No lejos, en el paseo, les aguardan el auto cerrado de María Teresa y el coche del Círculo en que llegó Juan Antonio.

Han hablado ya un largo rato en esta su segunda entrevista de enamorados que se recatan.

Se ha hecho una pausa entre ambos, y, de repente, María Teresa, tomándole ávida las dos manos, le ha interrogado:

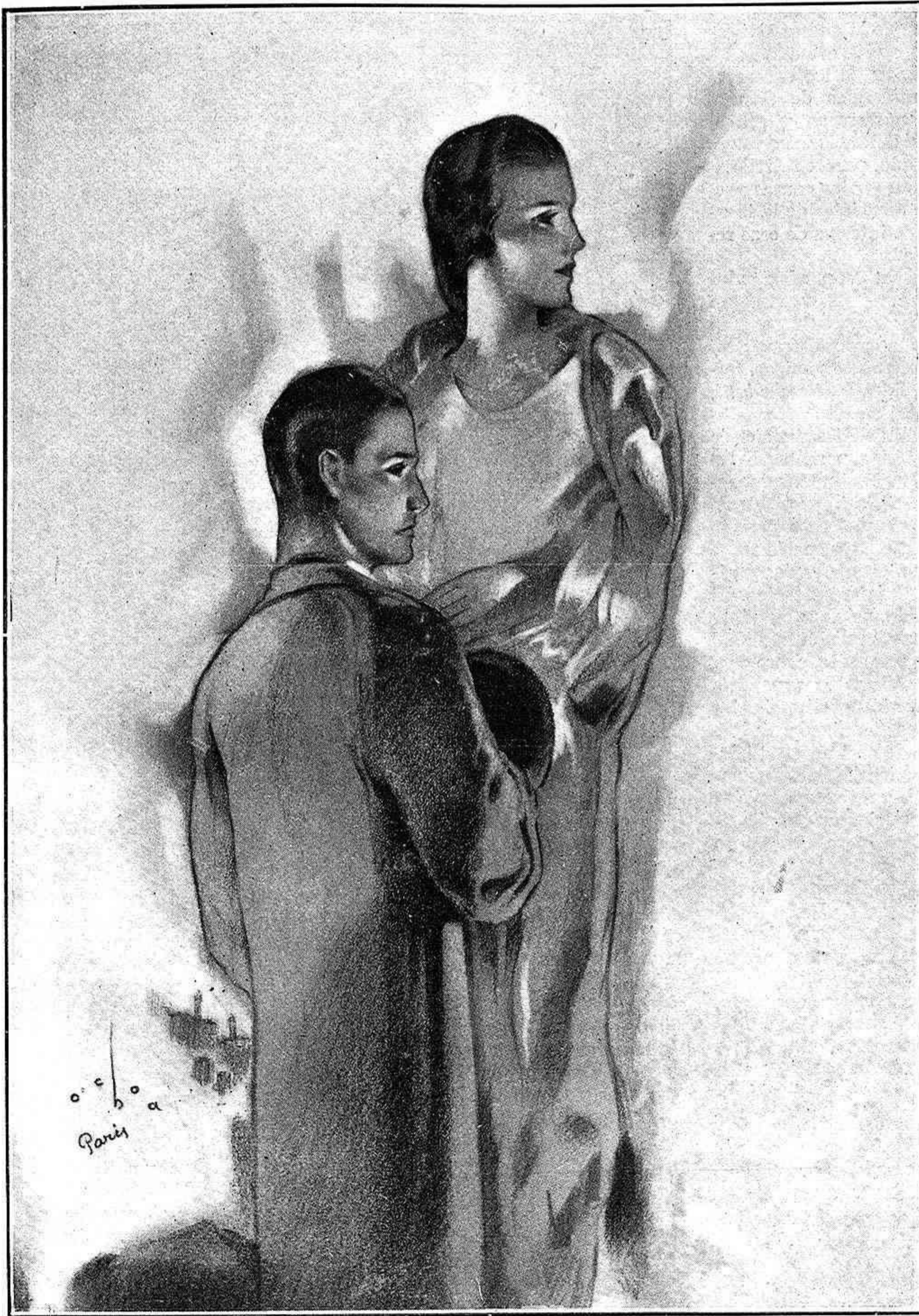
M. T. (con emoción).—Pero, ¿será posible, Juan Antonio, que no te acuerdes de mí?

J. A. (galante).—¿Qué dices? No es acordarme. Vives tan en mí, que no necesito el recuerdo. Se recuerda lo que se puede olvidar, no lo que se lleva, como el corazón, dentro de la misma vida...

M. T. (tristemente).—No me retiero á eso. Digo que si es posible que tu memoria, al mirarme, no te recuerde nada lejano. Dime: ¿no me has visto nunca antes de estos dos meses?

J. A.—Verte, materialmente, no, María Teresa. Te presentía tan sólo. Cuando te encontré no pude dudar. Te conocí en seguida: eras la mujer que esperaba. Tenías la cara del amor de que estaba ansiosa mi vida...

M. T. (con desesperanza).—Nada, es cierto...



Tan poco fui para ti, que no dejé huella alguna en tu alma.

J. A. (con extrañeza).—Pero, mujer, ¿qué dices? ¿Deliras!

M. T.—No. Digo la verdad... (Una pausa.) ¿Qué edad tienes ya, Juan Antonio?

J. A.—La que empiezo á sentir rubor de confesar: treinta y cinco años.

M. T.—¿Te acuerdas de cuando tenías veintinueve?

J. A. (mundano).—¡Ay! Más vale que no lo haga. ¡Hace tanto tiempo!

M. T. (rápida).—¡Pues yo sí!

J. A.—¿Tú?

M. T.—¡Sí! Yo, que tenía entonces dieciocho. (Con tristeza vehemente, ávida de entregarse á la confidencia.) Vivía entonces en Sevilla. Tú fuiste allí á pintar. Aun no eras el gran artista célebre de hoy. ¿Recuerdas una muchacha que vivía frente á la casa donde te hospedaste? Era yo. Tú fuiste mi primer novio. Me entregué á ti en cuerpo y alma, Juan Antonio. Y luego de ser tuya, desapareciste... Pasaron años. No te olvidé. De lejos seguía tus triunfos, tus aventu-

ras... Yo me casé con un hombre caballeroso y bueno y rico... Y siempre, siempre pensaba en ti, en el día en que la vida nos pusiera frente á frente... Al encontrarme ahora en Madrid comprendí que no habías reconocido en la viuda de Arzola, rica y libre, á aquella muchachitasevillana... ¡Toda la ilusión, el pecado, el culto de mi vida fuiste, y ni siquiera mi voz, ni mis ojos han levantado en ti un recuerdo!...

J. A. (en protesta, avergonzado).—Tienes razón. Pero, ¿no es bastante este amor que por ti sentí al verte? Mi memoria ingrata pudo olvidarte, pero mi corazón, no; volver á verte fué amarte de nuevo...

M. T.—¿Qué pena, Juan Antonio! ¿Qué poco fui para ti!

J. A.—¿Y lo que eres?

M. T. (trémula de esperanza y de miedo).—Pero... ¿será como entonces?

J. A. (esforzándose en mostrar pasión).—¡Más! Ya lo verás. ¡Más!

Fragmento de una carta que á los pocos días escribió Juan Antonio á su amante:

«Hiciste mal, María Teresa, en descender el velo del pasado, tras el cual estaba tu secreto... Desde entonces mi alma está amargada. Fui á ti como se va á lo mejor y lo más nuevo de la vida... Quise encontrar en ti algo inédito y distinto de lo anterior. Soñaba contigo como con el

amor nuevo y grande, último de la existencia. ¿Por qué has hecho de él una cosa antigua?

Hacia ti me llevaba el afán de lo desconocido, esa inquietud de novedad que es la base de la ilusión; el anhelo de lo que no hemos tenido jamás... ¿Por qué destrozaste esta ilusión de mi alma, ansiosa de nuevos horizontes? ¿Por qué, pudiendo ser el mañana, te convertiste en el ayer? Desde entonces te he recordado, he revivido en todo detalle aquel idilio de nuestra mocedad... Y cuando te miro, no veo en ti la mujer desconocida, la promesa de un placer inédito, el misterio, padre del amor... Te veo como á una reliquia, fruto ya gustado, libro que leí... ¿Por qué hiciste eso, María Teresa?... El recuerdo es siempre un poco triste... Cuando en el corazón no ha quedado huella de amor, ¿por qué recordarlo? El recuerdo entonces es inútil; no añade belleza á la evocación, y á la ilusión le quita su encanto de novedad... Y sin ilusión, sin esa ceguera ideal é ignorante de la ilusión, ¿crees tú que vale la pena de amarnos?...»

JUAN FERRAGUT

(Dibujo de Ochoa)

Los grandes problemas del momento internacional

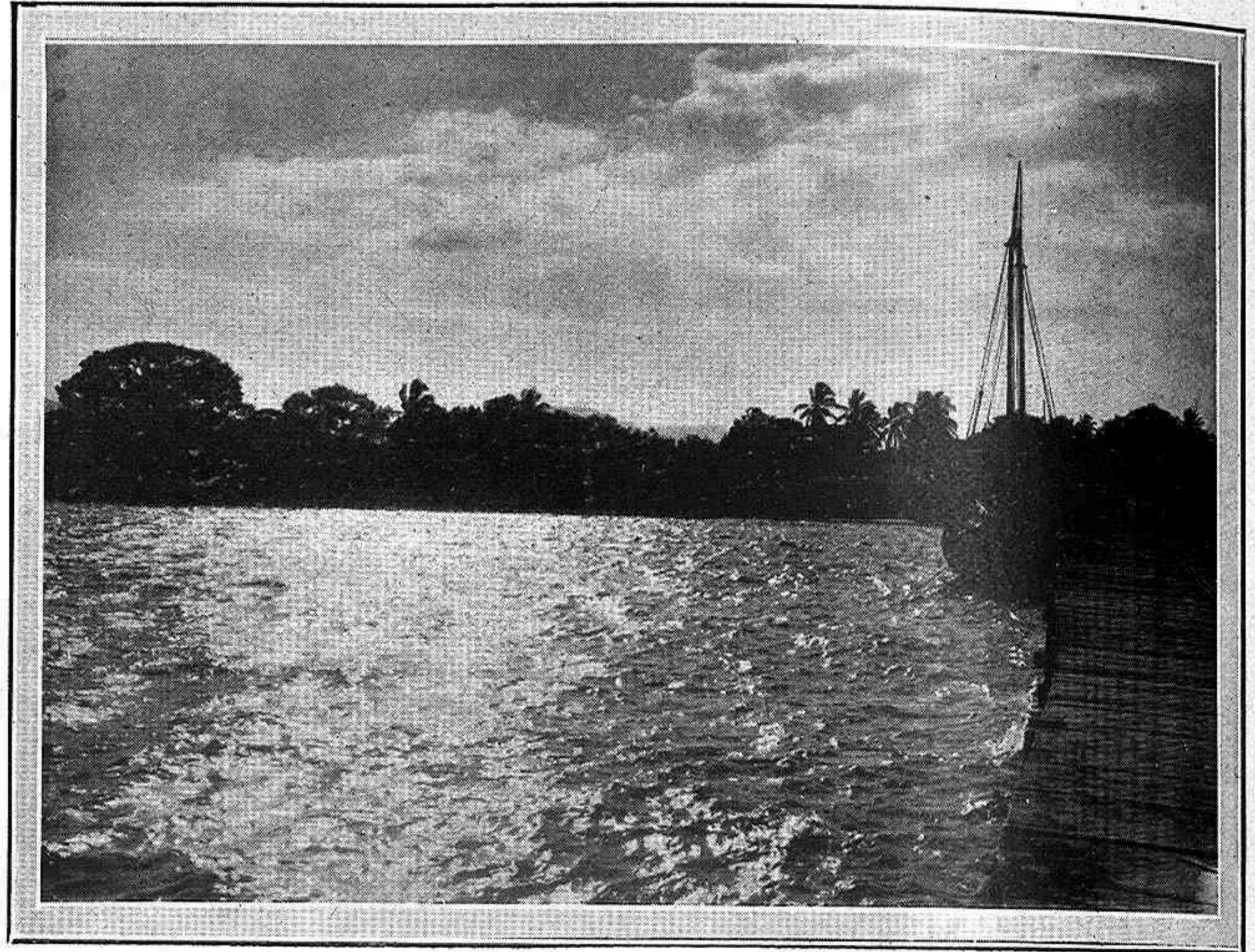
# Por qué intervienen los Estados Unidos en Nicaragua

EN estos momentos en que la guerra civil de Nicaragua y la intervención armada de los Estados Unidos á favor de los conservadores de Díaz contra los liberales de Sacusa, constituyen una de las numerosas y graves preocupaciones de orden internacional que pesan sobre el mundo civilizado, parece interesante examinar cuáles pudieran ser las causas profundas, las determinantes esenciales de la ingerencia yanqui en la política interior de esas repúblicas de Centroamérica.

A la verdad, todas esas causas pueden reducirse á una: á la necesidad absoluta para la gran nación continental de ejercer un protectorado incontrastable en Nicaragua y de disfrutar así de plena libertad para construir, organizar, fortificar, vigilar y defender, llegado el *casus belli*, un gran canal atlántico-pacífico.

La construcción del Canal de Nicaragua es de capital importancia estratégica para los Estados Unidos. Necesita esta nación imperiosamente asegurarse para el caso nada improbable de su lucha con el cada día más poderoso imperio del Japón, para conquistar la supremacía sobre el inmenso Océano Pacífico, comunicaciones rápidas entre este mar y el Océano Atlántico. El Canal de Panamá, construído, más que con fines comerciales, teniendo en cuenta dicha finalidad militar, ya no basta á este propósito, sobre que, en caso de guerra, su inutilización supondría para las escuadras norteamericanas diseminadas en los puertos del Atlántico y obligadas á dirigirse al Pacífico, un viaje de casi un mes, bordeando las costas de la América del Sur. Evidentemente, después de esta larga travesía, ni las unidades de combate ni las tripulaciones llegarían en las mejores condiciones para afrontar un inmediato combate naval. Además, dado el tonelaje cada vez mayor de los barcos de combate tipo *dreadnoughts*, el Canal de Panamá llegaría á resultar estrecho. Aun en tiempo de paz, y por razón del creciente tráfico, es hoy mismo insuficiente á todas luces. Los dos intereses, el comercial y el estratégico, aconsejan, por tanto, á los Estados Unidos á duplicar las vías de comunicación entre los dos mares.

La idea relativa á construir un canal á través de Nicaragua data del reinado de Carlos V. El almirante Nelson realizó estudios á ese propó-



Un aspecto pintoresco del lago de Nicaragua, que servirá de tramo principal de unión entre los océanos Atlántico y Pacífico

sito en 1790; pero no fué sino á mediados del siglo pasado cuando ellos adquirieron forma concreta, sirviendo de base al tratado anglonorteamericano Clayton-Bulwer, por el que los países contratantes reconocían la conveniencia de dicha vía de comunicación sobre la base de utilizar en el trazado del canal el río San Juan y los dos lagos de Nicaragua y Managua.

Ya á fines del siglo último el proyecto del Canal de Panamá obtuvo la preferencia sobre el nicaragüense, por razón de su menor longitud y de la naturaleza volcánica del suelo de Nicaragua; mas aunque por entonces quedó en suspenso el plan primitivo, las enseñanzas de la guerra mundial obligaron á los gobernantes nor-

teamericanos á fijar en él de nuevo su atención. Entabladas cerca de Nicaragua las negociaciones preparatorias, el 5 de Agosto de 1914 se firmaba el tratado Bryan-Chamorro, ratificado el 22 de Junio de 1916. Por virtud del mismo, los Estados Unidos obtenían de la República de Nicaragua, mediante el pago de tres millones de pesos oro, la concesión á perpetuidad de los derechos exclusivos de propiedad para la construcción y organización de un canal interoceánico á través de Nicaragua.

Refiriéndonos ahora á la parte técnica del asunto, diremos que existen diferentes proyectos relativos á dicho canal. Todos ellos son idénticos por lo que se refiere á la vertiente del Atlántico. El Canal debe nacer en San Juan del Norte; evitar el delta del río San Juan; aprovechar el curso de los ríos Deseado y San Francisco, alcanzando, por último, la altura del lago Nicaragua, situado á 40 metros sobre el nivel del Océano y con una profundidad de 25 metros. A partir de dicho lago, los autores del proyecto han previsto dos soluciones: ó cortar el istmo de Rivas, que sólo tiene 20 kilómetros de ancho, ó llegar al lago de Managua y desembocar en el Pacífico por la llanura volcánica de León. La apertura del istmo de Rivas ha originado algunas variantes. El Canal podría partir de Sapoá, en el lago Nicaragua, para dirigirse por el río Lagos á la bahía de Salinas, en el Pacífico. Otro proyecto le hace salir del lago en la Virgen para terminar en el puerto de San Juan del Sur.

Hasta fecha reciente parecía disfrutar mayores simpatías del Gobierno norteamericano, un tercer proyecto, profundamente estudiado desde 1898, y con arreglo al cual el descenso al Pacífico se efectuaría por el río Grande y la cuenca del Tola. El canal interoceánico de San Juan del Norte á Brito tendría, aproximadamente, 275 kilómetros; pero sólo exigiría trabajos de apertura en una longitud de 64 escasos, ó sea menos de cuatro veces la longitud del Canal de Panamá. El número de esclusas no excedería de tres en la vertiente oriental, y cuatro en la opuesta.

En la otra solución los barcos atravesarían en toda su longitud de 166 kilómetros el lago de Nicaragua, cuya superficie puede ser comparable á la del mar de Mármara; continuarían su ruta remontando el río Tipitapa, que une ya los dos



Calle de León, una de las ciudades más importantes de Nicaragua

lagos, y alcanzarían así el lago Managua, situado á 47 metros sobre el nivel del mar. La salida del lago Managua podría efectuarse por su orilla occidental, cortar el istmo en su parte más estrecha y llegar al Pacífico por el río Tamarindo. Otro proyecto le hace atravesar una gran parte de la llanura de León, para unirse al Océano en Puerto Corinto ó en Realejo.

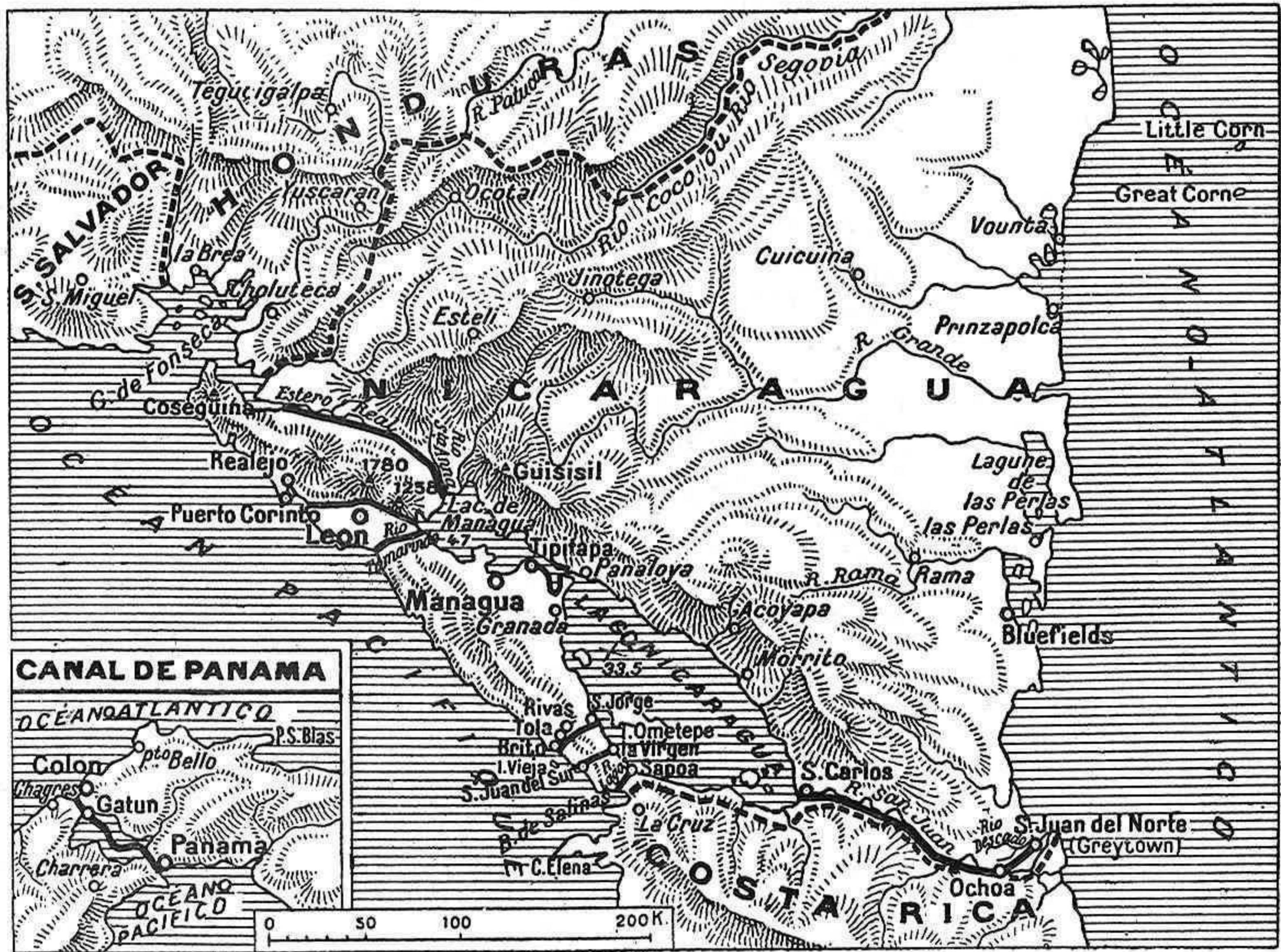
Por último, el Canal pudiera partir de la orilla septentrional del lago Managua; utilizar el curso del río Santa Ana, su afluente, y el del Estero Real, que vierte sus aguas en el golfo de Fonseca. Este último proyecto es el más largo de todos los estudiados; pero, en cambio, es aquel donde son menores las diferencias de nivel, en cuanto el Canal no franquea ningún escalón importante y aprovecha constantemente los lagos ó los cauces fluviales, presentando además la ventaja de que su salida al Pacífico ocurre en una bahía de inmejorables condiciones militares y cuyo control tienen ya asegurado los Estados Unidos. Desde San Juan del Norte al golfo de Fonseca, la distancia sería de 500 kilómetros, ó sea siete veces la longitud del Canal de Panamá, pudiendo efectuarse la travesía en cincuenta horas. Es curioso observar que el proyecto de Canal por el río Estero Real hubo de ser estudiado en 1840 por el Bonaparte que fué más tarde Napoleón III.

Compréndese fácilmente que la realización de esta nueva vía, cuyo coste excederá en 100 millones de dólares al de la antigua de Panamá, dada la suprema importancia que ha de alcanzar en lo por venir para los Estados Unidos, no ha de ser uno de tantos magnos proyectos como

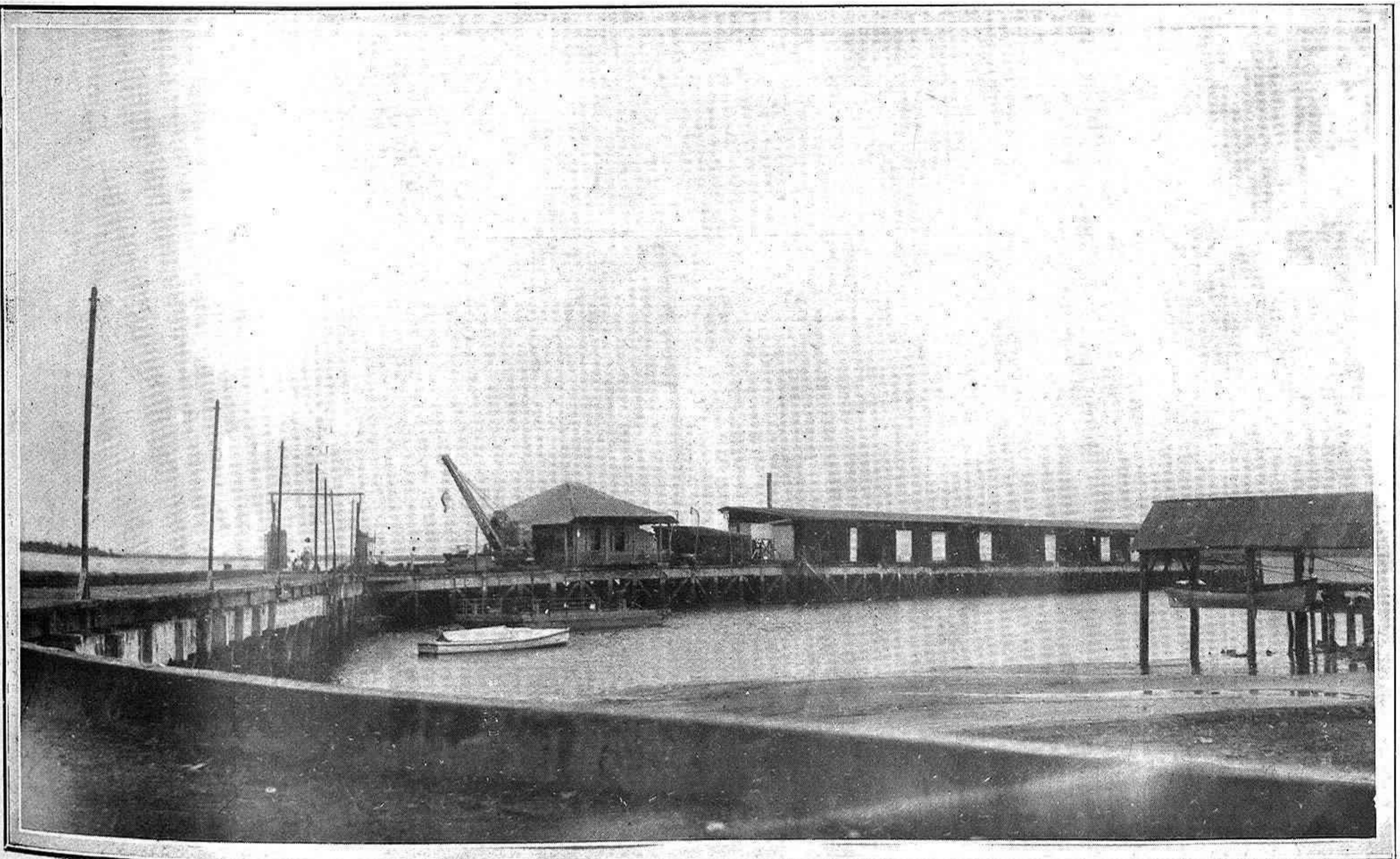
la febril actividad de la vida económica moderna concibe para su incesante mejoramiento. Es una necesidad militar imperiosa. Al asegurar los Estados Unidos, mediante ese Canal, la concentración rápida de sus escuadras en el Pacífico, aumentan las probabilidades de su dominación en dicho Océano, y, con ella, la certidumbre de una futura supremacía económica en China y Oceanía.

Las ilustraciones que acompañan al presente artículo y alguna de las cuales muestra los seis trazados en proyecto del Canal de Nicaragua, dan idea de la importancia política y comercial de esta nueva vía atlántico-pacífica para los Estados Unidos, y de ahí el empeño que demuestra por ejercer un protectorado incontrastable en la citada República americana.

D. R.

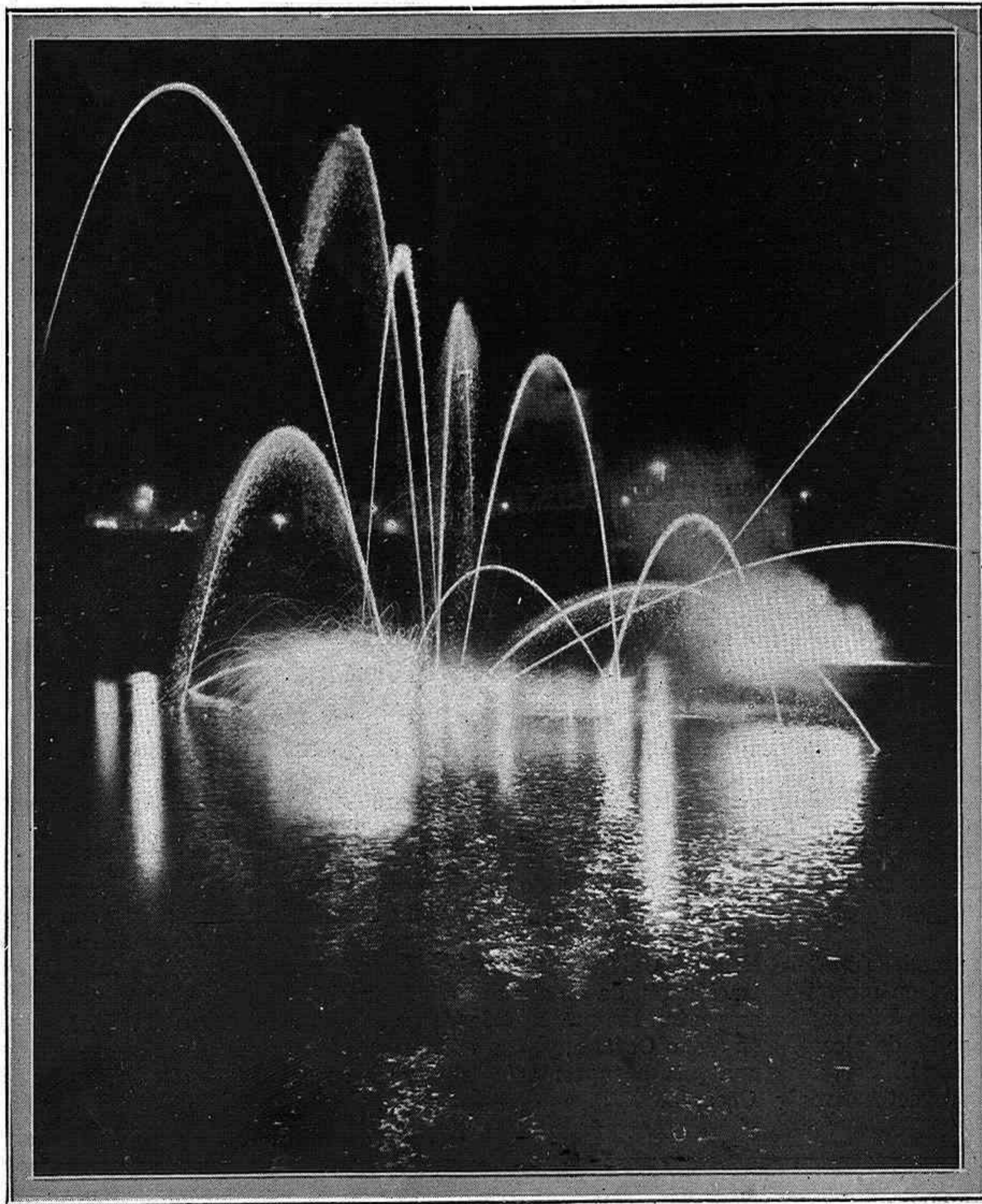


Los seis trazados en proyecto del Canal de Nicaragua. A la izquierda, el Canal de Panamá



Muelles del puerto de Corinto, salida probable del Canal de Nicaragua al Océano Pacífico

## FERIAS Y FESTEJOS

*El atán incansable del cohete por llegar al cielo*

Suben con violencia y tienen que renunciar en seguida, falto de fuerzas para llegar...

No hay programa español de ferias y festejos que deje de anunciar el regocijo insustituible de una vistosa función de fuegos artificiales... En los meses de fiestas populares puede comprobarse lo que decimos con la lectura de cualquier cartel municipal de los que llenan todas las paredes de todas las comarcas, llamando á la diversión con estentóreos chillidos litográficos.

¡Los fuegos artificiales!... Nos consideramos en el deber de confesar que desde la infancia, ya lejana—¡ay!—, sentimos una perenne admiración por esta pirotecnia festiva que desde la invención de la pólvora hasta nuestros días viene llenando con suma brillantez y constante decoro un preeminente lugar en las fiestas de toda población que se estime en algo. Alguien que incline sus preferencias hacia otras más complicadas manifestaciones del regocijo público nos reprochará la vulgaridad de nuestros gustos; pero nosotros no le haremos el menor caso. Hay mucha gente vulgar, gracias á Dios, y por su persistencia en admirar lo sencillo logran perpetuación muchas manifestaciones de la belleza y del carácter.

Nos gustan, pues, todos los artificios del vasto repertorio pirotécnico: las culebrinas, las bengalillas, los morteretes, las ruedas... Pero, en honor de la sinceridad, confesamos que la preferencia se la lleva el cohete; el cohete en toda su dilatada variedad, con lágrimas ó sin ellas, retumbe como un trueno ó se desgrané silenciosamente en chispas multicolores, silbe al ascender ó rasgue el espacio, dejando tras sí una estela de polvillo de oro... Pensamos que es el cohete el símbolo de la eterna aspiración humana de subir al



Alguno alcanzará á ser estrella, no se sabe cuándo...

cielo, y... de quedarse en el camino por el afán erróneo, nunca rectificado, de subir con violencia, ruido y orgullo, para tener que renunciar y caer después de un pomposo esfuerzo estéril.

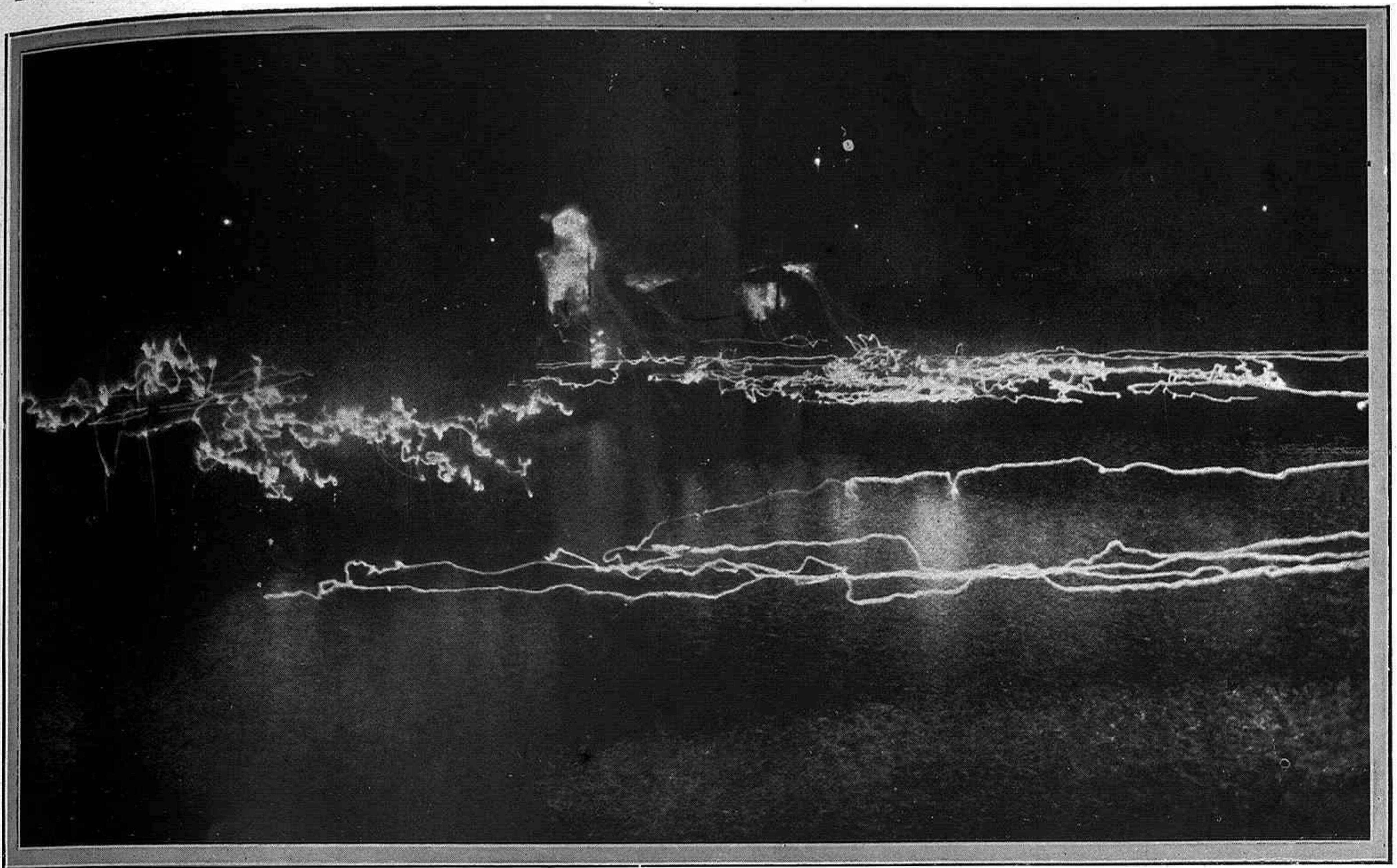
Hay cohetes que conocen, claro está, la experiencia del fracaso, y prefieren rastrear, es decir, que vuelven del espacio sin alcanzar altura para estallar entre los pies de sus admiradores; pero estos cohetes son los menos: se trata de ejemplares mal educados é indignos de llevar el nombre que llevan. Debemos despreciarlos.

Recordamos con espanto la hazaña alevosa de uno de estos artificios espurios que produjo cierto pintoresco estropicio en una reunión de ciudadanos pacíficos que se disponían, por las buenas, á tomar café al aire libre y

á entretener la espera de la salida del Santo Rosario frente á la iglesia de un pintoresco pueblecito que comenzaba á desarrollar, con este acto religioso, su veraniego programa de festejos. Estábamos en la acera del casino

peleño en torno á una mesilla de pino sin pintar, sobre cuya tapa humeaban las tazas de café. Al salir de la iglesia los primeros elementos de la procesión, el pirotécnico soltó el primer cohete: un cohete mal nacido y discolo que se negó á subir, quedándose en el alero del tejado hasta que arrancó la teja salediza y vino con ella al suelo, para estallar dentro de una de las tazas... Todos caímos maltrechos y manchados, con gran regocijo del público, que, puesto ya en ambiente de diversión, estimó muy divertido el suceso fuera de programa.

Ya dejamos consignado que este caso y otros parecidos constituyen la excepción, por lo cual no deben mermar lo más mínimo de nuestras admiraciones coheteras.



Curioso efecto de los fuegos artificiales sobre las aguas del Guadalquivir

Es curiosa la envidia que le tienen los demás artificios de fuego al cohete ascensional. Le envidian porque sube radiante á la altura y se atreve á romper con un estampido horrisono el augusto silencio del espacio estrellado; porque sabe burlar las leyes físicas de la atracción terrestre y logra lucirse en libertad allá arriba; porque no se resigna á morir quemado á ras del suelo, donde los demás hacen el sacrificio de sus existencias echando chispas en una humilde conflagración que apenas si logra unas vueltas tan vertiginosas como breves é inútiles, siquiera las mate con todos sus tonos el juego multicolor de las bengalas.

Pero... ignoran los fuegos artificiales el fracaso espantoso del rebelde cohete. Ellos creen, juzgando por la apariencia, que logra meterse en el cielo después de su carrera audaz y luminosa; y no sabe que, apenas separado de las manos del pirotécnico, ya empiezan á flaquearle las fuerzas, que su estela de luz no es más que un camino hacia las sombras de la muerte, y que la detonación no es un grito de triunfo, sino estampido de renunciación. Si acaso, las lucecitas que deja flotando en el aire con una efímera brillantez son las ilusiones que no mueren, y tornan abajo para meterse en un nuevo cohete y volver al intento innumerable de subir...

No saben nada los familiares del famoso cohete del final vergonzoso de éste: la caña conductora y el cilindro que contuvo el dinamismo potencial caen dando tumbos, maltruchos y en silencio, sobre un tejado, en una charca, en un muladar ó en un rincón sucio y olvidado... Da pena, mucha pena, considerar el final invariable de nues-



Un haz de cohetes, afanosos de escalar el cielo...

tro amigo el cohete. Y, sin embargo, es forzoso admirar el inquebrantable tesón con que se obstina en cumplir lo que cree un designio familiar. Si fracasa un cohete, si fracasaron millones de cohetes, enseguida se lanza otro, con fiereza, á la aventura intentada por todos sus antecesores, y, hermoso y luminoso, sube con arrogancia para estallar y morir también en el afán eterno de llegar al cielo alguna vez.

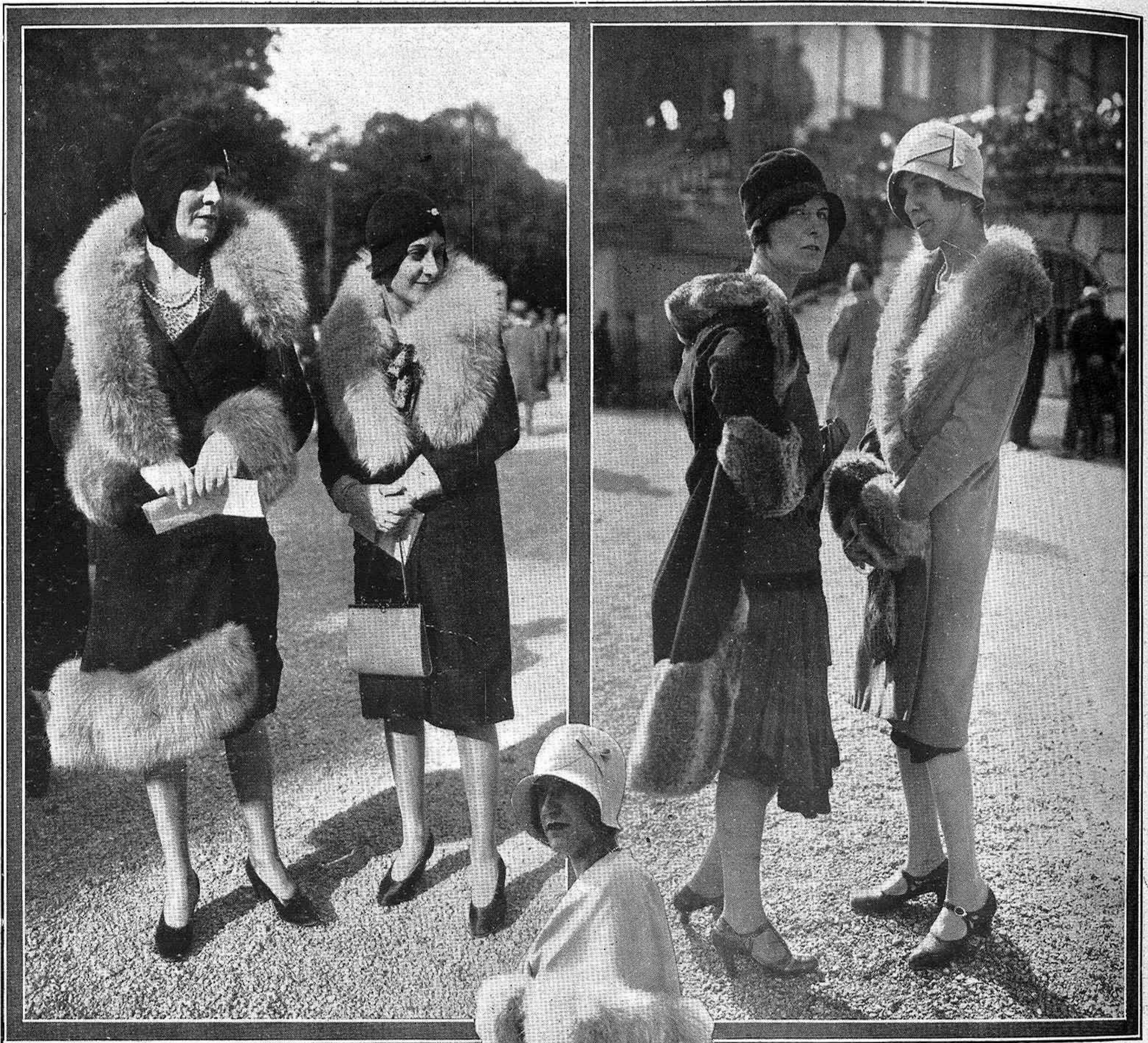
Alguno llegará, no se sabe cuándo. Para esto, acaso necesita el cohete renunciar á su prosopopeya inicial: con menos ruido orgulloso y menos violencia vanidosa, con más sencillez y más humildad, es probable que, cuando menos se espere, llegue alguno á las estrellas y sea entonces una nueva luz en el cielo sublime. Luego, ya no habrá cohete que no sea estrella de nuestras noches.

Mientras el prodigio se realiza, bien está la envidia de los fuegos artificiales contra el que, de ellos, se obstina por alcanzar la altura... Porque sin esa envidia, acicate de los luchadores, no sentiría el cohete los ímpetus que le inducen á seguir el camino de la eternidad triunfadora y luminosa. Alabemos, por lo tanto y por siempre, á los fuegos artificiales, que saben envidiar desde la baja condición de su impotencia, y dediquemos lo mejor de nuestras admiraciones al contumaz cohete, que, gracias á esa envidia, persiste con tenacidad en un ejemplar afán esmaltado de lágrimas y caídas, que al fin tendrá la definitiva recompensa deser estrella en el cielo.

JOSÉ ANDRÉS VAZQUEZ

(Fots. Serrano)





## P a r í s

## FEMINIDAD

CHARLA de otoño... Hablemos de mujeres y para las mujeres... ¿Saben ustedes que el *renard* se lleva, en esta temporada, de colores claros: gris perla, gris humo, blanco grisáceo, blanco manchado de negro?... ¿Saben ustedes que el armíño, en los nuevos abrigos suntuosos, pierde su apariencia tradicional para tomar aspecto de tejido labrado y hermanarse con la *mourmelle* ó con el *breichwants*?... ¿Saben ustedes que los colores preferidos por la elegancia actual son el negro, en primer término, y en segundo lugar, el rojo, el verde, el rosado, el gris plata y el rojo amarillento del óxido de hierro?... ¿Saben ustedes que la nueva moda no admite los bordados rutilantes, ni los zapatos de *strass* ó de tisú, y que, para la noche, cada vestido ha de acompañarse con zapatos de tejido idéntico al suyo?...

Tales son las últimas palabras de la vanidad, contra la cual ejerce un apostolado



muy moderno—de sonrisa y de gracia—la bella miss Mac-Pherson, llegada recientemente de América para extender por Europa sus teorías religiosas. Miss Mac-Pherson, evangelista á su manera, ha estudiado la Biblia todo lo seriamente que se lo ha permitido su gran juventud, y de la interpretación personal de los Textos ha deducido una doctrina que, en su opinión, podría salvarnos del caos moderno. Las ideas y las sonrisas de miss Mac-Pherson han seducido á muchos americanos, y la apostólica *girl* ha podido construir un templo en Los Angeles: un templo tan bien situado como puedan estarlo el mejor cinematógrafo ó el Banco de más crédito... En ese templo, miss Mac-Pherson oficia, predica y sonríe... Tiene el templo muchos fieles; pero esto, con los sueños de miss Mac-Pherson, no es sino el comienzo de una obra mundial: de una obra de humana redención... Para llevarla á cabo, la gentil



MISS MAC-PHERSON

Evangelista americana, que ha construido en Los Angeles un templo donde expone su doctrina, y que se halla en estos días en París ejerciendo su apostolado contra la vanidad femenina

predicadora distribuye actualmente sus días entre París y Londres... Mas los europeos, hijos de un continente viejo y cansado, no tienen el alma tan ingenua y propicia como los americanos... Miss Mac-Pherson tan sólo encuentra, entre los hombres, indulgencia galante y un poco irónica... En cuanto á las mujeres, á quienes la evangelista recomienda mayor modestia, no comprenden cómo puede hablar así otra mujer que, además de serlo en el pleno sentido de la belleza y de la juventud, viste con perfecta y muy costosa elegancia...

Por lo tanto, del lado de acá del Atlántico, miss Mac-Pherson pierde el tiempo... No le ocurre lo mismo á Gene Tunney, campeón del mundo de todas categorías y dueño y señor de ese campo aurífero que es el ring. Tunney acaba de casarse, en Roma, con miss Lander, sobrina de Andrew Carnegie y heredera de una fortuna superior á mil millones... Rico ya, por sus puños, el antiguo cargador de los docks de Nueva York se convierte ahora, por su matrimonio, en verdadero potentado... Otro hombre, situado como lo está Tunney en la cumbre de la popularidad, hubiera aprovechado la ocasión para hacerse, gratuitamente, una formidable *réclame*... Pero Tunney, que es el Belmonte del boxeo, estima su personalidad privada en mucho más que su personalidad pública... Tunney boxeador es para Tunney *private man* una máquina

productora de millones, nada más: cosa útil, pero no estimable... Y para librar á Tunney-hombre de la influencia poco grata de Tunney-pugilista, el tercer Tunney, el de la presunción y las ambiciones, recorre Europa en viaje de estudio, habla de arte y de filosofía, dialoga con Bernard Shaw, permitiéndose opinar, y nos dice, en conferencias pintorescas, sus ideas acerca de los hombres y las cosas...

Colocado en ese plan superior, Tunney ha creído oportuno rodear su boda de la reserva que conviene á los grandes acontecimientos mundanos... No es el boxeador quien se ha casado con miss Lander, es el *private man*... Y las intimidades del *private man* no deben interesar á nadie... Así, la ceremonia se ha efectuado en secreto, ante una docena de familiares, con exclusión absoluta de público, de periodistas y de fotógrafos: de esos mismos público, periodistas y fotógrafos á quienes Tunney debe su fama y sus dos fortunas: la propia y la que miss Lander le ha entregado con su mano...

Pero Tunney, campeón austero y recién casado, ignora, por decirlo así, á la mujer: y la *mujer* son todas las mujeres... Para ellas, el novio, el marido de miss Lander, no es Tunney el viajero filósofo y conferenciante, sino Tunney el boxeador, el héroe popular, el hombre público... Para ellas, el hermetismo hostil y la desdénosa reserva de Tunney, en la hora de su boda, no son cosas lógicas ni tolerables, y como desquite á la curiosidad frustrada, y como venganza también, las mujeres hablan sin benevolencia del *trousseau* de miss Lander... ¡Un *trousseau* en el que había cien pares de guantes, veinticinco pares de zapatos, centenares de medias, ropa interior contada por docenas de docenas!... No puede imaginarse nada más contrario al buen gusto, ni más al margen del espíritu moderno... Hoy, el equipo de una novia sólo necesita de esta fórmula breve: dos vestidos de lana, un *tailleur*, tres ó cuatro vestidos de seda para la tarde, tres jerseys de *sport*, tres vestidos de noche, cuatro *dessous*, doce pares de medias, seis pares de zapatos, un abrigo de pieles... Con esto basta y sobra... La moda cambia tan de prisa, que es ya inútil acumular prendas, y, por otra parte, el matrimonio ha perdido su antiguo carácter de acontecimiento capital, para revestir tan sólo el de un incidente sin importancia extraordinaria... El *trousseau* de miss Lander era, pues, anticuado y cursi... Anticuado y cursi, también, ha sido la solemnidad prestada á su casamiento por Gene Tunney... A pesar de todas sus pretensiones, el bracero del muelle de Nueva York no es más que un advenedizo... Y nada hay tan antipático y desagradable como un hombre del arroyo que al medrar desdén la calle...

Gene Tunney ha tomado esposa multimillonaria, pero ha perdido á la mujer, y «la mujer» son todas las mujeres...

ANTONIO G. DE LINARES

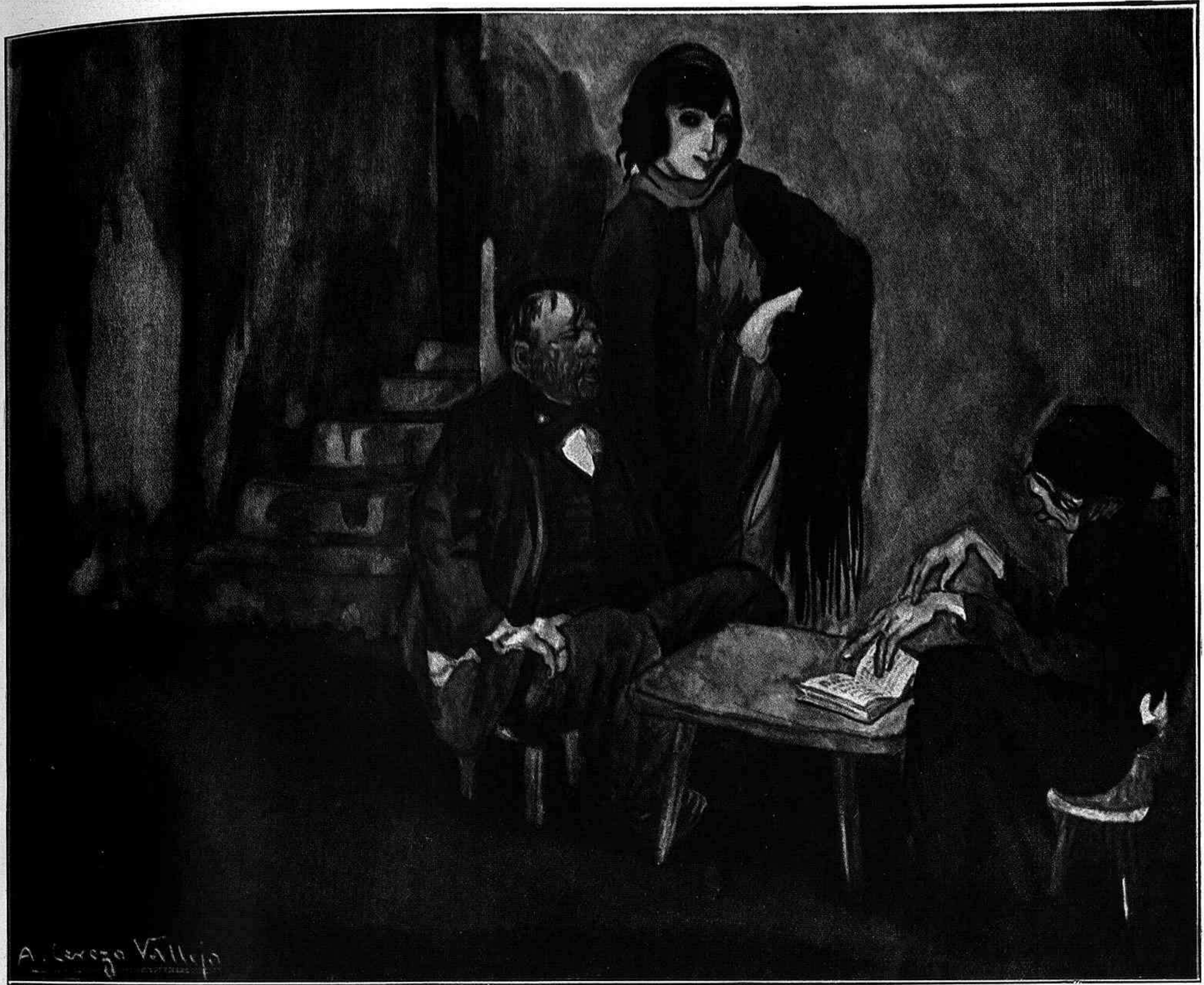


Sarah Caryth, artista, posee una leona, «Betty», que vive en compañía de su dueña, como si fuera la más inofensiva perra faldera. Sarah Caryth, llevada á los Tribunales por el alcalde de L'Isle Adam, donde reside, se presentará ante los jueces con «Betty», para que los magistrados aprecien la sociabilidad de la leona. Tod' París se trasladará á L'Isle Adam para asistir á la vista





He aquí la última palabra en modelos de «sport»: un traje-abrigo en negro y rojo, con manga amplia, cuyos extremos armonizan con los bordados del conjunto



## ESTAMPAS SOMBRIAS

# S U P E R S T I C I O N

ELLA, la moza del pelo negro como ala de cuervo, de los ojos apasionados y el gesto enfermizamente vicioso, logró que él, el bigardo gordo y rojo, henchido de brutalidad, descendiese á aquella cueva sospechosa, que bajara sin resbalar los húmedos escalones de la cripta y se sentara en el taburete de las predicciones, ante la mesa sucia y cojitranca, tras la cual la vieja bruja, raída y sarmentosa, tejía sus cábalas...

Una luz cobarde y dramática desdibujaba las sombras en las paredes de la cueva renegridas de humedad... El aire, impregnado de miasmas, olía fétidamente al sebo de la vela que se quemaba en un rincón.

La moza flaca y plebeya quería saber su sino; preguntar á los inquietantes poderes ocultos si aquel su amor por el hombre rojo y brutal había de ser dichoso...

El no creía gran cosa en aquellas ceremonias un poco grotescas. En su gran panza de cincuenta adinerado iba á temblar la risa, cuando la vieja, con las manos crispadas sobre el libro de los misterios, empezó á recitar las frases guturales del conjuro, en un tono lento y aparatoso de salmodia. Sin saber por qué el hombre se estremeció. La moza, en pie junto á él, seguía con mirada ávida los movimientos de la bruja, y clavaba una mano, como una garra, en el hombro de su compañero...

A la voz de la vieja sintió el hombre que iban

desfilando ante él, con plástica certeza, sucesos de su vida... Aunque un poco velados por las alusiones, aquellos hechos eran ciertos... ¿Quién podía haber dado á la vieja tales informes? Y ya dudaba su escepticismo y empezaba á seguir con acucioso interés el oráculo...

¿Qué decía la vieja? Hablaba de amor, de celos, de envidias de un hombre, de un viaje hecho y otro por hacer: del amor de una hembra morena y el deslén y el olvido de una rubia...

Historia de un hombre, como tantas otras historias de hombre... Retazos, incoherencias, en que la verdad no estaba; pero que acuciando á la imaginación nos hacen poner trozos de nuestra vida en las lagunas que deja la charlatanería ajena.

El hombre seguía ya, angustiado por la emoción, la plática de la gitana. Cínica é intencionada, la moza se gozaba en la turbación del hombre... Para ella, la escena, con su aspecto dramático, sólo tenía un sentido de picardía. El billete de Banco que el hombre hubo de entregar á la vieja para completar la cábala había desaparecido ya entre los harapos de la bruja.

La predicción tocaba á su fin: un enemigo rencoroso seguía los pasos del hombre; el amor de una mujer podría perderlo si él no se entregaba ciegamente á ella; para aplacar á los hados adversos tenía que ofrecerles sacrificios de dinero, de su propia sangre... Y la vieja leía en el libro extrañas frases salmodiadoras... ¿Cómo pudo

distinguirlo el hombre rojo en la semiobscuridad de la cueva? Lo cierto fué que sus pupilas se fijaron en el libro que la vieja sostenía y que el volumen estaba al revés... El veía al derecho las páginas del libro, y hasta podía leer en aquel viejo misal apergaminado y roído, que no otra cosa era...

Súbita, en su alma surgió la desconfianza: se habían estado burlando de él ó era algo peor lo que le aguardaba... El corazón, con su presentimiento, le hizo adivinar la encerrona...

Súbito se levantó y descargó un tremendo puñetazo sobre la mesilla, mientras gritaba:

—¡Ea! ¡Se acabó la ceremonia! ¡De mí no se burla nadie! Vieja bruja, devuélveme mi dinero...

Resonó un doble grito iemenil de alarma. Sopladada por no se sabía quién, se apagó la vela y parecía chirriar una puerta oculta...

El hombre rojo sintió á su cuello la presión horrible de unas manos ganchudas que lo estrangulaban. Otras manos diestras le quitaban la cartera, el reloj, el alfiler de corbata...

Quiso defenderse y no pudo.

—¡Acaba ya!—sintió decir con una voz ronca é impaciente... Y un frío de acero le hendió el pecho... Unos pasos rápidos se alejaban en la obscuridad... Y en el silencio, más tarde, sólo había un tácito rebullir de carcomas...

ALVARO REAL

(Dibujo de Cerezo Vallejo)

# PIGNATELLI EN PEDROLA

La algarazara de la chiquillería en torno al palacio de los duques de Villahermosa, en Pedrola; su asedio casi constante al portallón de ingreso, denotan que no está, como de costumbre, vacío el vastísimo edificio. Frecuentes llegadas de señorones con muchos equipajes y lacayos en sus coches de colleras; las luces, cuyo resplandor llena los vanos de las ventanas á altas horas de la noche; ecos de músicas, entrar y salir de dueñas y pajes...

El Excmo. Sr. D. Juan Pablo de Aragón y Azlor, Zapata de Calatayud, duque de Villahermosa, conde de Luna, de Guara, del Real y otros títulos, y su esposa, D.<sup>a</sup> María Manuela Pignatelli de Aragón (la llaman «la duquesita», afectuosamente), están de temporada en Pedrola. Lejos de las Cortes de España, Turín, Francia—en donde toda falacia tiene su asiento—; recién llegados de la de Inglaterra, la duquesita respira tranquila—más por su esposo que por ella—en las alamedas y plazuelas de los jardines. Aquí no hay templetes engañosos, abrigo de atrevidas aventuras; no hay galanes procaces, ni habladerías cortesanas. ¡Qué lejanas ya las visiones de la desenfada Corte francesa, señoreada por los desenfados volterianos y por las desvergüenzas de la Du Barry!

El Duque se aburre un poco en Pedrola, es verdad; pero ya va encontrando una novedad: no la de conocer y apreciar su espléndido palacio, con todo y ser como una sombra del de antaño, sino la de *conocer* y convivir con su esposa, discreta, virtuosa, jovial. Ahora se le cae á tiras la venda de los ojos, y tengo para mí que le pesa el no haberse asomado antes al alma ingenua de María Manuela.

También ésta ha vislumbrado en Pedrola horizontes insospechados; no los del Ebro caudaloso que lame los cimientos del palacio; no los de la planicie sin fin, camino de Navarra, donde la vista tropieza allá lejos con la prominencia amoratada de las Bardenas Reales. María Manuela ha hollado una y otra vez los lugares de devoción de la *Santa Duquesa*: el pasadizo angosto con el *Via Crucis* pintado en las paredes; la tribuna con barrotes de hierro, lugar favorito de las oraciones y penitencias asperísimas de D.<sup>a</sup> Luisa de Borja y Aragón, digna esposa de D. Martín, *el Filósofo aragonés*, quinto duque de Villahermosa; desde cuya tribuna se puede contemplar bien de cerca la cárdena faz de un Cristo devotísimo, de ojos quebrados y boca entreabierto por la agonía; snieto de dulces pláticas espirituales de la santa duquesa... Ha contemplado también, estremecida, su cuerpo incorrupto en la cripta de la iglesia; y en memoria de la venerable antepasada se ha dado á las obras de caridad, destinando á limosnas las tres cuartas partes de su renta personal, y esto de por vida.

¡Cuánto la aman los criados y los vecinos humildes de Pedrola! Es paño de lágrimas, consuelo de menesterosos.

Ante el valor de las obras de misericordia, ¡qué deleznable se le antojan las grandezas y el fausto actuales, y hasta los recuerdos del pretérito esplendor del palacio, ceñido y guerrero, en las lejanías del siglo xiv; grato, seductor, en el xvi, cuando en él se aposentara el Caballero de la Triste Figura y su escudero el inminente Gobernador de la Insula Barataria, asistidos de la empalagosa cortesía de la remilgada dueña de reverendas tocas, doña Rodríguez; cuando se hospedó en el palacio de Buenavia nada menos que la Santidad del Papa Adriano VI; cuando se celebraron allí las bodas del Virrey de Aragón...

De menor calidad, aunque de quilates, son los huéspedes que ahora llegan entre la algarazara de los muchachos, las reverencias de los lugareños y los vítores de la multitud. El Duque, que se dispone á salir de caza, quédase sorprendido. No tenía aviso de la visita. Un poco azorado abraza al obispo de Zamora, á D. Antonio de Azlor, su tío, y al canónigo D. Ramón Pignatelli, tío de la Duquesa. La corpulencia de D. Ramón asusta á los chiquillos. Entra rápido en el palacio, repartiendo pescozones, caricias y estampas á los hijos de guardas, monteros y criados, boquiabiertos y miedosos; á voces llama á su sobrina la Duquesa. Doña María Manuela sale de la tribuna de la iglesia, en donde estaba oyendo

Menudean en la Corte, más de la cuenta, las disputas entre *aragoneses* y *golillas*, agriadas por la cuestión de las Maluinas. El conde de Aranda, á quien tanto quieren los Duques, pues facilitó su matrimonio y aun representó al novio en el acto de la boda, está en extrema tirantez con Grimaldi. Se dice que va perdiendo el favor del Rey, un poco cansado de la energía indomable y de la franqueza algo brusca de Aranda. Se lo ha escrito su hermano el conde de Fuentes, y aun añade que sigilosamente se le busca sucesor. Pignatelli le refiere todo esto á su sobrino el Duque con ademanes descompuestos y temblor en la voz. Y no es para menos. El es uno de los puntales—caso el más firme—del «Partido aragones», y sospecha que tales desazones políticas—verdadera pugna entre los poderes civil y militar—vendrán en perjuicio de la obra del Canal Imperial, de la que es protector y director. Para que ésta no se malogre y sufra nueva dilación, está dispuesto á todo: á derribar al extranjero Grimaldi; hasta á gestionar la presidencia que deje vacante Aranda, ya que no la quiere su hermano el conde de Fuentes, á quien se la han ofrecido. Quítaselo éste de cabeza. Por eso se ve perplejo y pide consejo y ayuda al Duque para llevar adelante su amada empresa redentora. El podrá hacer mucho... Nada quiere para sí; para el Canal, todo. No es ambicioso de honores y sinecuras, pero sí de apoyo á su obra.

Hace casi dos siglos y medio que el Emperador Carlos V protegió el comienzo de los trabajos; se llevaron lentos y costosos, y los elementos se encargaron de hacer inútil tanto afán.

De añadidura, la Compañía de Extranjeros adelantó tan poco en dos años, fué tal su desorden y mal manejo, que, al fin, la Providencia parece que ha dispuesto las cosas de modo que la gloria de esta gran empresa se refunda únicamente en los españoles y aun en los aragoneses. Su Majestad, no queriendo perjudicar á sus vasallos, ha puesto en las manos de Pignatelli el cuidado de las obras, en calidad de protector.

¡Qué proyecto el suyo! El Canal habrá de ser no solamente de riego, sino de navegación, para enlazar el Cantábrico con el Mediterráneo. El quiere construir la presa en Fontellas, más arriba de la llamada de Carlos V. ¡Qué importan las asechanzas, las murmuraciones, las envidias! Se ríe él de todo lo que no sea allegar medios para ultimar el Canal. Vale más un terco que cien envidiosos. El día en que el agua corra por el cauce y fecunde la huerta zaragozana, ha de hacer grabar una inscripción para convicción de los incrédulos.

Pignatelli se exalta sin querer. El Duque lo su tesón, pero le recomienda cautela y tino. Le promete todos los esfuerzos de su voluntad para el triunfo. El, además, es interesado, pues habrá de regar con el Canal dilatadas posesiones. Hablará con el Príncipe de Asturias, que le distingue con especial amistad.

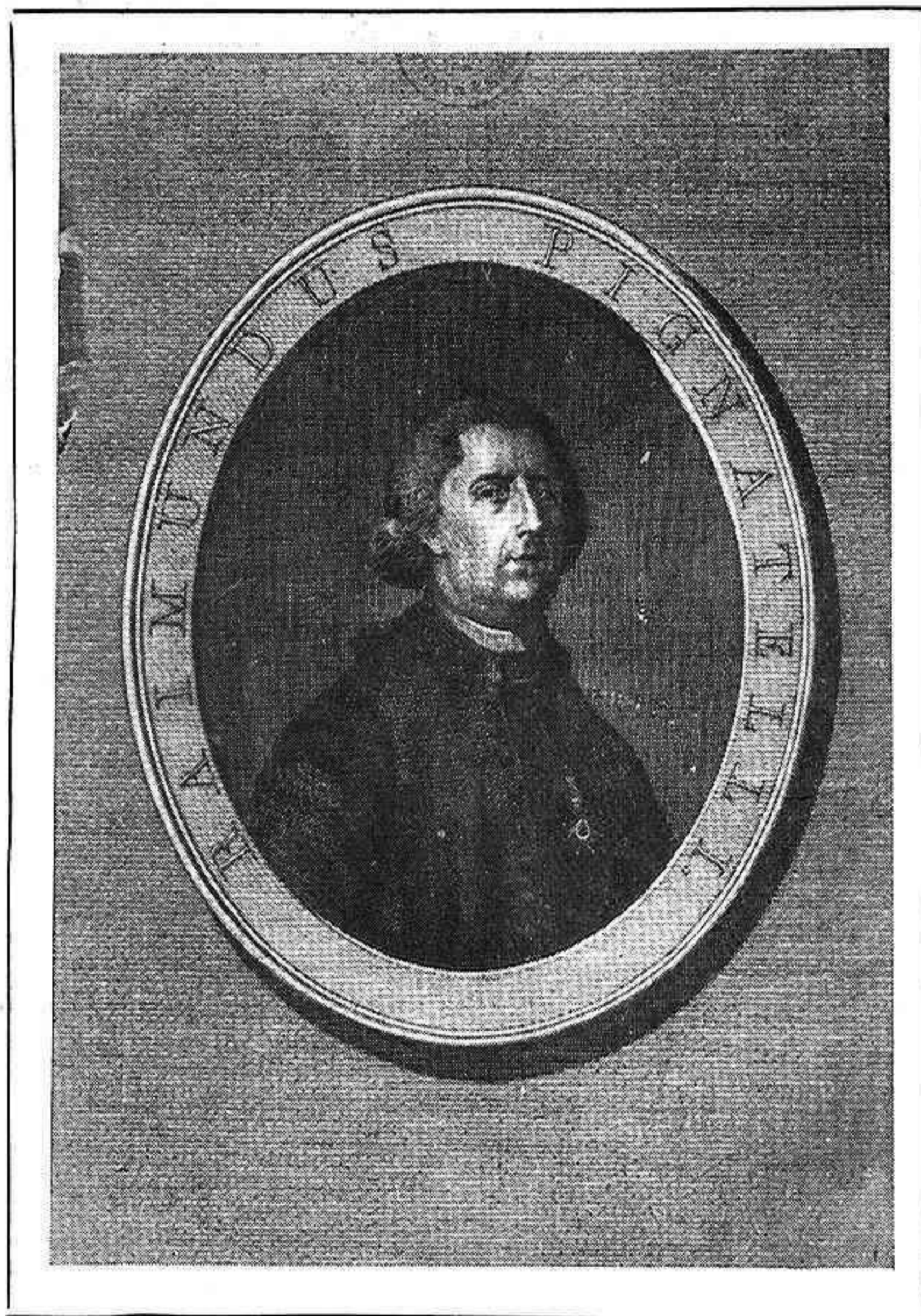
•••••

Entra la Duquesa, medrosa, al oír las voces descompuestas del canónigo. Al punto, éste cambia de actitud; se serena, sonríe, se levanta y bromea con María Manuela. La ha visto nacer...

Un criado anuncia que la comida está servida. —Antes de que se me pase por alto, D. Ramón—dice la Duquesa—: ¿querréis acompañarme esta tarde en la visita diaria á los pobres?

—¿Cómo no? Y hasta alguna platiquilla haré en tu obsequio, y bien sabe Dios que no estoy para sermones...

RICARDO DEL ARCO



EL CANONIGO PIGNATELLI  
Propulsor del Canal Imperial

misa, y cumplimenta á su tío. Su rostro se enciende de alegría.

Su ilustrísima da á besarle el anillo. Don Antonio, renqueando un poco, acaricia á la sobrina. Es un viejecito simpático que lleva al cuello el Cordón de San Francisco. A poco sale al encuentro D. Jorge de Azlor, hermano del Duque, que por fin sentó la cabeza. Los huéspedes son acogidos con júbilo.

Ya en el salón, reciben los cumplimientos del duque de Albuquerque, que ha ido á Pedrola á arreglar—ya las han arreglado—cuestiones de herencia con su hermano el de Villahermosa. Es un jovencito al que apenas le asoma el bozo; pero hay en su porte decisión, firmeza. Es el futuro héroe de Cádiz. Se abren los ventanales; las cornucopias rutilan; los retratos de familia, hasta el de la santa duquesa, que pintara en Pedrola mismo el flamenco Rolam de Moís, parece que se animan á la presencia de tan calificados parientes. El canónigo toma á escape un esponjado con bizcochos; nota desgana. ¡Es tan molesto el trayecto desde Zaragoza!

Los criados cuchichean en las galerías y en el patio porticado, y se dan albricias porque barruntan espléndida propina.



El perfume en la palabra  
y la blancura en los dientes.

He ahí los gratos efectos  
del uso diario de la  
**PASTA DENS**

Limpia el esmalte dental  
con la suavidad de  
una esponja.

Úsela usted diariamente.  
Sus dientes limpios y bien  
cuidados serán el mayor  
encanto de su sonrisa.

Tubo grande, 2 ptas.; pequeño, 1,25  
en toda España.

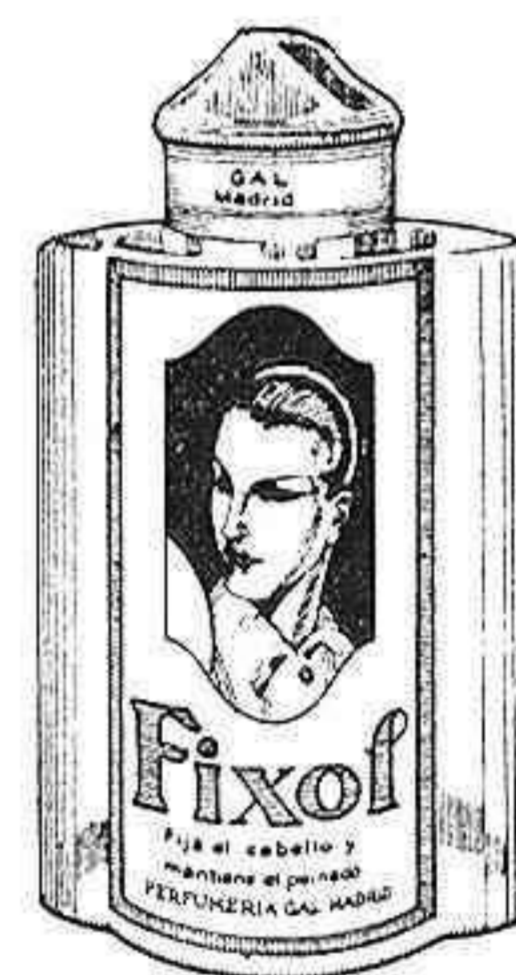
El impuesto del Timbre a cargo del comprador.

PERFUMERÍA GAL. - - MADRID

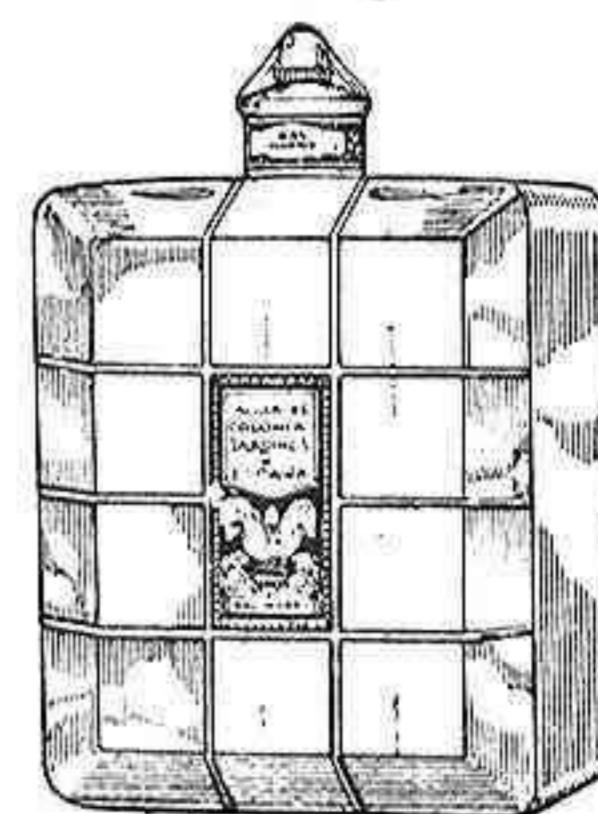
Algunos de los productos  
más recomendados de la  
Perfumería Gal.



El JABÓN HENO DE PRAVIA  
es el predilecto de la gente "chic".  
Pasta neutra, espuma suave,  
perfume intenso. Pastilla, 1,25.



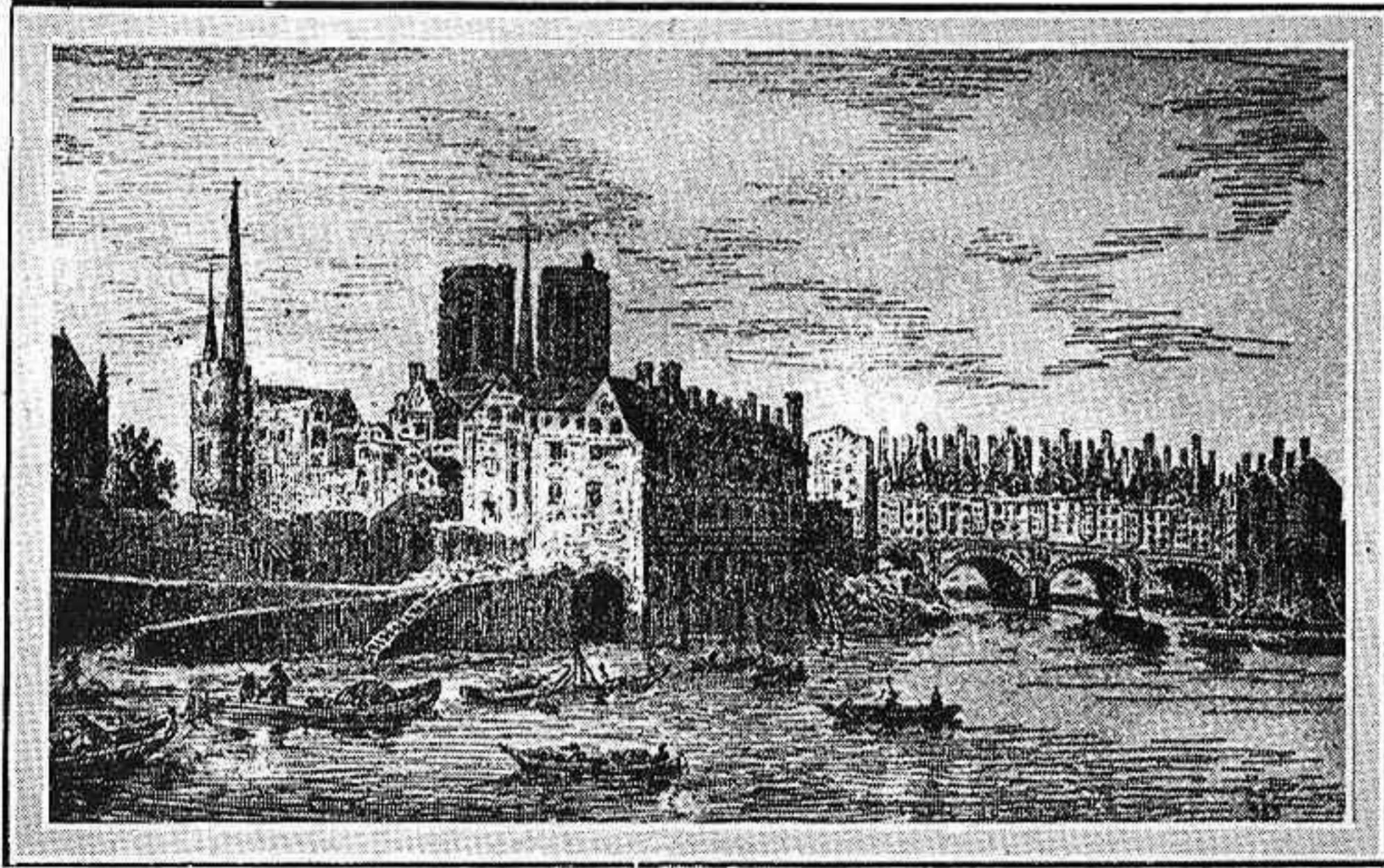
FIXOL mantiene inalterable el  
peinado. No mancha. Tiene un  
agradable olor a violeta. Frasco, 2 pts.



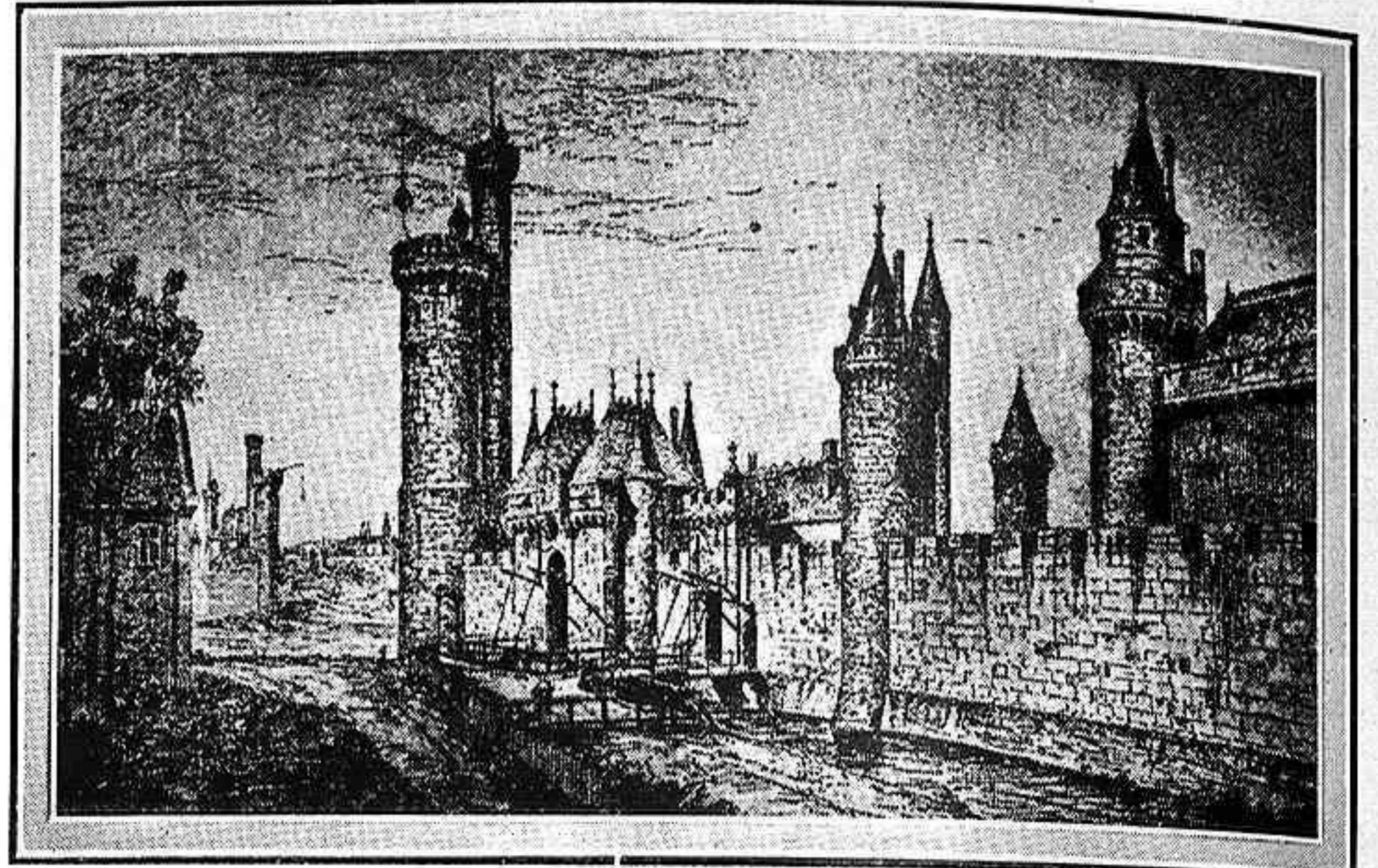
La COLONIA JARDINES DE  
ESPAÑA es de tipo suave, muy fina  
y de perfume discreto. Frasco, 2,50.

# CIUDADES NUEVAS SOBRE VIEJOS SOLARES

## CÓMO FUERON PARÍS Y NUEVA YORK



El puente de Saint Michel era, en 1383, de madera, y se hundió en 1574, siendo sustituido por el de piedra que reproduce el grabado



Entrada del Louvre en 1364, bajo el reinado de Carlos V, es decir, cuando comenzó a contener colecciones de arte

Las grandes ciudades, centros de turismo y anhelo de los que no las conocen aún, son, particularmente, ingratas a los arqueólogos, que prefieren a ellas las villas momificadas, muertas, como Brujas, en las que parecen haber cristalizado, obedeciendo a la misma fuerza superior que dispuso los estratos en la tierra para que nos contaran la vida del planeta, los diversos períodos históricos.

Para esos espíritus que anteponen a todo el culto al tiempo que pasó, esas ciudades son demasiado modernas. Nueva York, por ejemplo, no ha cumplido aún el siglo, y París mucho menos. París, el París moderno, nació hacia 1850 cuando Napoleón III nombró prefecto del Sena a Jorge Eugenio Haussmann, que honró a su segundo apellido haciendo un París novísimo, siquiera para hacerlo hubiera de incurrir en deslices justificados por una febril actividad transformadora característicos de una época y una sociedad que Zola ha pintado admirablemente en las *Rougon-Maquart*.

Antes de esa época, París era aún un poco la ciudad medieval, de callejas estrechas, que sólo desde Napoleón I habían comenzado a desaparecer; pero sin que la reforma de la ciudad tuviese ni durante la restauración, ni bajo la Monarquía de Julio, el alcance ni la trascendencia que el prefecto de Napoleón III había de darla.

Fue Haussmann, efectivamente; fue él precisamente el que trazó e hizo construir aquella enorme vía que, partiendo de las alturas de Montparnasse, se lanza hacia Montmartre, cruzando la villa de S. a N. por los boulevares de Saint Michel, el clásico y romántico *boul Mich*, lugar de gratos recuerdos para toda la intelectualidad del mundo; el boulevard du Palais, el de Sebastopol y el de Strasburgo, salvando, entre los dos primeros, por los puentes de *St. Michel* y *Au Change*, los brazos del Sena, que rodean amorosamente la isla de la Cité.

El puente de Saint Michel no semeja hoy en nada a lo que fue antes de la reforma; en manuscritos conservados en las bibliotecas

francesas y, sobre todo, en la Nacional, se conservan curiosos dibujos que le representan tal como era antaño: antes y en la época en que los personajes de *Nuestra Señora de París* andaban por el barrio.

De aquella época quedan aún vestigios, aunque no tantos ya como hace veinte años, en dos callejas que parten del boulevard o de la plaza de Saint Michel, para ir hacia la rue Saint Jacques, estrechísima aún en el segundo lustro del siglo actual, y ahora amplia vía cuya apertura ha entregado a las miradas de los turistas que cruzan tras el ábside de ella, sin detenerse casi nunca, la iglesia de Saint Severin, la magnífica iglesia hermana mayor, por la edad, de Nuestra Señora, y menos conocida y citada de lo que debiera.

Aquellas dos calles eran y son, aunque transformadas, la rue de la *Huche* y la rue de *Saint Severin*. En la primera de ellas, último refugio de los apaches antes de que los estudiantes, dueños y señores del *quartier*, los expulsaran de él, hay aún tabernas con sótanos y apaches fingidos para uso de turistas yanquis o yanquizados, de los que hacen en autocar la visita de «París de noche».

Ciges Aparicio ha pintado, en *Circe y el Porta*, una de las tabernas con la misma artística verdad que otros aspectos del barrio.

Del otro lado de la plaza de Saint Michel, perdiéndose por la calle de Saint André des Arts y por sus afluentes hacia el Sena, hay también calles vetustas, medievales. Por allí está la rue de la Seine, la larga vía que va del Instituto de Francia, construido a mediados del siglo XVII, al Luxemburgo, que es un poco más viejo, pasando por la reconstrucción hecha el XVIII del que fue palacio de Margarita de Francia, la reina Margot, esposa repudiada de Enrique IV, y ante las casas, conservadas aún, donde vivieron David, Talma y David d'Angers, y otros grandes hombres de Francia. Fue en el número 12 de aquella calle donde Máiquez visitó al gran trágico francés.

Por allí hay otras calles menos viejas en que el paseante, nutrido de letras, echa de menos los personajes de Paul de Kock: los lugares son, efectivamente, los mismos que describió a maravilla, sin el detalle naturalista a lo Zola, naturalmente, el gran novelista tan calumniado por los que le tienen por excesivamente pícaro.

Bajando hacia el Sena se llega al Puente de las Artes, que es, por eterno contraste entre los nombres y las cosas, el menos artístico de París; al Louvre, al viejo palacio que hoy encierra el primer museo de Bellas Artes francés, rival, pero no vencedor, de Pitti y los Oficios, de Florencia, y del Prado, de Madrid.

El Louvre muestra también lo que va de ayer a hoy: su primer destino, muy lejos entonces, naturalmente, de ser el edificio magro actual, fue el de apeadero en un monte de caza donde los reyes y grandes señores de la Corte cazaban lobos; de ahí su nombre, que sugiere hoy ideas tan absolutamente diferentes de aquel destino. Castillo después, debió como tal su existencia a Felipe Augusto y nació entonces, a fines del siglo XII y principios del XIII? Los historiadores lo discuten. Nuestros grabados demuestran que era ya castillo en 1300. Después fue palacio, enriquecido y adecuado para tal fin por Carlos V, que instaló en él su biblioteca y sus colecciones de Arte, y



El puente, la plaza y la fuente de Saint Michel, actualmente

después agrandado por Francisco I, al que debió resultarles excesivamente estrecha la madrileñísima torre de los Lujanes cuando su desventura le trajo á ser prisionero en ella. Enrique II, su viuda, Catalina de Médicis, Francisco II y sus sucesores continuaron la construcción, dándola, con sus pabellones y torres, la línea general de las construcciones típicas de la Edad Media.

Enrique IV, que tiene tan cerca su estatua, Luis XIII y Luis XIV, continuaron la construcción; pero aun tuvo Napoleón I que completarla, y aun encontró Napoleón III medio de acrecentar el palacio.

Tantos siglos y tantas intervenciones regias costó construir el palacio de que dicen las guías que es el más vasto y el más espléndido del mundo, y en el que nada recuerda ya al apeadero de caza de los antecesores de Felipe Augusto, y sólo nos habla del castillo primitivo el trazado blanco de su planta sobre el suelo actual.

•••••

Tampoco de la iglesia de San Lázaro, á la que pudiéramos llamar primera de Saint Vicent de Paul, quedan huellas en la que actualmente lleva el nombre del santo. Era aquélla tal como nuestro grabado la representa; es la actual una basílica de tipo latino, con magnífico pórtico, en que doce grandes columnas jónicas sostienen un frontón con un bajorrelieve en que se representa á San Vicente entre la Fe y la Caridad. A ese pórtico se sube por amplísima escalera de dos brazos en herradura, y le bordean dos torres de 54 metros de altura. La puerta del templo es de bronce, con relieves de la vida de Jesús y de los apóstoles, y todo el templo está muy rica y artísticamente decorado.

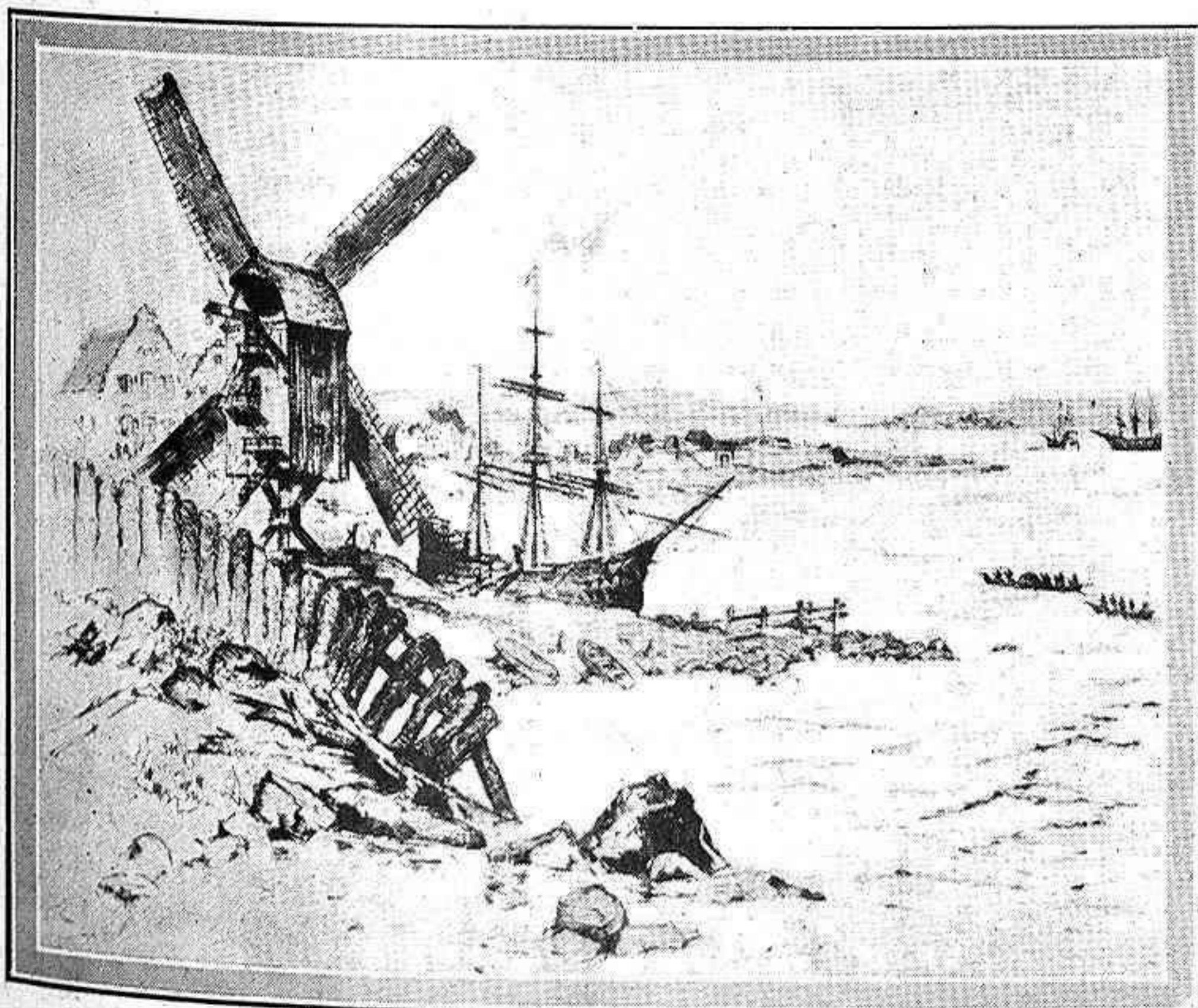
•••••

Nueva York no es tan viejo como París, pero no es tampoco tan joven como generalmente se cree; para muchos, Nueva York nació á principios del siglo XIX; en realidad, ni siquiera es tan viejo el Nueva York, el que todos conocemos, por fotografías al menos, y si no tanto por las películas cinematográficas, y del que la famosísima Quinta Avenida nos parece á la vez cifra, símbolo y compendio. Nueva York y Quinta Avenida son nombres que viénen simultáneamente á nuestra imaginación.

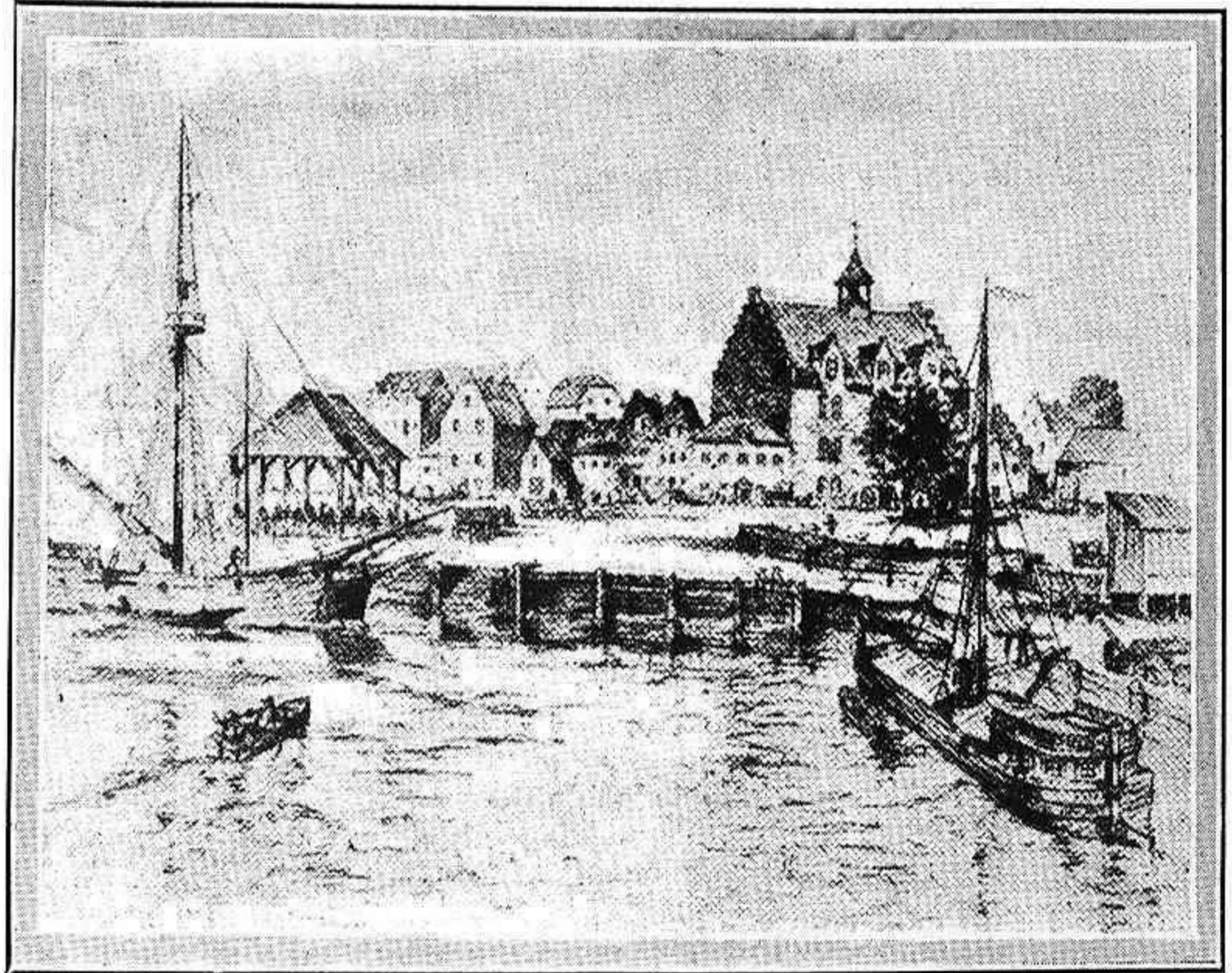
No es, sin embargo, la Quinta Avenida lo más interesante de la gran ciudad norteamericana, pero es la calle preferida por los grandes banqueros, y, por tanto, la calle del alto comercio. No la de los grandes almacenes, más brillantes quizá



Un aspecto del Nueva York actual



Nueva York, colonia inglesa, en 1690



Nueva York, ó mejor Nueva Amsterdam, colonia holandesa, en 1650

que las oficinas de la alta banca, y muchos de los cuales prefieren la calle 40, cierto que en los lugares más próximos á la Avenida famosa.

Poco más lejos, la Quinta deja de ser ya centro comercial: está formada por grandes residencias de los favoritos de la fortuna, pudiera decirse de los triunfadores, en la parte sur de la calle. Allí, la Avenida, que siempre es amplia, está admirablemente pavimentada; tiene un aspecto de riqueza y esplendor que á veces no es incompatible con la monotonía que producen la semejanza de estilo arquitectónico y la igualdad de materiales de construcción: piedra oscura, generalmente.

La gran vía tiene, además, sus horas de máxima esplendor: cuando la cruzan, dirigiéndose al parque central ó viniendo de él, los más lujosos trenes

de los «reyes» de los más diversos reinados y los que aspiran á serlo: la más rica y espléndida plutocracia del mundo, que también deambula por allí los días festivos después de los oficios religiosos.

A esa aristocracia y á la constante animación que el cinematógrafo ha revelado, con fuerza de realidad, debe quizá la Quinta Avenida su fama universal, que sólo comparten con ella en las imaginaciones menos documentadas, el *Broadway*, es decir, la «Vía larga», que merece este nombre porque tiene 30 kilómetros de longitud, tres veces más que la Quinta Avenida, y el famosísimo Brooklyn Bridge, que tiene una longitud de cerca de dos kilómetros, sobre pilares de 82 metros de altura sobre el nivel de las grandes crecidas y con anchura suficiente para que en su tablero haya dos vías férreas: dos para carruajes, por las que circulan además tranvías eléctricos, y un andén central algo elevado para peatones...

Pero el Nueva York actual, la Quinta Avenida, la calle larga y el puente de Brooklyn, qué lejos están del Nueva York primitivo, que ni siquiera llevaba este nombre, sino el de *Nueva Amsterdam*.

Fué, en efecto, primitivamente, colonia holandesa, y era una ciudad fundada por el holandés Pedro Minewit, que compró la isla á los indios por 60 florines.

Los dibujos de la época (1650) nos muestran á la ciudad, que sólo tenía entonces 1.000 habitantes, con un aspecto muy holandés, por los característicos molinos de viento. Uno de nuestros grabados muestra ese aspecto de la ciudad, y en el fondo de él puede verse el fuerte que los holandeses habían construído para defenderse de los indios, con los cuales mantenían, sin embargo, un activo comercio, en que les compra-



ban pieles. La dominación holandesa fué breve: comenzó en 1624 y terminó cuarenta años después, en 1664. Un Cuerpo de ejército inglés, mandado por el coronel Nicholson, se apoderó, sin lucha, de la ciudad, que tres años más tarde, en la paz de Breda, Holanda cedió á Inglaterra; desde entonces, salvo un breve período de reconquista holandesa, fué de los ingleses, y por aquella época cambió de nombre, para tomar el definitivo de Nueva York.

Un grabado que representa á la ciudad en 1675 es reproducción de un dibujo de aquella época en que Nueva York era ya Nueva York. En él se ve á un lado el fuerte primitivo, y junto á él, la primera iglesia alzada por los holandeses en el centro de la ciudad, muy acrecentada ya, y en el fondo, la South Street, que se extiende hasta el puerto.

En 1690, la ciudad, que había crecido más, tenía ya interesantes edificios públicos: el que se ve á la izquierda del grabado, correspondiente á esa fecha, es la Bolsa primitiva, que era también mercado de esclavos. No lejos estaba la primitiva Casa Ayuntamiento, que se ve á la derecha.

La Bolsa (*Stock Exchange*) es hoy un magnífico edificio de mármol, situado en Brood Street, entre Wall Street y New-Street, con salidas laterales á estas dos calles, en la que 1.200 agentes, que han llegado á pagar hasta 82.000 dólares por el derecho de serlo, negocian en un día sumas fabulosas que suelen pasar de 30.000.000 de dólares de acciones de grandes Empresas.

El Ayuntamiento (*City Hall*) es también un edificio espléndido, de mármol, estilo renacimiento, con un pórtico de columnata, dos cuerpos salientes y una torre construída de 1803 á 1812. La fachada posterior, de ladrillo, es infinitamente más modesta, porque en la época en que la *City Hall* fué construída, Nueva York no pasaba de allí, y pensaron los constructores que nunca crecería hacia el norte.

Un grupo de edificios magnos, á que alguien ha llamado la «fortaleza del dinero», se muestra allí espléndido, tal como le reproducimos. Le forman la Bolsa misma, y próximos á él, los edificios del Trust Bancario y de una gran Compañía de Seguros. Cerca también, en el ángulo de la Broad Street y de la Schange Square, están los magníficos locales del *Broad Exchange Building*, que tiene veinte pisos y ochenta y cuatro metros de altura, y del *Comercial Cable Building*, que aún se eleva doce metros y medio más.

Si pusiéramos junto al nuevo edificio madrileño de la Telefónica la casucha que en la Red de San Luis iniciaba la acera de los pares de la calle de Jacometrezo—y no hace falta ser muy viejos para haber comprado pasteles dos ó tres casas más allá, en la primitiva casa de una «firma» famosa—tendríamos un término de comparación para los edificios neoyorquinos de 1690 y los de 1900.

Aun en 1835 Nueva York era muy distinto de la ciudad actual. South Street era entonces la calle principal y más importante de las próximas al puerto, y los mástiles de las velas de los barcos anclados en él llegaban en altura á la de los tejados de las casas.

Treinta y cinco años más tarde, en 1870, la vía principal era ya el Broadway; pero la calle larga era sólo un mísero germen de lo que



Nueva York actual. El cañón de Broadway



Nueva York actual. La Bolsa

es hoy. Nuestro grabado representa la actual enorme vía tal como era en aquella fecha; de los edificios que en él aparecen sólo uno subsiste en la actualidad: la iglesia de San Pablo.

•••••

Las grandes ciudades son, pues, al mismo tiempo viejas ciudades de evolución más ó menos rápida; puede decirse que hasta el siglo XIX no llegaron á sus formas actuales.

Si tratásemos de hacer aquí algo más que comentar una documentación gráfica que nos muestra las dos urbes más famosas del mundo en diversos períodos de su evolución, el crecimiento de ellas, comparado con la intensidad de su respectiva existencia cultural y económica nos explicaría el por qué de los momentos culminantes de esa evolución, y nos diría por qué unas ciudades crecen espontáneamente, por florescencias súbitas y muy intensas, y otras son tardigradas en su evolución, que requiere períodos larguísimos y no se acaba nunca.

El tema no sería difícil de desarrollar, y las conclusiones, por otra parte, fáciles de deducir. Quizás sería ofender á nuestros discretos lectores enunciarlas.

•••••

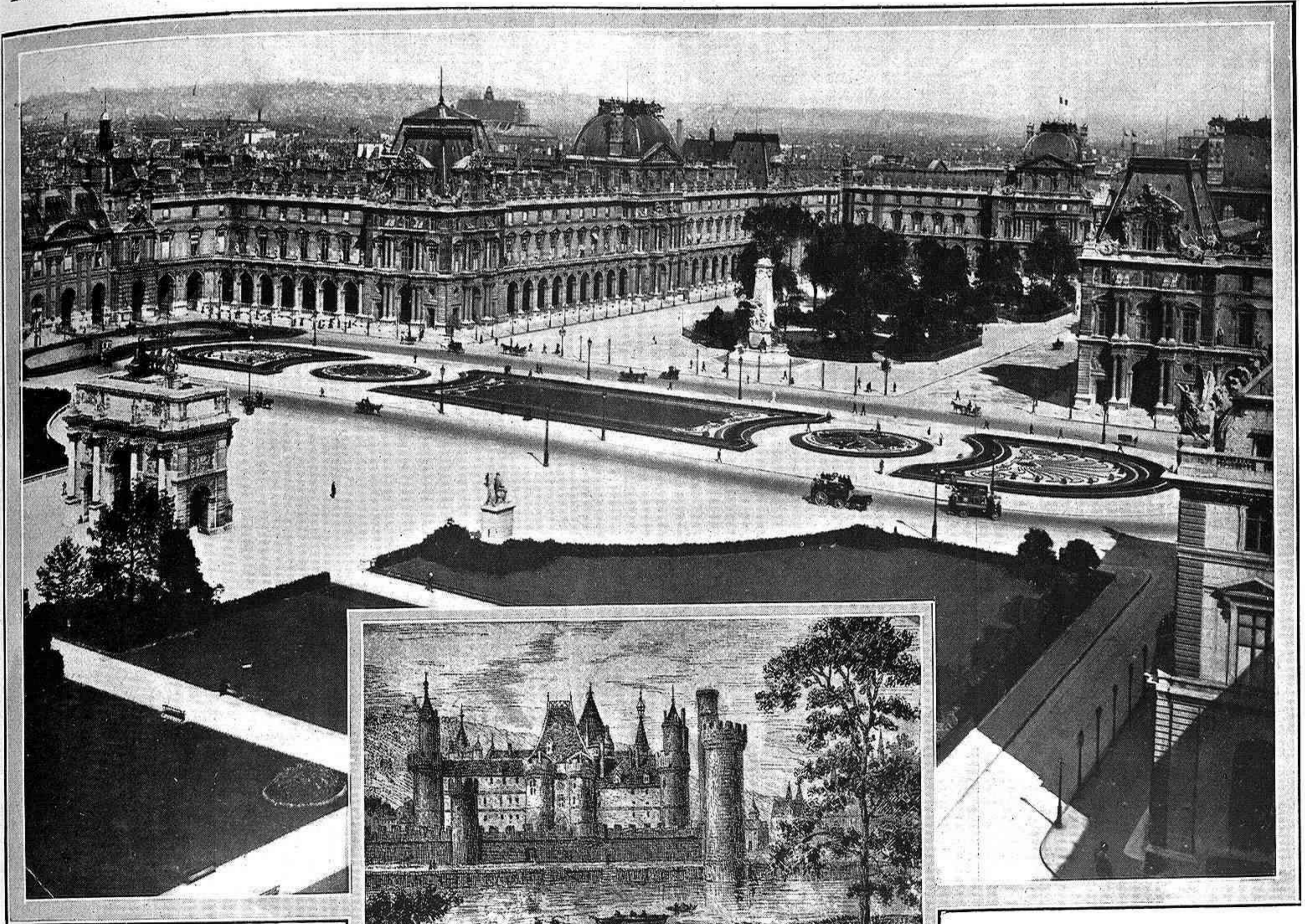
Dos notas características conviene señalar en esa rapidísima evolución de las grandes ciudades norteamericanas: la tendencia marcadísima á economizar el suelo, que ha dado origen á las construcciones elevadísimas, y la esplendidez con que las grandes Compañías y los *trusts* han decorado sus edificios, tal vez no tanto por amor al arte como por propósito firme de llamar poderosamente la atención, convirtiendo esas construcciones en *réclame* para las respectivas empresas.

Los «rascacielos» implican realmente una necesidad de economizar el suelo, y al mismo tiempo, y de una manera consecutiva, la necesidad de reducir las distancias: una y otra han obligado á desarrollar las grandes ciudades norteamericanas en el sentido vertical, sobre todo en sus barrios centrales. Esa necesidad no se siente tanto, naturalmente, en los barrios extremos, y aún se siente menos en la periferia de ellas, donde allí mismo, en los Estados Unidos, se acepta aún la fórmula originaria de las ciudades jardines y antes de nuestra Ciudad Lineal de «cada familia una casa».

El coste del terreno en los barrios centrales de las grandes ciudades es, naturalmente, elevadísimo, porque hay mayor demanda de solares en esos lugares, y la manera única de reducir su influencia en el precio definitivo de la vivienda era la que los norteamericanos idearon pronto: multiplicar el número de viviendas posible, y para ello aumentar el número de pisos construídos sobre un mismo solar.

El influjo, á veces muy grande, de ese precio del solar en el de alquiler de un determinado piso se reduce, porque siendo el mismo el precio del solar en una casa de cinco pisos, el valor correspondiente á cada piso es, naturalmente, cuatro veces mayor, que en una casa de cinco pisos. De ahí una economía que puede beneficiar á los arrendatarios.

La reducción de distancias tiene también un interés capital, y, finalmente, también un interés económico: las distancias largas suponen un gasto mayor de tiempo.



Viendo juntas una fotografía del Louvre actual y otra del tiempo de Carlos V, asombra, aun contando los siglos transcurridos, el camino que se recorrió

los V, asombra, aun contando los siglos transcurridos, el camino que se recorrió

po—incompatible con la actividad de la vida actual, y más aún con la activísima vida neoyorquina—, y al mismo tiempo un gasto, puesto que es necesario utilizar medios de transporte, tanto más costosos, naturalmente, cuanto mayores sean las distancias necesariamente recorridas y, por tanto, cuanto mayor sea el desarrollo de la población sobre el plano horizontal.

Son dos datos muy de tener en cuenta en los problemas de urbanización: la construcción de rascacielos sobre lugares distantes del centro de vida de una ciudad no puede tener nunca la eficacia ni la trascendencia que esa misma construcción en solares centrales. Desde luego, no resuelve el problema del rápido transporte a los puntos centrales, y en cuanto a la economía lograda, es tanto menos digna de apreciar—y está más puramente compensada por aumento en el

coste de construcción—cuanto más alta es la diferencia entre los solares del centro y los periféricos.

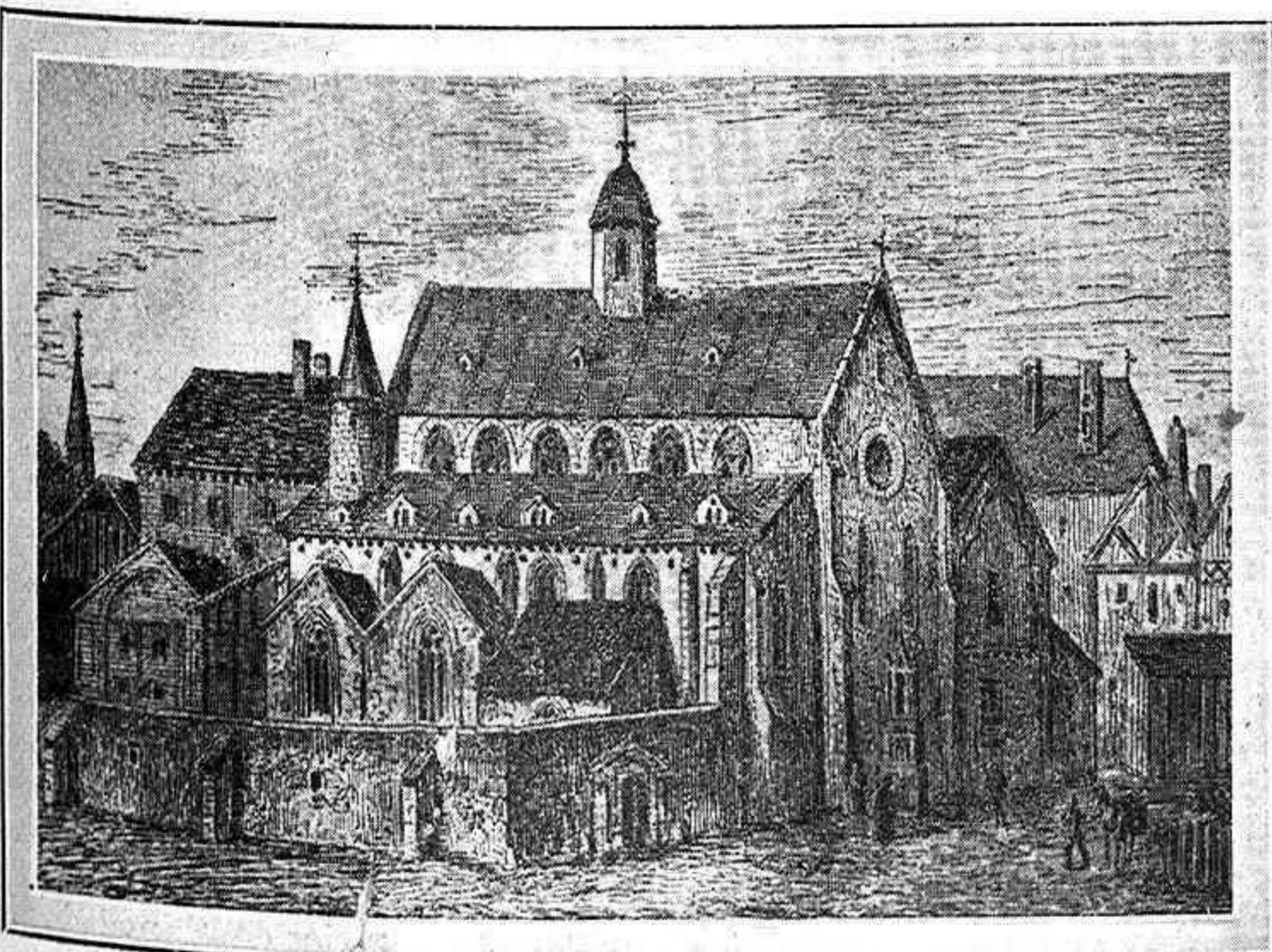
Por eso cada gran ciudad debe desarrollarse de un modo especial, y no por mera é irrazonada aplicación, sin tener en cuenta variaciones de tiempo y espacio, de fórmulas exóticas.

Ahora, por ejemplo, mientras aquende el Atlántico imitamos las construcciones norteamericanas, en Norteamérica está de moda la vieja arquitectura castellana. La vida es así.

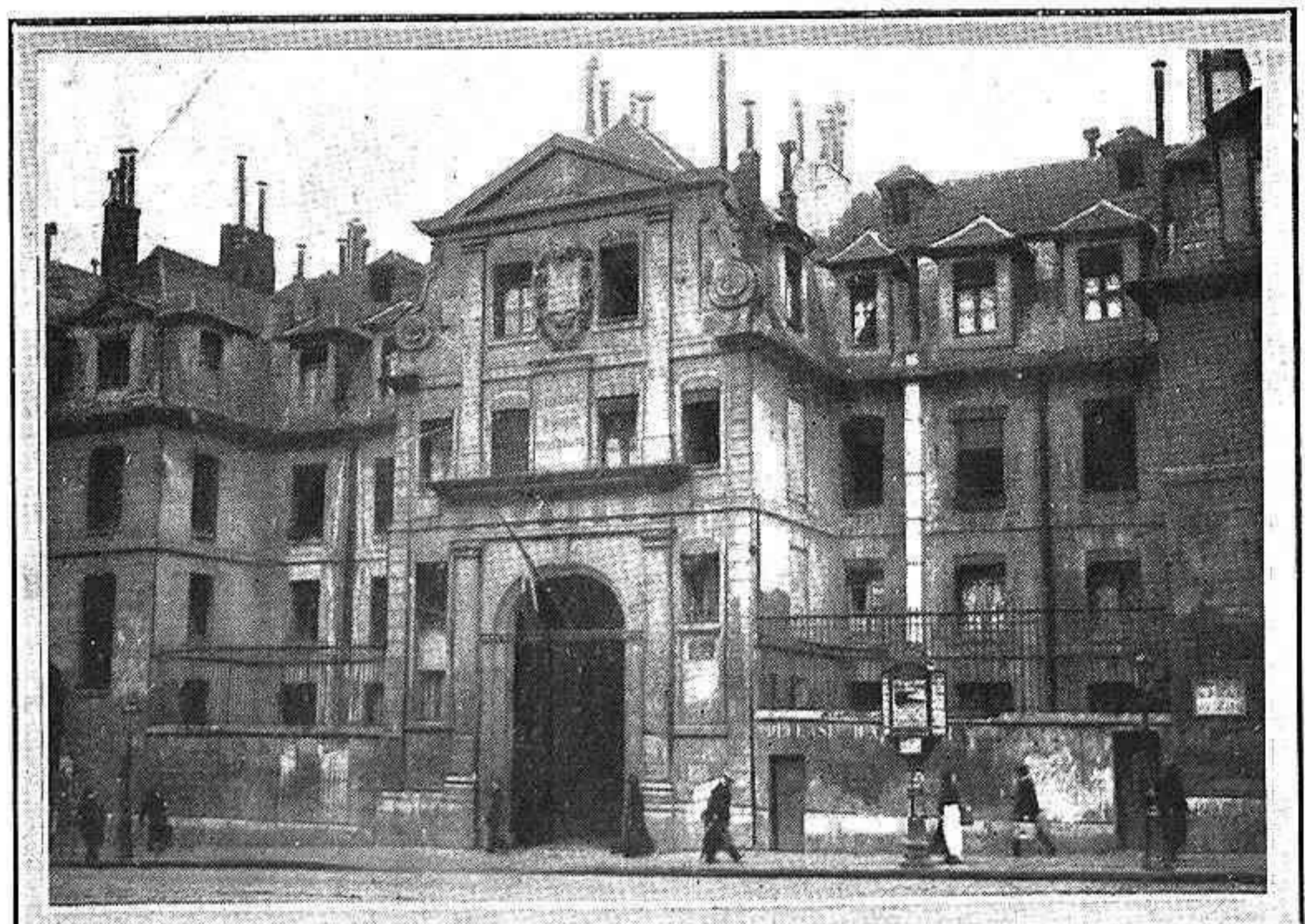
La historia de Nueva York no es, de ningún modo, la historia de los Estados Unidos, aunque forma parte esencial en el desarrollo de la poderosa república desde los tiempos de Hudson hasta la época actual. Es, sin embargo, interesante fijar un momento la atención en ella, no sólo porque su origen y progreso

explican la en cierto modo complicada ideología americana, sino porque ofrece notable contraste, al estudiar la juventud y rápido crecimiento de Nueva York, comparándole con la historia de todas las grandes capitales europeas. Terminada en 1783 con la pérdida total de la posesión inglesa, y la constitución de los Estados Unidos de la América del Norte, la privilegiada situación geográfica de Nueva York y su espléndida bahía, y el haber sido desde 1785 a 1790 la sede del gobierno federal, explican el rápido crecimiento de una ciudad que hacia 1783 no contaba sino 60.000 habitantes, y de sus coetáneas Boston y Filadelfia, así como el papel importante que en todas las épocas ha desempeñado la hoy gigantesca metrópoli en la política y en la vida económica de los Estados Unidos.

D. T.



San Lázaro, asilo en vida de San Vicente de Paúl



San Lázaro, prisión de mujeres actual

## ACABA DE PUBLICARSE

## LA CATEDRAL DE BURGOS

La firma de Angel Dotor y Municio no es ni mucho menos nueva para nuestros lectores: colaborador de Prensa Gráfica, les ha deleitado muchas veces. No puede sorprenderles verla aparecer ahora en la portada de un libro hondo y ameno á la vez, científico y práctico, en que el escritor se brinda generosamente á servir con su esencia y su buen gusto de impagable mentor á los que visiten la Catedral de Burgos.

«La Catedral de Burgos» es el título de un libro excelente de Dotor y Municio que acaba de publicarse. De él damos á continuación un capítulo:

**El Obispo don Mauricio**

*Los insignes fundadores de las basílicas de Burgos y de Toledo, coetáneos.—Verdadero lugar del nacimiento de D. Mauricio. Sus excepcionales dotes de inteligencia y virtud.—Obispo de Burgos, y primeras gestiones de su gobierno.—Los Laras y el estado levantisco de Castilla en los primeros lustros del siglo XIII. El Concilio IV de Letrán y su trascendencia para la acción de la iglesia en la vida de los pueblos. Minoridad y muerte prematura de Enrique I.—El reinado de Don Fernando III comienza con una guerra entre Castilla y León. Viaje de D. Mauricio á Alemania, y casamiento del monarca.*

La figura del fundador de la magna basílica burgalesa, el obispo don Mauricio, constituye—al igual que la del otro gran prelado, coetáneo suyo, don Rodrigo, arzobispo de Toledo y fundador de la Catedral primada—, así como un excelente daguerrotipo de la vida y el espíritu españoles de la época, por la gran influencia social de su actuación política y religiosa en los mismos, principalmente á lo largo del fecundo reinado de Fernando III.

Es creencia por muchos admitida la de su nacimiento en Inglaterra. Pero parece lo cierto que vino á la vida en la ciudad castellana de Medina de Pomar (Burgos), si bien descendía de estirpe oriunda de Inglaterra ó Gascuña, llegada España en tiempos de Alfonso VI.

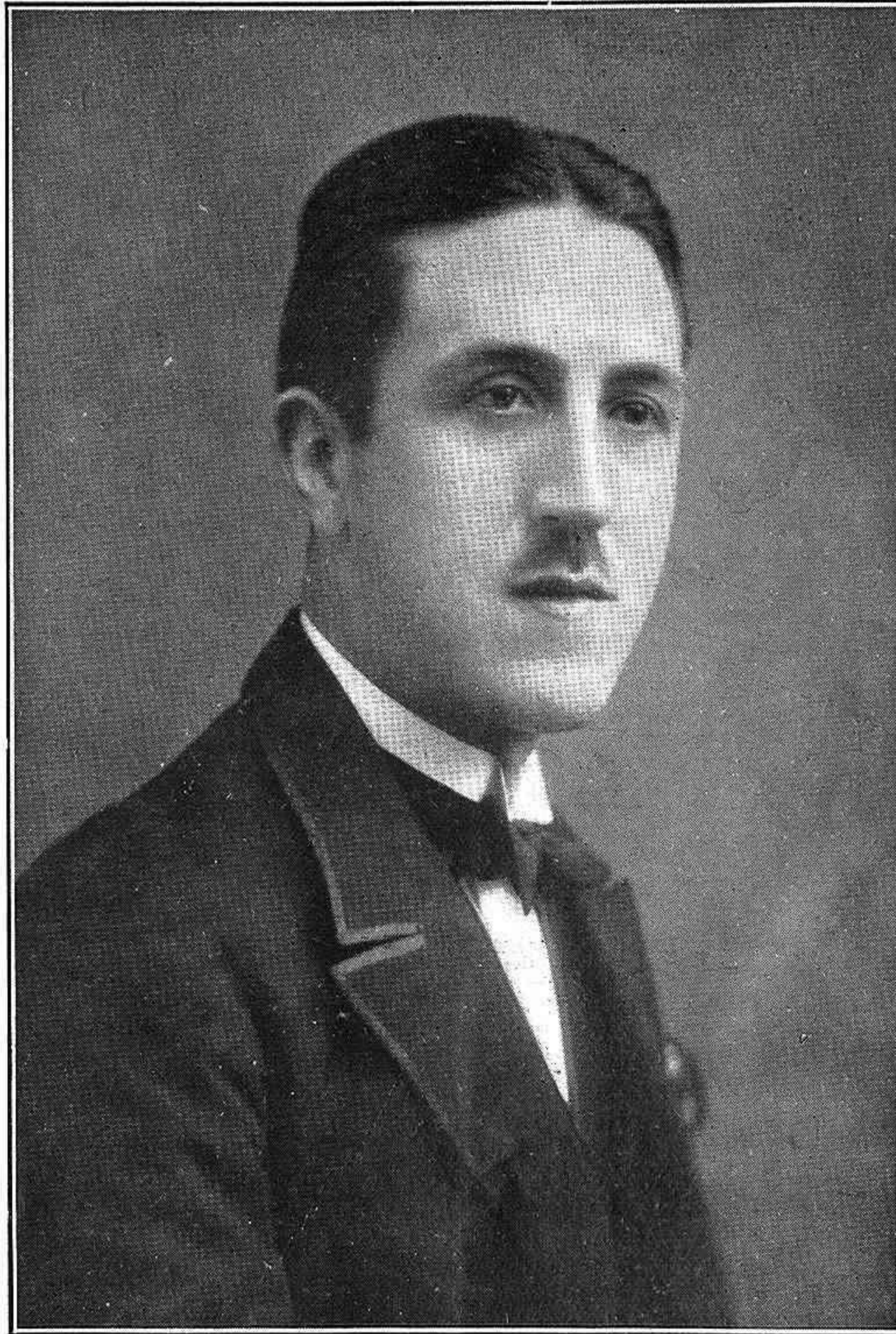
El propio obispo don Alfonso de Cartagena consignó, en el siglo xv, lo de haber sido nacido inglés su gran antecesor en la mitra burgalesa. Su mismo nombre era, entonces, inusitado en Castilla; pero, en cambio, los de sus padres, Rodrigo y Orosabia, confirman la aclimatación castellana de su progenie, desde generaciones anteriores.

Estudiante de Teología en París—que á la sazón era, con Bolonia, la Universidad europea más célebre y sobresaliente en las disciplinas inherentes á la cléricatura—, vemos que por esta época relacionóse allí con el que había de ser su gran amigo y compañero, el citado don Rodrigo. Bien pronto ganó aquella fama de varón docto en leyes y cánones, robustecida después con su gran labor eclesiástica y civil, que se consigna en la excelente *Estoria* de Alfonso X *el Sabio*, en la cual léese: «Era el obispo de Burgos, don Mauricio, varón de alabar et sabio.» Arcediano en Toledo el año 1209, desarrolló una intensa y meritoria campaña en pro del prestigio de la diócesis. Después marchó enviado ante la Santa Sede como juez eclesiástico para entender en diversos litigios, entre los que fueron más notables algunos referentes á Burgos, circunstancia que le valió, aun sin buscarlo, relacionarse con aquel Cabildo, facilitando así su posterior nombramiento de obispo.

Relevante la confianza que inspiraba al Papa

Inocencio III el canónigo toledano. Aquél comisionóle en diferentes ocasiones para resolver causas ruidosas, tal que la célebre suscitada entre el entonces obispo de Burgos y la abadía de Castrojeriz, en la que prevaleció el juicio y la sentencia de don Mauricio, después incluida en las Decretales Pontificias.

En Julio de 1212 vacó la diócesis burgalesa, y al año siguiente había sido ya don Mauricio elegido para regirla, y se encontraba posesionado de su báculo. Contaba entonces treinta y ocho años de edad. El primer acto notable de su gestión tuvo lugar en 1214, con motivo de la muerte de Alfonso VIII. Sabido es que este mo-



DON ANGEL DOTOR  
Autor del libro «La Catedral de Burgos»

narca, forzado sin duda por la necesidad que le impusieron sus grandes empresas bélicas, detentó, en ocasiones, las propiedades eclesiásticas. Sus compromisos económicos se comprenden perfectamente con la propia confesión por él hecha en el testamento que otorgó en 1204, en el que aparece que debía dos mil maravedises de oro á los pobres, á quienes no había dado la limosna diaria á que estaba obligado en virtud de una penitencia pública impuesta por la autoridad eclesiástica. Pues bien: don Mauricio exigió á los testamentarios de Alfonso VIII y de su esposa doña Leonor, muertos ambos en el intervalo de veinte días, la restitución de iglesias y terrenos en los distritos de Amaya y Mena, de que se había apoderado la Corte, lo cual obtuvo al poco tiempo, con el beneplácito popular.

Pero lo que mejor pinta el recio carácter de don Mauricio y, al mismo tiempo, su cultura y elevadas cualidades de inteligencia y virtud, es

el modo cómo supo aplicar á su diócesis las disposiciones del famoso Concilio de Letrán de 1215, al que asistió empero el estado levantisco de los castellanos. No le arredró el que, por un lado, el obispo de Osmá, don Melenedo, reclamase como pertenecientes á su mitra varios lugares comprendidos entre los ríos Arlanza y Arlanzón, desde el nacimiento de éstos hasta su muerte en el Pisuerga, lo que hacía llegar los límites de dicho obispado hasta la misma capital castellana; ni que, por otro, el Consejo Real acreciese su sistema absorbente de las propiedades de los obispados, entre ellos el de Burgos, que se vió despojado de donaciones y herencias legítima-

mente percibidas en tiempos anteriores, sin que bastasen á reprimir tales desmanes las reclamaciones y quejas de don Mauricio á la propia reina doña Berenguela y al Papa Inocencio III, habiendo la primera obligado á don Alvaro Núñez de Lara, al subir al Gobierno de Castilla, que jurase respetar las propiedades eclesiásticas, y el segundo expedido una Bula por la que protestaba ante la realeza de los excesos de sus usurpadores burocratas. Marchó don Mauricio á Roma, á mediados de Septiembre de dicho año, acompañado de un séquito de quince personas, todas en cabalgaduras. Documentos antiguos ofrecen curiosos detalles de la celebración del famoso Concilio, al que consta concurrieron cuatrecientos doce prelados, con sus numerosos acompañantes, que vieron mal para encontrar cumplido aposeamiento. El cronista Luchaire describe la enorme aglomeración, tanto de eclesiásticos como de seculares, en la famosa basílica de Letrán, principalmente los días de la apertura y de la finalización del Concilio; aglomeración que hizo que algunos obispos murieran aplastados, víctimas de la heteróclita multitud, por lo que ha quedado aquél como la ocasión en que Roma vió concurrir á su ecuménico recinto mayor número de prelados y abades de todo el mundo católico.

Cuanto fué acordado en el Concilio IV de Letrán resultó de alta trascendencia para la acción de la Iglesia en la vida de los pueblos, y singularmente de España. Los prelados contaron, á partir de entonces, con facultades para corregir á los cabildos y para visitar todas las corporaciones eclesiásticas radicadas en su diócesis. Se exigió el cumplimiento de cánones y sínodos, así como la adaptación de clérigos y pueblo á los preceptos emanados de la Iglesia, á cuyo fin se estableció el cargo de visitador, de nombramiento episcopal. El obispo, por su parte, no debía presentarse al público sin vestir el traje de lino blanco. Los cabildos quedaban obligados á la elección de prelado al transcurrir tres meses de ocurrida la vacante. Se cuidó del decoro conveniente en los vicarios de obispos y en los propietarios de iglesias, con el deber de los prelados á retribuirlos en consonancia con sus necesidades. Determináronse tanto los diezmos que había de satisfacer toda posesión de cristianos en concepto de tributo eclesiástico, como el derecho de los obispos á gravar á los clérigos con derramas especiales cuando fuera preciso el socorro al Estado.

Otro de los aspectos de que se ocupó atentamente este famoso Concilio de Letrán—que marca en la historia de la Iglesia antigua el momento de su mayor cohesión interna—fué el de aprovechar la autoridad y el poder de los prelados en pro del acrecentamiento del relieve social y

la paz de los pueblos. Quedaron obligados los eclesiásticos á pagar una contribución del cinco por ciento de sus totales ingresos durante un período de tres años, para ayudar á los gastos de las Cruzadas, entonces en su fase decisiva. Paralelamente, la Iglesia, quedaba capacitada para exigir á los monarcas cristianos el convenio de treguas ó treguas en las luchas entre países vecinos, que permitiéranles contribuir de consuno á la contienda colectiva contra la morisma.

Vuelto de Roma, don Mauricio vió suscitarse diversos casos en los que hubo de ejercitar las facultades que le confería el reciente concilio lateranense. Las famosas desavenencias entre León y Castilla, que databan de seis ú ocho lustros, terminaron en virtud de la disposición conciliar. Los soberanos de los dos reinos cristianos reuniéronse en Toro en el mes de Agosto de 1216, y suscribieron un tratado solemne de concordia, por el que se obligaban á cumplir infinidad de acuerdos, cuya enumeración resultaría aquí demasiado prolija. El obispo de Burgos, y con él los prelados de Toledo, Santiago, León, Astorga y Palencia, quedaban como supremos enjuiciadores de lo estipulado, y con facultades, por ende, para denunciar y poner de relieve la falta de aquél en los dos estados que faltaran al compromiso, invocando la suprema intervención del Papa.

En el gobierno tutelar de Enrique I eran frecuentes los abusos contra el clero y el pueblo ó estado llano, y esto movió á doña Berenguela y á un gran núcleo de nobles de Castilla á procurar conseguir que el Pontífice no consintiese la celebración del matrimonio de su hermano, el joven monarca, con la infanta lusitana doña Mafalda, entre los que existía parentesco, impedimento al que habíase reforzado su significación en Letrán. Comisionado don Mauricio para hacer ver al Papa la imposibilidad de acceder á la dispensa necesaria para el mismo, por tratarse de cuarto grado de consanguinidad, consiguió fácilmente su intento, ó sea la negativa, más que nada con la entereza de Inocencio III.

Al tratarse, en 1217, de recaudar las rentas eclesiásticas con destino á la gran Cruzada de Oriente, el clero castellano opuso notable resistencia, y este hecho constituyó otro de los entonces palpitantes problemas en que don Mauricio hubo de ejercitar sus altas dotes de sabiduría y voluntad. En Letrán habíase votado el pago de tres anualidades para antes de mediar dicho año de 1217; pero al tasar los delegados pontificios la prestación de cada obispado, tropezaron con la objeción de que se ignoraba si el pago había de efectuarse en dinero ó en especie, así como si se excluían de él los derechos adventicios de cada religioso. Roma resolvió que todo el clero pagara la vigésima parte de sus rentas totales, y que esta cantidad fuera satisfecha en dinero.

A la muerte de Enrique I, ocurrida en 6 de Junio de 1217, comenzó la que podríamos llamar segunda fase de la actuación de don Mauricio en la vida y en la corte castellanas. La anarquía á que hemos aludido anteriormente en este mismo capítulo, como característica del reinado de dicho monarca, había adquirido enormes proporciones en los últimos años. El partido de los Laras encontrábase dueño de buena parte de la autoridad y del patrimonio de aquél, usurpando la legítima tutela de su hermana doña Berenguela. Dióse el caso de que al morir el joven monarca en el palacio de don Tello, obispo de Palencia, víctima del golpe que le produjo una piedra ó teja desprendida mientras jugaba en el patio, don Alvaro de Lara, cabeza de la famosa familia, ocultó á doña Berenguela la infausta

noticia, con el fin de dar tiempo á salvaguardar sus intereses personales é intrigar para conseguir la sucesión de la corona en consonancia con sus ambiciones. Pero, avisada por dicho prelado, doña Berenguela no aguardó á hacer público el suceso, y rapidísimamente asumió la máxima autoridad nacional, transfiriendo la corona á su hijo don Fernando, en presencia de don Mauricio y demás significados prelados y cabezas de familias nobles. El nuevo monarca expedía ya en 14 de dicho mes un privilegio por el que se proclamaba reinar en Toledo y Castilla.

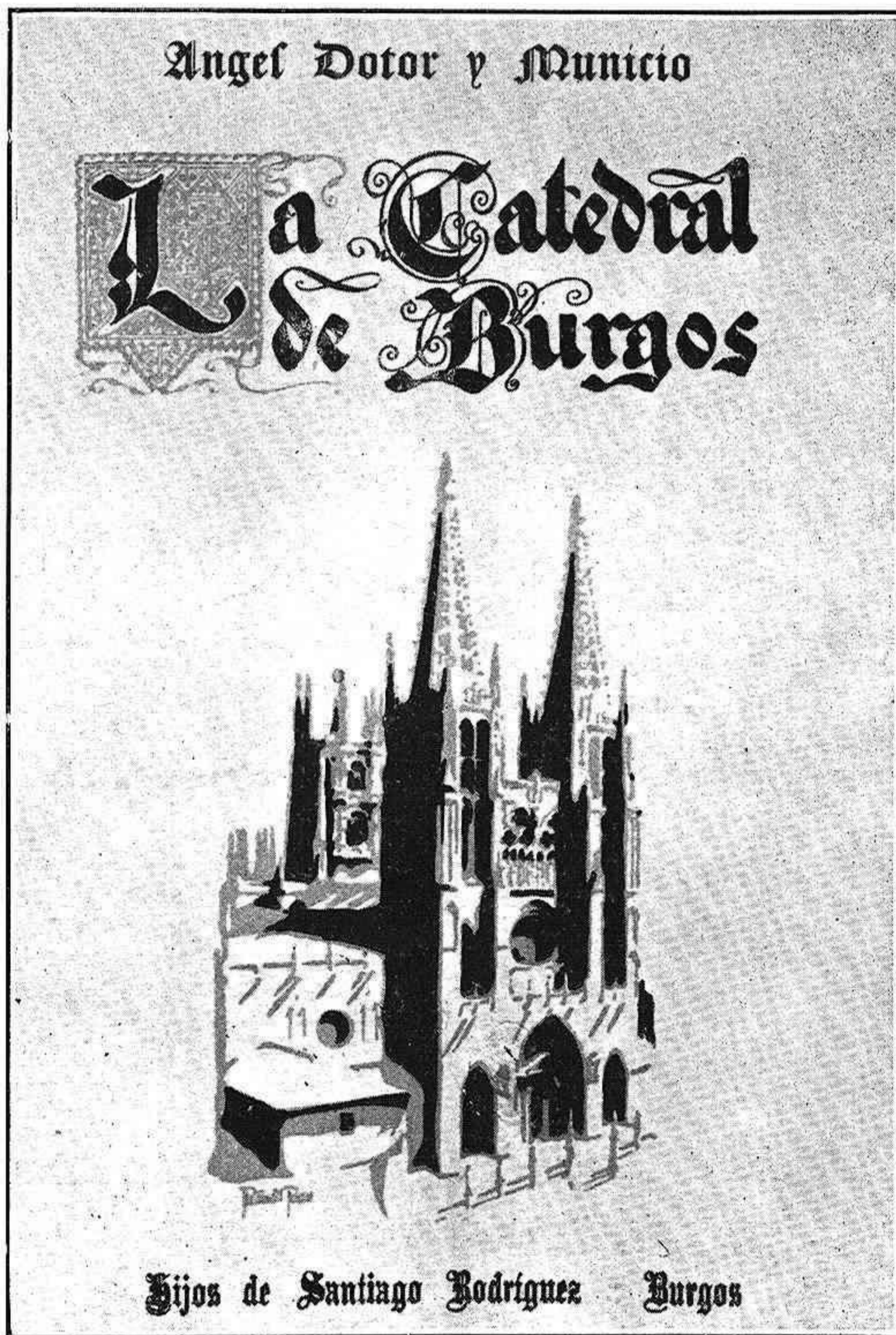
Don Mauricio actuó de ministro eclesiástico en las Cortes reunidas en Valladolid el primero de Julio siguiente; Cortes á las que concurrieron clero, nobleza y pueblo, para reconocer la legitimidad con que doña Berenguela, tutora que había sido del rey anterior, cedía la corona á su

á las mismas puertas de la ciudad de este último nombre, ó sea á la capital del reino, la cual fué asediada sin resultado para los mismos, dada la magnífica defensa que de ella hizo don Lope Díaz de Haro. A todo esto, el prelado burgalés permanecía en Valladolid, asiento temporal de la Corte, y allí daba sus sabios consejos con respecto á la defensa del suelo castellano; obedecía órdenes de doña Berenguela, que quiso fuera á hacerse cargo del cadáver de don Enrique, depositado por su tutor en Tariego, y celebró grandes exequias por el alma del joven monarca muerto.

Concertada, al fin, la paz entre Fernando III y su padre, Alfonso IX de León, éste comprometiéndose solemnemente á no alentar ninguna alzada contra la realeza de Castilla, reconociendo á su hijo, el monarca de este reino, como heredero del de León. Don Mauricio, con otros prelados, exigió en nombre del rey el cumplimiento de las anteriores promesas, apelando á los sentimientos cristianos del leonés. Afortunadamente, aquél fué el comienzo de una larga era de paz, en extremo beneficiosa para los supremos ideales de la Reconquista, á la que daría tan decisivo empuje Fernando III.

En los primeros meses de 1219, Fernando III, que se encontraba próximo á cumplir los veintiún años de edad, decidió casarse con una hija del emperador de Alemania, Felipe I, á la sazón ya difunto. Don Mauricio fué designado para marchar á dicho país, como jefe de la real embajada extraordinaria que había de hacerse cargo de la princesa y formalizar el acta matrimonial. Acompañaron á nuestro prelado el Abad de San Pedro de Arlanza, don Pedro Rodríguez; el de Santa María de Ríoseco; el Prior general de la Orden de San Juan, don Pedro Advasio, y otras cincuenta personas más de séquito. Puesta en marcha la comitiva el mes de Abril de 1219, dirigióse á Alsacia, al través de Francia, y á Suavia, permaneciendo allí varios meses, pues hasta el de Septiembre no hizo entrega el emperador de doña Beatriz, la futura reina de Castilla, una vez otorgados los contratos matrimoniales. Al regreso, dirigióse don Mauricio á París, por tener orden de visitar á doña Blanca de Castilla, que se encontraba radicada en la antigua Lutecia. A mediados de noviembre penetraba en España la comitiva, de regreso, habiendo salido doña Berenguela á su encuentro hasta cerca de la frontera alavesa, y esperándola en Burgos don Fernando con la flor de la Corte, nobleza y representación de ciudades y concejos. «A presencia de todos—dice un perspicuo cronista contemporáneo—hizo don

Mauricio entrega de doña Beatriz al mayordomo mayor y servidumbre castellana, nombrados al efecto por doña Berenguela; presentó los regalos destinados por el emperador al monarca castellano y su Corte, así como las escrituras de los desposorios y dotación otorgadas por don Mauricio en nombre de su soberano, en las cuales quedaban consignados los pueblos, ciudades y fortalezas que, tanto en Castilla como en Suavia, debían constituir la dote de doña Beatriz, é igualmente las familias nobles de Alemania y Castilla que salían garantes del cumplimiento del contrato matrimonial.» El 27 de Noviembre tuvo lugar, en la iglesia de las Huelgas, la primera gran ceremonia, como era la de armarse el rey caballero. Don Mauricio fué el preste que ofició en la solemne misa. Y tres días después, el 30, festividad de San Andrés, efectuóse en la vieja Catedral burgalesa el matrimonio religioso, en el que también ofició don Mauricio, bendiciendo á los regios contrayentes.



Portada del libro

hizo Fernando III. Antes de disolverse dichas Cortes, se supo que entraba en el reino un ejército leonés al mando del propio hermano del rey castellano, con el propósito de asentar en el trono de Castilla al padre de ambos, Alfonso IX de León, divorciado hacía tiempo de doña Berenguela, lo que echaba por tierra los diversos convenios de paz que habían suscrito las dos monarquías. Mientras comenzó á ser combatido dicho ejército invasor, la Corte envió como plenipotenciarios á don Mauricio y al obispo de Avila, don Domingo, los cuales hicieron ver al leonés cómo conculcaba los sagrados derechos castellanos. Mas fué ineficaz semejante defensa, pues en el propio solar invadido existía el abominable fermento de los Laras, todavía poderosos, los cuales todo lo contrario que unirse á la realeza para combatir al extranjero y común enemigo, le ayudaron miserablemente. Los leoneses desparramáronse por lo que hoy son provincias de Valladolid, Palencia y Burgos, llegando

## CONTRA UN DIQUE DE INCULTURA

## EL ALFABETO LATINO EN TURQUÍA

TURQUÍA ha hecho durante los últimos cincuenta años esfuerzos enormes para entrar resueltamente en el camino de la civilización occidental, y durante ese período, más rápidamente de lo que hubiera podido suponerse, han ido cayendo, no sólo leyes, lo que era infinitamente más fácil, sino usos y costumbres, que tenían á su favor, como apoyo indestructible en apariencia, la tradición creada ó sostenida muchas veces por el fanatismo religioso.

Al mismo tiempo que hacían ir á su país instructores alemanes que transformaran su ejército, los turcos enviaron á París, en busca de una cultura científica y artística, á centenares de muchachos, jóvenes casi todos y viejos muchos, que habían de integrar más tarde el partido reformador, que tuvo por rótulo «La joven Turquía».

En aquel tiempo, hace veinticinco años, la colonia turca era preponderante en el barrio latino de París, como lo es ahora la japonesa, aunque menos visiblemente, por ser menos perceptibles las diferencias fisonómicas étnicas. Entonces, á veces en los cafés y en los restaurantes del *quartier*, de los que han desaparecido muchos, pero aún perduran los cafés de la Source, el D'Harcourt, el restaurant *Des ecoles reunies*

y algunos más, se oía hablar tres españoles completamente distintos: el actual de España, á los pensionados españoles, poco numerosos, pero que se hacían oír; el coloreado de los hispanoamericanos y, sobre todo, de los argentinos, y el arcaico que hablaban los jóvenes turcos, de familias ó, por lo menos, de abolengo judío.

Aquellos muchachos, al volver á su patria con nuevos gustos y nuevas costumbres, con afecciones en Francia muy contrarias al hermetismo musulmán, prepararon el ambiente que Mustafá-Kemal, «el Triunfador», como le llama su pueblo, ha sabido aprovechar para realizar interesantísimas reformas.

Ninguna de ellas tan grande y trascendente para la cultura turca, á la que abre de par en par las más amplias puertas, que la presente por el decreto de 26 de Junio del año actual, que mandó sustituir el alfabeto turco por el latino, haciendo así accesibles los libros escritos en los caracteres más usuales en la riqueza bibliográfica mundial á las clases populares, privadas antes, por conocer sólo el alfabeto turco, de esa posibilidad de cultura.

La reforma no era, ni mucho menos, fácil, y sorprende que haya podido ser realizada en tan breve tiempo.



Mustafá Kemal explicando en una plaza pública de Angora la adopción del alfabeto latino al idioma turco de los establecimientos

Fué, efectivamente, á fines de Junio cuando se reunió la Comisión instituída para estudiar la aplicación á la lengua turca del alfabeto latino. Desde ese momento los periódicos turcos informaron constantemente al público de la marcha de los trabajos en que surgieron muy arduas dificultades.

A pesar de ellas, á primeros de Agosto, «el Victorioso» distribuyó ya á sus amigos hojas escritas á máquina en caracteres latinos.

La adaptación estaba, pues, hecha ya, é inmediatamente los diarios turcos comenzaron á publicar diariamente una columna impresa en caracteres nuevos. Hubo cursos especiales en que los ministros y los altos funcionarios de los ministerios explicaban el alfabeto nuevo. El ejemplo fué rápidamente imitado, y en Septiembre ya podía decir Ismet Pachá en un discurso pronunciado en su villa natal: «Todo el país es una vasta escuela.»

Los funcionarios de menor categoría de los ministerios fueron obligados á seguir cursos de aplicación del nuevo alfabeto. Los soldados y los gendarmes, en sus cuarteles, se aplicaron á aprender el nuevo abecedario, cuya sencillez había resultado tal que muchos analfabetos aprendieron á leer y á escribir en quince días.

Era un espectáculo curiosísimo ver en uno de los cursos creados, que abundaban extraordinariamente, junto á una anciana de cabellos blanquísimos y faz arrugada, una muchachita de doce años, y ambas aplicadas con el mismo interés á escribir al dictado en los caracteres igualmente nuevos para las dos...

Los diputados, cada uno en su circunscripción, enseñaban al pueblo, y «el Victorioso» mismo daba ejemplo y estimulaba el celo de todos, comunicándoles su ardiente fe: «Hacedlo como un deber de patriotismo y de nacionalismo—les decía...—; enseñad los nuevos caracteres á todos los ciudadanos, y enseñádselos pronto.»

En Stambul, primero, y en un viaje que hizo en Septiembre á Siria y Angora, predicó á las muchedumbres como un evangelio el alfabeto nuevo. Hacía instalar una gran pizarra en las plazas públicas, y él mismo se convertía en maestro. Explicaba su lección, interrogaba á sus alumnos ocasionales y los felicitaba cuando contestaban bien.

Cuando llegó á Angora, el 21 de Septiembre, ya no había en los escaparates anuncios en caracteres turcos; en los arcos de triunfo elevados en honor de Mustafá todos los saludos de bienvenida estaban en caracteres latinos, y en esos caracteres estaban también los

anuncios luminosos.

«El Victorioso», entregado en alma y cuerpo á su labor, se dirigió al Parlamento, y en lugar de hacer un discurso político, explicó durante tres horas las simplificaciones á que se había llegado después del alfabeto primitivo.

Simplificar lo más posible el alfabeto era la finalidad suprema para que la reforma tuviese eficacia.

Otra condición para dársela era la adhesión del pueblo, y la tuvo tan grande y calurosa que se dió el espectáculo asombroso de un pueblo en que hay un 90 por 100 de analfabetos, interesándose íntegra y apasionadamente por los nuevos caracteres.

El alfabeto árabe era, efectivamente, de una enormísima dificultad, y consiguientemente la barrera mayor para la difusión de la cultura. «Para escribirle bien—decía no hace mucho un periodista turco—hace falta dedicar diez años á su estudio, porque se necesita saber, además del árabe, el persa.»

La formidable barrera que esas dificultades alzaban ante la cultura de occidente impedían el paso de la literatura turca hacia el exterior. Mustafá Kemal ha sabido, con su tenacidad admirable, remediarlo.



# 520

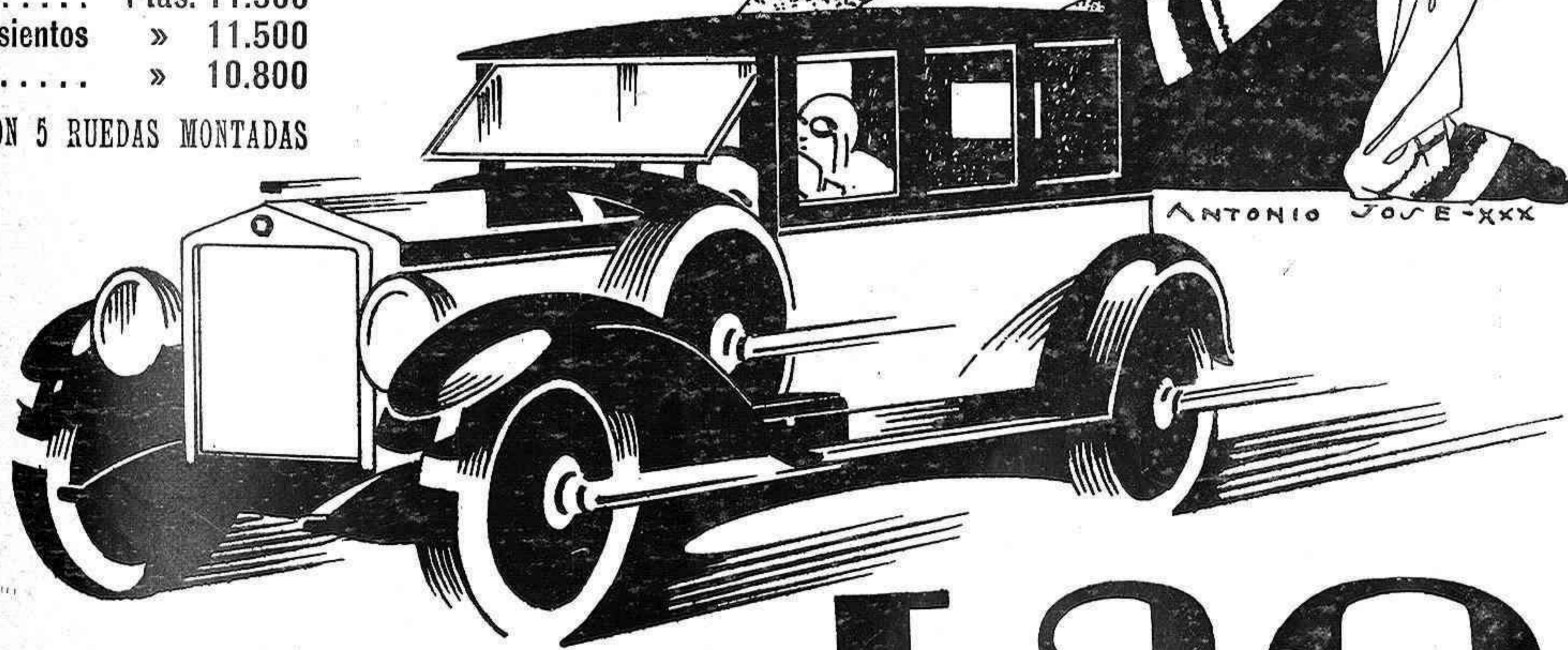
EL MAYOR  
PERFECCIONAMIENTO  
EN LA CONSTRUCCION  
MODERNA DEL  
AUTOMOVIL

## Rápido Y preciso

**NUEVOS PRECIOS  
DESDE EL 15 DE OCTUBRE**

Berlina .....	Ptas. 11.500
Coupé de dos asientos	» 11.500
Torpedo .....	» 10.800

FRANCO IRÚN CON 5 RUEDAS MONTADAS



# FIAT 520

## FIAT HISPANIA, S. A.

Avenida Conde Peñalver, 19.—MADRID

AGENTES Y SALONES DE EXPOSICIÓN EN TODAS LAS PROVINCIAS

Un nuevo modelo de salvavidas



Es el que presenta nuestra fotografía, y que ha sido ensayado con entero éxito en Berlín. En realidad, lo verdaderamente nuevo del invento, aparte de ciertas mejoras introducidas en la cámara de aire, es habérselo dotado de remo cortos ó palas para poder utilizar el aparato á modo de barquilla ó almadía.

NOTA CÓMICA

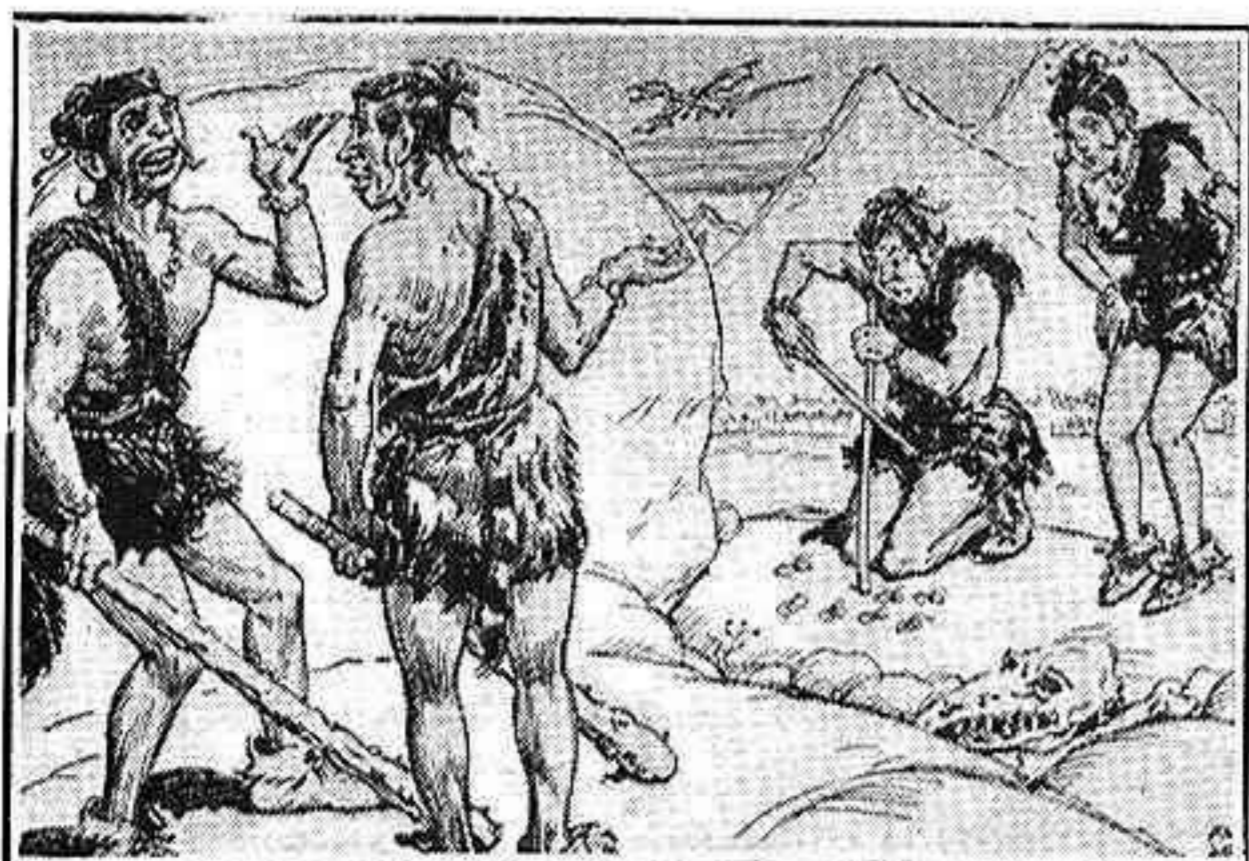


—¡Pero, hombre! ¡Con este día de sol y con paraguas!  
—Es que vengo de casa del oculista y me ha dicho que tengo nubes en los ojos.

(De Rojas, en «Caras y Caretas».—Buenos Aires)

**BARCELONA - MAJESTIC HOTEL**  
PASEO DE GRACIA. Primer orden.  
200 habitaciones. 150 baños. Orquesta.  
Precios moderados. El más concurrido.

NOTA CÓMICA



—¡Cree que va á encender fuego rotando esos dos palos!  
—¡Infeliz! Por lo visto, ignora que los encendedores automáticos son muy inseguros.

Libros nuevos

La Empresa del diario *El Sol* ha reco ido en un volumen de 390 páginas, con motivo de la Exposición de Colonia, y para dar una idea de la calidad y cantidad de tan popular diario, el texto de uno de sus números, con una somera semblanza de lo que es *El Sol*, e español, inglés, francés y alemán; una nota de lo que es el periódico, página por página; otra sobre sus talleres —en los idiomas ya citados—, y a lista de los redactores y colaboradores. En suma, un magnífico alarde editoria, del que se deriva que por diez céntimos el público recibe cotidianamente, en cantidad de lectura, la equivalencia en volumen de un libro de los que corrientemente cuestan cinco ó seis pesetas.

—*La cartera del coronel conde de Adlercreutz*. Documentos inéditos relativos á la historia de Venezuela y de la gran Colombia.

Introducción y notas de C. Parra-Pérez. Editions Excelsior. París, 1928.

—*El virrey Solís*. Romancero, por Manuel Briceño.

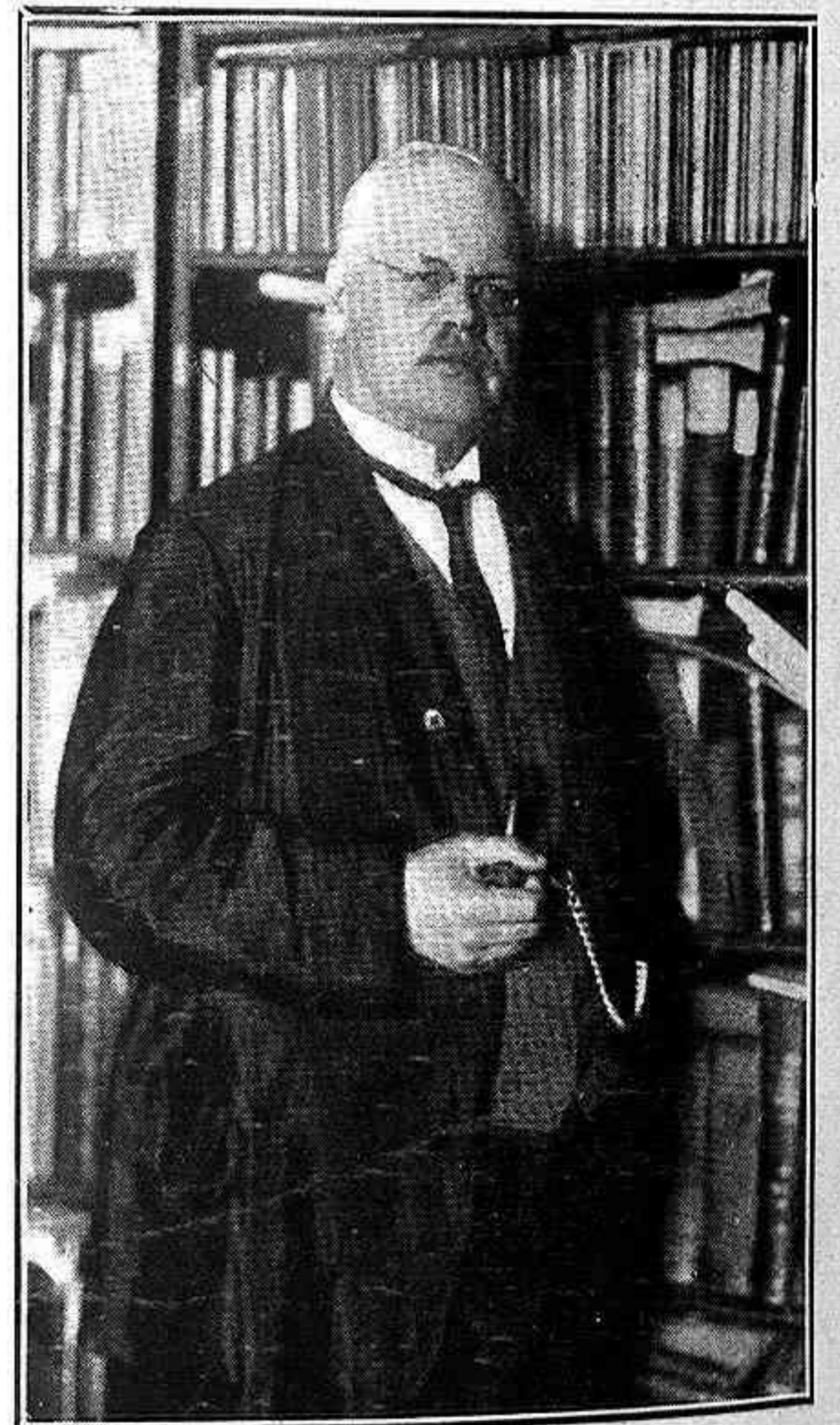
Editorial Minerva. Bogotá.

SOMBREROS  
CARMEN DE PABLO



Modelos de París  
Alcalá, 66  
MADRID

El «as» de los políglotas



Es el doctor Ludwig Harald Schütz, fundador y profesor de la «Sociedad de Francfort para el estudio de las lenguas orientales». Maravilloso políglota, este sabio alemán ha llegado á poseer á la perfección nada menos que doscientos idiomas y dialectos, entre los primeros todos los europeos, que habla y escribe correctamente. Según parece, esta facultad prodigiosa debe ser herencia de familia, puesto que bastantes miembros de la misma son políglotas consumados. Una tía del doctor Schütz habla veintidós idiomas, lo que tratándose de una hija de Eva es algo en verdad temible por meritorio que resulte desde el punto de vista científico.